¿Dónde están los adultos?

NINA LYKKE

Traducción de **Ana Flecha Marco**



¿Dónde están los adultos?

¿Dónde están los adultos?

NINA LYKKE

Traducción de Ana Flecha Marco

gatopardo ediciones

Título original: *Hvor er de voksne?*

© Forlaget Oktober, Oslo 2025
Publicado gracias a un acuerdo con Oslo Literary Agency y Casanovas & Lynch Literary Agency

Esta traducción se ha beneficiado del apoyo de NORLA,
Norwegian Literature Abroadd

NORLA
NORWEGIAN LITERATURE ABROAD

© de la traducción: Ana Flecha Marco, 2026
© de esta edición: Gatopardo ediciones, S. L., 2026
Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: mayo de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: © UM STUDIO, 2024
Imagen de solapa: © Agnete Brun

eISBN: 979-13-991858-1-2
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

¿Dónde están los adultos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

Nina Lykke

Sinopsis

Otros títulos publicados en Gatopardo

¿DÓNDE ESTÁN LOS ADULTOS

Para Vilma e Iris

La cantidad de violaciones de los derechos humanos de un país siempre es inversamente proporcional a la cantidad de denuncias sobre violaciones de derechos humanos que se reciben en ese país. Cuanto mayor sea el número de denuncias que salen a la luz, mejor protegidos estarán los derechos humanos en ese país.

DANIEL PATRICK MOYNIHAN,
político estadounidense

Honrarás a tu padre y a tu madre.
Cuarto mandamiento

1

Desde hace unos días sopla un fuerte vendaval. Por las noches es como si un gigante agarrara la casa e intentara arrancarla de cuajo, y mientras el viento silba por las esquinas, sueño que me aferro al mástil de un barquito sacudido por el oleaje.

Me despierto, agotada y con el cuerpo dolorido.

Es un viernes de mediados de marzo y enseguida estoy de camino a la tumba de mi madre. Si hubiera logrado salvarle la vida aquella vez hace cinco años, hoy cumpliría ochenta.

En la parada del autobús hay dos jubilados que me observan como si estuvieran esperando una explicación. Pero no lo lograste, protestan. ¿Y por qué no fuiste más cariñosa y amable con ella cuando aún vivía, más indulgente? ¿Tan difícil era?

Y yo me defiendo, de uno en uno, de los viejos y los drogadictos, de los perros, de los bebés y de la gente de mediana edad.

Tampoco es que ella fuera un encanto.

Los viejos, que solo tienen diez o quince años más que yo, responden a coro en un dialecto del norte:

Madre no hay más que una.

Llega el autobús. Va hasta los topes. Los pasajeros se agolpan junto a las puertas.

—¿PODÉIS PASAR AL FONDO? —exclamo, y los pasajeros murmuran y se miran unos a otros, pero hacen lo que les pido. Como un rebaño lento y desganado, pero se mueven. Un hombre me mira fijamente y yo le devuelvo la mirada hasta que él aparta la vista. El autobús huele a ropa de invierno mojada.

Antes no decía nada si alguien se colaba o usaba el móvil con el altavoz activado o se agolpaba junto a las puertas del autobús. Pero entonces quemaron a mi madre en un horno crematorio y ahora está en una urna enterrada en el cementerio de Vestre Gravlund y en un futuro no muy lejano mi cáscara física se transformará también en cenizas dentro de un mar de llamas en una de las zonas industriales del este de Oslo. Todos los esqueletos que se apiñan en este autobús, todos los corazones que laten, todos los procesos vitales que ocurren continuamente, en plena vida cotidiana, y aquí estoy yo, pegada a estas vidas y universos ajenos, y me pregunto qué esconden, de qué se arrepienten y qué tres cosas cambiarían si pudieran. Y dónde vamos, de dónde venimos, qué será de nosotros al final.

Una persona tiene un pastor alemán enorme. Si se pudiera ordeñar o usar su pelaje para algo, todavía, pero lo único que hace es estar ahí tirado, ocupando espacio. En el mismo instante en que pienso esto, el perro levanta la vista hacia mí con el hocico vibrante y me dice:

Pero ahora mismo estamos aquí. Estamos aquí, ahora mismo. Seguimos vivos.

El móvil me vibra en el bolsillo, pero no hago nada al respecto. Estamos demasiado apelotonados para mirarlo.

Cuando murió mi madre, dejé de llevar bolso. De todas formas, en los bolsillos de este abrigo verde de lana que llevo y que heredé de ella después de que ella lo heredara de mí, hay espacio suficiente para el móvil, las gafas y las llaves, que es lo único que hace falta llevar encima. Antes llevaba un bolso de cuero gigante, siempre llenísimo, pero ¿de qué? Lo he olvidado. Y he dejado de comprar ropa. Ahora casi siempre me pongo la vieja ropa de mi madre, la que aún se puede usar de entre todas las prendas que encontré cuando ordené su casa. Algunas de ellas las había heredado de mí, como este abrigo, porque me gustaba darle cosas, aliviaba la sensación de quedarme corta, de no ser capaz de ayudarla, y no me refiero solo a cuando enfermó, sino a todos los años de su vida. Y como cada día nos parecíamos más, sabía que el abrigo le quedaría tan bien como a mí, así que la llamé y le pregunté si lo quería.

—Tendré que probármelo primero —me respondió ella, y entonces fui en coche a su casa con el abrigo y ella se lo probó y posó con él frente al espejo y se dio la vuelta y puso morritos, como hacen muchas mujeres de su generación, y entonces me la imaginé tal como era antes de que naciera yo, cuando se sentaba frente al espejo y se cardaba el pelo a principios de los sesenta.

—Qué guapa estás así —le dije.

No era una afirmación que requiriera una respuesta, y aun así escuché el eco de mis propias palabras, analicé la oración y encontré el error: la palabrita *así*. ¿Acaso no estaba guapa de cualquier otra manera?

A menudo era como si mamá viera y oyera todo lo que los demás susurrábamos de pasada. Las mentirijillas y los enredos en los que nos metíamos. Todos nos enredamos en frases desconsideradas, pero ella no dejaba pasar ni una, nadie se libraba, porque mamá era una agente de aduanas en busca de productos de contrabando. Todo lo que yo dijera o hiciera se investigaba, se analizaba y se escudriñaba en busca de adulaciones, superficialidades, frivolidades y malas intenciones.

—¿Lo quieres? —le volví a preguntar.

—Bueno —respondió ella—. ¿Abriga?

—Claro, es cien por cien lana merina.

—Entonces no sé si no abrigará demasiado.

—Qué va, abriga lo que tiene que abrigar.

Ahí estaba yo, intentando venderle a mi madre un abrigo que quería quedarme yo y en el que ella no parecía tener ningún interés. Cualquier otra persona, una persona normal, una hija normal le habría tomado la palabra a su madre y le habría dicho: Bueno, pues igual lo mejor es que me lo quede yo.

Pero yo la conocía, y su expresión facial y su manera de dar vueltas delante del espejo, por no hablar de la sonrisa que trataba de disimular, mostraban que el abrigo le gustaba y que quería quedárselo.

—Y si es tan fantástico, ¿por qué no te lo quedas tú?

—Ese color no me sienta bien —mentí—. Y además no lo uso nunca.

Me bajo del autobús en Majorstuen y en la pequeña floristería de Sørkedalsveien que está en una caravana, pido una corona y una vela para el cementerio. Me atiende un chico con un acento indefinido de Europa del Este. En la caja, saco el móvil para pagar y es entonces cuando veo el mensaje que había recibido cuando estaba embutida en el autobús.

¿Tienes tiempo para charlar un rato?

Ya no tengo ese número en la lista de contactos, y aun así lo reconozco de inmediato.

El datáfono pita.

—¿Quieres el recibo? —me pregunta el cajero.

—Sí, por favor —respondo de manera automática y trago saliva. Se me ha secado la boca, como siempre me ocurría cuando recibía un mensaje suyo en mis peores momentos.

Charlar un rato.

Siento palpitaciones fuertes en el cuello. Como si solo quisiera hablar de quién va a ir a la casa de campo en verano. Siempre lo planeaba todo con muchísima antelación. Las Navidades prefería organizarlas en agosto.

¿Cuándo empecé a pensar en Sigurd en pasado? Como si no estuviera vivito y coleando en una casa en Kjelsås, una casa que nunca he visto por dentro, que solo he visto desde la calle una noche que pasé por delante en bicicleta, muy tarde, porque estaba borracha y no podía dormir. Por lo demás, no he vuelto a poner un pie en ese barrio.

—Se supone que no puedo contarte dónde vive —me dijo Martin cuando se mudaron.

En las Páginas Amarillas encontré su dirección enseguida. ¿De qué tenía miedo Sigurd, mi hijo mayor y el único chico? ¿De que lo encontrara, me sentara en la escalera y me negara a marcharme de allí? Ya sabía que jamás se me ocurriría hacer eso. Pero también sabía que Martin, su padre, me contaría aquello de que bajo ningún concepto tenía que enterarme de dónde se había ido a vivir. Lo que quería Sigurd era, en otras palabras, no que no me enterara de dónde vivían, sino que me enterara de que él no quería que yo supiera dónde vivían.

—Por qué no —pregunté, solo para oír a Martin retorcerse.

—No tengo ni idea —me respondió—. No entiendo nada de todo esto. Si quería romper con alguien, lo más lógico sería que ese alguien fuera yo.

Por aquel entonces, ya habíamos tenido esta misma conversación muchas veces, pero yo no me cansaba nunca. Y agradecía que Martin siempre estuviera dispuesto a volver a dar vueltas al mismo tema.

La siguiente pregunta recurrente era esta:

—Pero ¿tú te darías cuenta si rompiera contigo?

Martin respiraba hondo.

—Seguramente no.

—No, porque a ti te basta con ver a estos viejos hijos tuyos un par de veces al año, claro. Con eso tienes más que suficiente.

—Sí, por desgracia así es.

Por eso me cae bien Martin, porque aunque se fuera a vivir a Stavanger después del divorcio y tuviera tres hijos más y, por lo tanto, haya sido un padre ausente, por decirlo suavemente, a ojos de Sigurd y Ragnhild, por lo menos es sincero.

En un principio, Martin iba a pasar la mitad del año en Stavanger, pero entonces conoció a Karin, que se quedó embarazada y que tenía tres hijos pequeños de una pareja anterior y por lo tanto debía quedarse en Stavanger, y primero tuvieron a su primer hijo y luego llegaron los gemelos, que fueron prematuros y tienen una enfermedad crónica. Dicho de otra forma, la historia de Martin es clara y transparente.

Pero que Sigurd hiciera lo que hizo, que nadie reaccionara. Que yo no pudiera recurrir a nadie. Que no hubiera ninguna autoridad ante la que pudiera denunciarlo. Más bien al contrario. Todas las personas con las que hablaba al principio, se mostraban cautelosas y titubeantes. Como si en el fondo sospecharan que seguramente Sigurd tuviera sus motivos para romper conmigo y, como querían pisar sobre seguro, me trataban como se trata a los locos. Me decían que sí a todo y me dedicaban frases de apoyo, pero todo era muy general y no había ninguna implicación por su parte. Me llevó mucho tiempo darme cuenta primero de esto y más tarde de que la gente

había empezado a evitarme y miraba para otro lado cuando se cruzaba conmigo por la calle.

Ha empezado a nevar. Los coches pasan a toda velocidad, todavía es hora punta, los montones de nieve de un color gris negruzco se extienden a lo largo de Sørkedalsveien y en la acera hay que tener cuidado de no pisar cacas de perro o resbalarse con el hielo.

Mientras subo al cementerio, llamo a Ragnhild. No me contesta. Casi nunca lo hace a estas horas porque, o bien está de guardia, o bien está durmiendo después de una guardia.

Martin tampoco responde. Tiene activado el modo «no molestar». Les mando el mismo mensaje a los dos: *¿Me llamas cuando puedas?*

No les digo que corre prisa, porque quiero que no estén apurados cuando me devuelvan la llamada. Y Sigurd puede esperar. Yo llevo cinco años esperando.

2

Cruzo la puerta, paso por delante del monumento de guerra, giro a la derecha y bajo por el camino de grava flanqueado por las grandes y oscuras píceas y enseguida llego a la tumba de mi madre.

«Sigues viva en nuestro corazón», pone en la lápida de piedra natural, tosca y sin pulir que encontré en un rincón del cementerio donde pueden comprarse a un módico precio las lápidas con nombres de muertos que los vivos ya no recuerdan.

Me encontré con ese rincón cuando estaba eligiendo un lugar donde enterrar a mi madre y pensé que le pegaba muchísimo descansar bajo una lápida tosca y sin pulir que además estuviera usada.

Varios meses después del funeral, por fin conseguí concertar una cita para buscar una tumba. Podía encargarme —porque fui yo quien principalmente se ocupó de todo lo relacionado con la muerte de mamá— de cualquier otra cosa, era capaz de recoger y limpiar y hablar con la funeraria, con agentes inmobiliarios, con bancos y con Hacienda. Incluso pude destrozar y sacar de casa el viejo y querido piano de mi madre, que estaba tan desafinado y desvencijado que hasta el polaco que respondió al anuncio se negó a llevárselo, por lo que Line —que echaba una mano de vez en cuando— y yo tuvimos que usar una palanca y una motosierra para cortarlo y poderlo llevar al vertedero.

Sin embargo, la tarea de decidir dónde colocar la urna con los restos de lo que una vez fue mi madre estuvo en mi lista de tareas pendientes durante muchos meses antes de que consiguiera recomponerme y pedir cita en el cementerio. Allí, uno de los

sepultureros me paseó en un carrito de golf y se me abrió un mundo nuevo: el mundo de la muerte. En el cementerio se convivía con la muerte de ocho a cuatro, o bien limpiando y decorando las tumbas o bien ayudando a la gente a elegir un lugar en el que sepultar a sus seres queridos. Por una u otra razón, era un consuelo que existiera una rutina que girara en torno a la muerte, con compañeros de trabajo, un plan de pensiones y pausas para el café. Y cuando los trabajadores del cementerio mueren, porque eso también ocurre, me imagino que los entierran sus compañeros, que después siguen con su rutina con derecho a pensión y pausas para comer y tomar café y seguramente también con cotilleos e intrigas, porque, cuando se juntan más de dos personas, tarde o temprano surgen intrigas y alianzas y jerarquías y todas esas cosas que nos inventamos para pasar el rato. De vez en cuando, los sepultureros se ponen un traje y participan en los funerales. Entregan la urna con las cenizas del difunto a sus allegados como un camarero ofrece una botella de vino a los comensales de un restaurante, algo que pronto viviríamos en nuestras propias carnes.

El hombre que me paseó en el carrito llevaba una mano en el volante y en la otra tenía un cigarro que acababa de liar y, mientras pasábamos entre las tumbas y un sol otoñal brillaba a través de los árboles y él señalaba con el dedo y me hablaba del norte y el sur y del sol y la sombra y de la distancia que había hasta el aparcamiento y el metro, inhalé el olor a tabaco de liar, un olor de los viejos tiempos. Y, aunque llevaba décadas sin fumar, le pregunté si me daba un cigarro, tras lo que ese hombre, con el volante entre las rodillas y sin parar de conducir, me lió un cigarrillo perfecto.

Este amable gesto me hizo llorar, como todo lo que me pasaba en ese momento, y mientras el cochecito avanzaba entre las tumbas, fantaseé con que pudiéramos seguir dando vueltas, fumando y charlando por los siglos de los siglos. Y como él estaba igual de interesado que yo en alargar ese paseo, que tal vez para él también era una pausa de la rutina, no tuve que usar demasiados trucos de psicóloga para hacerle hablar, y me enteré de que tenía exactamente la misma edad que yo, de hecho solo era tres días mayor, que se había criado en Bøler y que llevaba trabajando en ese cementerio

desde los dieciséis años, que su madre había muerto de un infarto cuando él tenía ocho años y que estaba divorciado y tenía un hijo, que a su vez tenía cuatro hijos de tres madres distintas y que uno de esos niños era autista y no de ese tipo tan encantador cuyo diagnóstico se expresa en que el niño en cuestión se sabe los horarios de los trenes de memoria y cosas así, sino más bien de los que gritan sin parar y se dan cabezazos contra la pared y que, por lo tanto, tiene que llevar un casco y vivir en una residencia.

De todo esto me enteré porque escuché con atención y sin las interrupciones de desconcierto a las que a buen seguro él estaba acostumbrado y, mientras inhalaba despacio para no tener un ataque de tos, sentí la alegría de ejercer mi profesión, eché mano de mi experiencia y del conocimiento que siempre están presentes como un grupo de músculos bien entrenados, listos para la batalla.

En un momento dado, el sepulturero se detuvo en un rincón oculto del cementerio, donde estaban las lápidas olvidadas. Quería mostrarme el cementerio de las lápidas, porque allí podían conseguirse gratis. Solo había que pagar la inscripción. Una de las lápidas tenía grabado el nombre de Gisle Straume, el actor que interpretó al profesor Tørrdal en las películas infantiles de *Stompa & Co* de los años sesenta. Es decir, que entre las personas a quienes habían echado de Vestre Gravlund porque nadie se hacía cargo de ellas estaba el mismísimo profesor Tørrdal. Dicho de otro modo: ni siquiera el profesor Tørrdal tenía descendientes que se ocuparan de su tumba o que, llegado el momento, quisieran que los enterraran con él.

Pero eso a ti no te va a pasar, murmuro frente a la tumba de mi madre. Porque tú «sigues viva en nuestro corazón».

Me quito un guante y me meto la mano por debajo de la ropa, la apoyo en el pecho y establezco contacto con mi madre, que vive dentro de mí. No en mi corazón, claro, sino en algún lugar detrás de la clavícula, justo debajo de la tiroides. En otras palabras, no me habría hecho falta venir hasta aquí para hablar con ella, porque siempre está conmigo. Pero es importante que no crea que me escabullo y que vea que vengo todas las semanas, los días de diario y los días de fiesta, sea o no su cumpleaños y, por último, pero no

menos importante: que vea que no he pagado al cementerio para que se ocupen de su tumba, como una vez dijo que hacíamos Line y yo: pagar para librarnos de estar con ella.

En el cementerio también hay una jerarquía. Abajo del todo están las lápidas que nadie cuida, donde las malas hierbas campan a sus anchas. Después están las lápidas que mantiene y decora el cementerio, previo pago. La decoración va cambiando según la estación y en esta época del año toca una especie de brezo. En la cúspide se encuentran las tumbas que no solo se limpian y atienden con regularidad, sino que tienen su propia decoración, diferente y privada.

Así se puede saber enseguida qué difunto tiene allegados vivos que se preocupan por él.

¿Se ocuparán mis hijos de decorar mi tumba? Ragnhild, tal vez. Pero Ragnhild vive en Copenhague y nada indica que tenga pensado volver a casa.

En cualquier caso, Line y yo nos ocuparemos de esta tumba mientras sigamos con vida, le digo a mamá. Y cuando ya no lo hagamos, estaremos aquí contigo.

Ella no me responde, pero tampoco contaba con ello. Cuando vivía, a menudo tardaba en contestar, si es que contestaba.

Seguramente Line quiera que la entierren en el mismo sitio que a Gunnar y a los niños, prosigo. Y quién sabe dónde enterrarán a mis hijos, así que aquí estaremos solas tú y yo. Puede que unos años más tarde la lápida vuelva a acabar en aquel rincón, en el cementerio de las lápidas. Y en realidad tiene su gracia. Estas lápidas son solo artistas invitadas: veinte años aquí, cuarenta años allá.

Pero ella no se ríe. Tampoco es que me riera las gracias cuando estaba viva.

Igual que mi madre una vez me llevó dentro de ella, yo ahora la llevo a ella dentro de mí, y allí está, flotando, meciéndose, despreocupada. No le falta de nada, no necesita nada y es ligera como una pluma. Escucha mis pensamientos y se entera de lo que pasa, acostada y acunada, como yo lo estuve una vez en su interior, en completo equilibrio y total armonía y, como ahora lo sabemos

todo la una de la otra, sé cómo es ser madre a los veinte años, cómo es parir entre fuertes dolores, completamente sola, porque el padre no tenía permiso para estar con ella y la única ayuda que recibías como madre durante el parto hace casi sesenta años era la de una matrona vieja y gruñona que se asomaba a la puerta una vez cada hora. En aquellos tiempos, las matronas eran casi siempre solteras y muy pocas habían pasado por un parto. Cuando leo quejas en los periódicos sobre las opciones para parir hoy en día, pienso en mi madre, con apenas veinte años, sola en aquella cama, convencida de que se iba a morir. Cuando por fin nací, con diez días de retraso y, a pesar de ello sin pesar más de dos kilos y medio, el único comentario de la matrona fue: «¿No ha comido usted nada durante el embarazo?».

Ahora también sé cómo fue, dos años después de dar a luz, ir al médico a pedir una receta de píldoras anticonceptivas. Ahí estaba mi madre, en la consulta del médico, conmigo en el regazo, y siento el calor de mi antiguo cuerpo de dos años en mi propio muslo de veintidós años, al parecer me había dado la vuelta, porque agarré algo del escritorio del médico que enseguida tiré al suelo, tras lo cual el médico me echó la bronca, porque en esos tiempos, a finales de los sesenta, era totalmente normal que un médico regañara a una niña de dos años. Conviene recordar estas cosas cuando nos entra nostalgia del pasado. En ese momento, mamá, que al mismo tiempo soy yo, se echa a llorar y todo acaba con el médico negándose a recetarle la píldora anticonceptiva, porque la ve demasiado inestable, y un año después nació Line. Así que debería darme las gracias por estar viva, como le suelo decir.

Durante dos o tres segundos, sale el sol y después vuelve a esconderse tras las nubes de color gris oscuro.

Sigurd me ha escrito, murmuro. Me ha preguntado si tengo tiempo para charlar un rato.

Mamá no contesta. Una madre normal habría exclamado: ¡No! ¿En serio? ¿Qué más te ha dicho? ¿Y qué vas a hacer ahora?

Y entonces podríamos haber debatido y dado vueltas al asunto durante un buen rato, como debatimos y damos vueltas a las cosas

Ragnhild y yo a veces, las pocas veces que consigo hablar con ella, quiero decir. Y si yo fuera una hija normal habría repetido la pregunta al ver que mamá no reaccionaba. Pero ella no es una madre normal y yo no soy una hija normal, y comprendo perfectamente que no responda, yo también prefiero no decir nada cuando me preguntan algo; yo también quiero dejar a la gente en vilo, con la incertidumbre, para poder ver mi propia confusión reflejada en su rostro.

Así que me limito a esperar, a hacer como que no pasa nada, limpio y decoro un poco la tumba, trato de colocar la vela junto a la lápida para que no se caiga, finjo que estoy hablando conmigo misma, que en realidad es lo que estoy haciendo.

¿Qué se responde a alguien con quien no hablas desde hace años?, murmuro con la boca enterrada en la bufanda. Alguien que te pregunta si tienes tiempo para *charlar un rato*.

Silencio.

No sé qué voy responder. O si responderé algo. No entiendo qué se puede responder a una pregunta semejante después de todo lo que ha pasado. *Charlar un rato*. Qué tal estás, gracias por preguntar, dicen que este fin de semana va a llover.

Seguro que quiere dinero, dice mamá por fin, con la voz queda y tranquila que recuerdo de cuando era pequeña.

No, porque la última vez que hablamos me dijo que no quería ningún tipo de ayuda «ni práctica ni económica» que yo pudiera ofrecerle. Con esas mismas palabras.

Mamá se acurruca y suspira plácidamente y vuelve a sumirse en el sueño. Se pasa la mayor parte del tiempo acostada dormitando, como un feto. De vez en cuando levanta la vista, mira cómo seguimos adelante, viviendo y luchando, pero, en el fondo, no le interesa tanto.

Felicidades. Hoy habrías cumplido ochenta años. O podemos decirlo así: hoy cumples ochenta años. La verdad es que sigues aquí. No me he librado de ti. Ja, ja.

Mamá no responde y en el silencio surge una cosa tras otra. El silencio es una pizarra en la que escribo y después borro, escribo y después borro. Lo que está bien, lo que está mal y lo que es normal.

«¿Es normal?», me preguntan mis clientes. «¿Soy normal?»

No, no lo eres, pero nadie lo es.

Un conocido se quitó la vida hace unos años y en el velatorio se lloró y se dieron discursos. Pero poco tiempo después era como si nunca hubiera existido. A pesar de que en el velatorio se dijo que nada volvería a ser lo mismo y la gente se preguntaba cómo podría seguir viviendo, al día siguiente la vida siguió su curso como si nada hubiera ocurrido, y ya nadie habla de él.

Pero a ti no te olvidaremos tan fácilmente, mamá. Yo por lo menos.

Un poco más allá hay un hombre que mira una tumba que tiene una gran corona verde encima, y yo me pregunto qué nos mueve a los que venimos todas las semanas a poner velas y cambiar las coronas y los ramos de flores y a esforzarnos tanto.

A lo mejor deberíamos olvidar a quienes os habéis ido, mamá. Y no venir al cementerio a hablar con vosotros y teneros metidos detrás de la clavícula y todo eso. Puede que este sea un enfoque absolutamente erróneo.

Charlar un rato.

¿No vas a contestar?, pregunta mamá.

No.

¿Por qué no?

Charlar un rato, después de todo lo que ha pasado. No es suficiente. Tiene que decirme algo más.

Cuando me dispongo a encender la vela, me doy cuenta de que me he dejado las cerillas.

—Disculpa —le digo al hombre que está un poco más allá—. ¿Tienes cerillas o un mechero que puedas prestarme?

El hombre asiente con la cabeza. Me acerco a él y, después de rebuscar un poco en los bolsillos, me presta un mechero.

—Muchas gracias —le digo—. Enciendo la vela y te lo devuelvo.

Asiente de nuevo, pero sigue sin decirme nada, a pesar de que es al menos veinte años mayor que yo. Antiguamente seguro que habría iniciado algún tipo de intercambio verbal. Qué frío hace,

podría haber dicho. Qué ganas de que llegue la primavera.

En los últimos años he dejado de arreglarme más de lo necesario. Me lavo para no apestar cuando me siento con mis clientes, pero, desde que Harald se llevó el espejo grande de la entrada, cuando se fue de casa hace año y medio, he dejado de esforzarme. De vez en cuando me veo reflejada en el escaparate de alguna tienda y pienso que debería recomponerme, volver a ser quien era antes, pero ese pensamiento desaparece antes de llegar al siguiente semáforo.

Por fin enciendo la vela. Le devuelvo el mechero al hombre, que de nuevo se limita a asentir con la cabeza.

—Sonríe un poco, anda —se me escapa entonces.

Y el hombre se sobresalta y ahora sonríe, pero es una sonrisa forzada, y me asusta lo fácil que es hacer lo que acabo de hacer ahora y mientras vuelvo a la tumba de mi madre me acuerdo de la mujer que se paseaba por Majorstuen dando voces. Llevo décadas sin pensar en ella siquiera y más tiempo todavía sin cruzármela por la calle. Siempre iba empujando una bicicleta, tenía el pelo largo y rubio y de vez en cuando se lo retiraba por encima del hombro con coquetería. No creo que tuviera más de cuarenta años, pero ha pasado tanto tiempo que a mí por aquel entonces me parecía vieja. Con su abrigo, su falda y sus botas, parecía una mujer más de las que pasaban por Majorstuen en aquella época. Mientras arrastraba la bicicleta por la acera —nunca la vi subirse a la bici, solo arrastrarla — exclamaba cosas sobre Jesús, el fin del mundo y que todos acabaríamos ardiendo en el infierno. De vez en cuando nombraba a los políticos de turno, Kåre Willoch, Gro Harlem Brundtland, pero cuando pensabas que ahora sí, ahora habrá una revelación, una conexión, una idea que tenga sentido, volvía con el rollo ese de Jesús y de que el día del juicio estaba a la vuelta de la esquina y que pronto llegaría el día, ya veréis.

Un día me dirigí hacia ella, pero entonces dejó de gritar, se alejó unos metros y se me quedó mirando fijamente. En cuanto crucé la calle, retomó los gritos.

En otra ocasión, debió de ser a mediados de los ochenta, subí al metro y ahí había un hombre con un traje negro y un sombrero. Un

hombre que aún llevaba sombrero completamente en serio, algo que era tan poco común ya en aquella época que no pude evitar fijarme en él enseguida. Y con razón, porque cuando el metro arrancó, el hombre empezó a gritar. «¡Idiotas! —exclamó—. ¡Sois todos idiotas! ¡No tenéis ni puñetera idea de lo que está pasando! ¡Os dejáis gobernar por arpías y por niños! ¡Arpías! ¡Sois unos borregos! ¡Tenéis lo que os merecéis!»¿Cómo se llega a ser así?, pensé mientras miraba fijamente a ese hombre flaco y agitado, algo que no parecía molestarle lo más mínimo. ¿Cuál es el primer paso, el primer acontecimiento en el camino que conduce hasta allí, a eso?

Pero ahora empiezo a entenderlo. Vas perdiendo una inhibición tras otra, asumes el papel de conserje, de la persona encargada de que todo salga bien, empiezas a gritar en público, las inhibiciones desaparecen, una por una, y un día te encuentras arrastrando una bici por Bogstadveien mientras cacareas que se acerca el fin de los tiempos.

Tal vez tanto la mujer de la bici como el hombre del sombrero se sintieran llamados a salvar a la humanidad. Tal vez lo vieran como una pesada carga, algo que preferirían no tener que hacer.

Me quedo un rato más de pie junto a la tumba. Miro fijamente las palabras, las fechas, el nombre de mi madre, pero enseguida empiezo a tener un frío insoportable.

Salgo del cementerio y me dirijo a la parada de autobús. Hago equilibrios en la acera congelada en la que aún no han echado grava a pesar de que lleva varias semanas lloviendo y helando a intervalos. No hay ningún orden. Eso habría pensado hace no mucho. Ahora, en cambio, me abruma que algunas calles estén asfaltadas y se les eche grava alguna vez, y aquí estoy yo, un milagro viviente, en medio de un mundo de milagros, porque ya nada se puede dar por supuesto. El otoño que empecé cuarto de primaria, iba al colegio y pensaba: Qué locura que vaya al colegio. Por entonces ya llevaba tres años yendo y, aun así, todavía no se me había metido en la cabeza. Era demasiado bueno para ser verdad. Y mi siguiente pensamiento fue: Esto no puede seguir así.

Durante la Guerra Fría había una noción constante y fundamental de que el mundo se iba a acabar. Que alguien en algún

momento iba a pulsar el botón rojo y acabar con todo. A menos que el agujero en la capa de ozono o la gripe porcina o el sida hubieran terminado con nosotros para entonces.

En este clima me he criado yo. El tiempo pasó y la única constante a lo largo de estos años ha sido el flujo incesante de noticias sobre el fin del mundo. Ya no me preocupa. Pero por culpa de esta mentalidad de «el mundo está a punto de acabarse», nunca he ahorrado para la pensión y cuando fui el otro día y revisé lo que me correspondería, me quedó claro que la suma está muy por debajo de lo que actualmente consideramos que es el umbral de la pobreza. Me consuela saber que en Noruega mantenemos un umbral de la pobreza que garantiza una vida que para las generaciones anteriores era poco más que un sueño. La mayoría vivimos como la corte en los palacios de antaño, comemos con tenedor y cuchillo y vajilla de porcelana, llevamos ropa limpia y en condiciones y nos arreglamos frente a un espejo, celebramos los cumpleaños, podemos comer carne tan a menudo como queramos y el sexto y el séptimo día de la semana los tenemos libres.

Y qué increíble es que pueda caminar por aquí sin miedo a que me agredan, que pueda cenar en mi propia casa sin miedo a que ninguna banda entre a robar, que no tenga rejas en las ventanas, ni guardias armados y que una simple cerradura en la puerta sirva para protegerme.

¿Cuántas pruebas ha tenido que pasar la humanidad para llegar hasta aquí? ¿A qué masacres, epidemias, guerras y hambrunas ha sobrevivido? Lo olvidamos y seguimos adelante, seguimos teniendo hijos aunque la mitad muriera, escapamos cuando llegaba la tribu de al lado y prendía fuego a nuestro pueblo, nos escondimos detrás de un árbol y vimos cómo asesinaban a nuestra familia y después nos fuimos a vivir a otro lugar y empezamos de nuevo. Nos capturaron como esclavos y nos llevaron a nuevos continentes.

Vuelve a arreciar el viento, hago equilibrios sobre el hielo y camino inclinada hacia delante, mirando hacia abajo, y aun así me lloran los ojos. Dejo que lloren y lloro yo de paso, porque el llanto siempre está al acecho y ahora lloro porque soy un mamífero indefenso que

se arrastra por la superficie de la Tierra y porque este país es demasiado frío y oscuro, y por qué vivimos aquí, este no es un país adecuado para los seres humanos.

¿Tienes tiempo para charlar un rato?

Esas seis palabritas me retumban en el cerebro y pronto dejarán de tener sentido, como si estuvieran en otro idioma.

No, fantaseo que le respondo.

Que solo le mando esa palabra suelta: *No*.

Entonces, él tendría que darle vueltas al asunto igual que se las he dado yo. Pero sé que no lo haría.

¿Y no quieres saber qué le pasa?, pregunta mamá.

No es habitual que tome la iniciativa para conversar de esta manera. Normalmente soy yo quien se dirige a ella.

Pero no llego a responder, porque justo en ese momento me llama Martin.

—Hola. Estoy en el hospital con Emilie, pero acaba de entrar en la consulta, así que tengo un rato. ¿Qué…?

—¿Cómo está Emilie?

—Bien, solo es una revisión rutinaria. Pero ¿qué ocurre? ¿Les ha pasado algo a los niños?

—Eso te iba a preguntar yo a ti. Me ha escrito Sigurd.

En ese momento, el llanto vuelve a brotar y a duras penas consigo reprimirlo.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él? —pregunto.

Martin se queda callado un momento.

—La última vez que lo vi… sí, eso es, fue durante un seminario en Oslo. En otoño, a principios de octubre. Pero lo puedo comprobar.

—No importa. ¿Y estaba normal?

—Sí, eso me pareció. Pero no tenía mucho tiempo y solo les hice una visita rápida.

—¡No me digas!

Martin carraspea. Él tiene sus propios problemas y ya le he gritado y molestado bastante.

Suspiro.

—Lo siento.

—Tranquila. Pero ¿no te ha dicho qué quiere?

—¿Tienes tiempo para charlar un rato? Eso es todo. Y no sé qué responder. Pues claro que tengo tiempo para charlar y, al mismo tiempo, claro que no lo tengo, han pasado casi tres años, ¿y qué se le contesta a alguien que…?

Me contengo, porque siento que estoy empezando a enfadarme. Hace mucho que no tengo energía para enfadarme por Sigurd, y ahora tampoco pienso hacerlo. Siento que me despierta unas terminaciones nerviosas viejas y en desuso. Y Martin sabe lo que pienso, lo siento desde aquí, y también siento que valora que me frene.

—¿Y no has hablado con Ragnhild? —me pregunta.

—No, ¿y tú?

—No, últimamente no. Desde Navidad.

Cuando me tomo unos días de puente y voy a ver a Ragnhild a Copenhague, solo nos permitimos hablar de Sigurd durante una hora en total, ni un minuto más. Acordamos esa regla juntas después de pasarnos un fin de semana hablando de Sigurd sin parar, tres días enteros, y acabamos agotadas las dos y la situación con Sigurd seguía siendo la misma. Desde entonces, si una de las dos habla de Sigurd —aunque esa persona sea Ragnhild—, ponemos un temporizador en el móvil y cuando pasa una hora, se acabó. Es una medida disciplinaria, porque hablar con Ragnhild de Sigurd durante horas podría ser agradable en ese momento y yo me imaginaba que nos venía bien hablar del tema, pero resulta que a las dos nos venía mejor dejarlo estar.

—Oye, ya sale Emilie. Te tengo que colgar —dice Martin—. Pero te mantengo informada.

Me he parado en medio de la acera y acabo de darme cuenta del frío que tengo.

Si te interesa mi opinión, te diré que deberías contestarle, dice mamá mientras me abro camino por el hielo. ¿Y bien?, le respondo. Tal vez solo quiera que haga una aparición estelar como abuela invitada para después volver a relegarme a las sombras. Y no creo que lo aguante. Otra vez no. Para eso es mejor seguir como estamos. Ahora que por fin he conseguido mantener una especie de ritmo, una rutina agradable día tras día. Tienes que entenderlo.

Paso por delante de la residencia donde mi madre murió hace cinco años. Un día, antes de que la ingresaran, es decir, cuando todavía había esperanza, fui con ella al hematólogo, un iraquí que hablaba tan mal que ninguna de las dos entendíamos lo que decía.

—¿Qué? —dijo ella y se volvió hacia mí—. ¿Qué está diciendo?

—¿Puedes hablar más claro para que mi madre te entienda? —le pedí al médico, y entonces se puso a dar voces, pero se le entendía igual de mal que antes—. ¿Cómo dices? —le pregunté, y él se puso a gritar aún más alto y a dar puñetazos en la mesa, con la cara roja por una ira extraña y completamente desproporcionada.

Como si fuera culpa nuestra que sus conocimientos de noruego se hubieran estancado en una etapa demasiado temprana, especialmente si tenemos en cuenta que su trabajo implicaba tratar sobre todo a pacientes noruegos en su lengua materna.

Después se lo dije a la enfermera que nos acompañó. En otra época me habría dado miedo hacer algo así, pero en ese momento desaparecieron todas mis inhibiciones y así sigue siendo desde entonces.

—Ese médico es muy agresivo —le dije a la enfermera, una mujer mayor rubia que trataba al médico iraquí con un respeto raro y exagerado, como el que se muestra a los niños rebeldes cuando quieres que se calmen. Pero la enfermera no me dijo nada. Se quedó ahí parada sonriendo y mirándome con expectación.

—Solo le he preguntado si podría hablar más claro, porque ni mi madre ni yo le estábamos entendiendo —le expliqué un poco más alto, pero aun así no contestó y siguió mirándome con una sonrisa, como si yo no hubiera dicho nada.

Mamá había tenido que sentarse en una silla junto a la pared y desde allí asentía a todo lo que yo decía. No estaba acostumbrada a que estuviéramos en el mismo equipo, como ocurría por aquel entonces.

—¿Me has oído?

La enfermera se sentó frente al ordenador y yo la seguí.

—Pero ¿no me oyes? Una cosa es que no sepa hablar noruego, pero que atienda a personas enfermas de esta manera…

—¿Pido una nueva cita? —me interrumpió amablemente, aún

con una sonrisa, y sentí un escalofrío en la nuca.

—Pero ¿no has oído lo que te he dicho? No se entiende lo que dice y cuando se lo comentas se pone como una hidra. Golpea la mesa y chilla y…

—¿El jueves de la semana que viene, por ejemplo?

Mamá seguía ahí sentada, radiante. Se notaba que estaba feliz, que disfrutaba de esa situación y que quería que continuara, que siguiera luchando por ella, que la ayudara y la protegiera de quienes la quisieran mal, de todos los que se aliaban para hacer planes maléficos en su contra.

Yo misma solía estar incluida en esas personas que querían hacerle daño, pero desde que enfermó era como si sus habituales sospechas sobre mí hubieran desaparecido y fuéramos ella y yo contra el mundo.

La enfermera me preguntó si mi madre necesitaba ayuda con alguna cosa práctica. Hablamos un poco. Me preguntó por su dieta y le dije que comía con gusto lo que yo le preparaba.

—Sí —dijo mamá y me señaló con la cabeza—. No me las habría arreglado ni un segundo sin ella.

Me giré automáticamente en la dirección a la que señalaba —tenía curiosidad por saber a qué se refería— y me quedé mirando a la pared. Solo entonces me di cuenta de que estaba hablando de mí.

Aún son las nueve menos cuarto y, como el primer cliente del día no llegará hasta dentro de una hora escasa, me da tiempo a desayunar rápido antes de coger el autobús.En la cafetería que está frente al cine Colosseum me pido una quiche de espinacas con queso feta y un café del día. Después, me siento junto a la ventana.

Charlar un rato.

Pero, joder, ¿no tiene vergüenza? Después de todos estos años, de sus quejas absurdas y de todos los mensajes que le mandé y a los que nunca respondió. No hay más que mirar el historial de mensajes para verlo, pero han pasado siglos desde la última vez que entré a revisarlo. Soy demasiado mayor para este tipo de excesos. Además, todas esas vueltas y esas reflexiones no me llevaban a ninguna parte.

Cierro los ojos, me apoyo la mano en la clavícula y, tras solo unos segundos, se me regula el pulso.

Sigurd empezó con todos estos líos más o menos un año antes de que mamá enfermara, pero tardé un buen rato en darme cuenta de lo que estaba haciendo. Mucho tiempo después logré unir los puntos y darme cuenta de qué había sucedido y cuándo. Pero el porqué aún no lo entiendo. Y sospecho que él tampoco.

Antes de que Sigurd cortara el contacto con toda mi familia, hubo un periodo en el que intentó tener más contacto con todos —es decir, con todos menos conmigo—, sobre todo con mamá. Tal vez para demostrarme a mí, que siempre había tenido una relación complicada con ella, cómo se hacían las cosas, pero sobre todo para que su creciente distancia conmigo pareciera aún mayor, comparada con la cercanía que había empezado a mostrar al resto. Elijo creer que no lo hacía a propósito. Creo que solo respondía a una necesidad profunda que no había expresado con palabras, para lo que le ayudó el agua en la que todos nadamos y en la que no pensamos y a la que no prestamos atención hasta el día en que ocurre algo que nos hace sentir lo fría que está y cómo nos envuelve por completo.

Mastico la quiche y la trago con un sorbo de café mientras recuerdo lo mucho que nos unió a mamá y a mí no solo el cáncer, sino también lo que pasó con Sigurd. Porque, aunque nunca hablamos de ello directamente, al final hubo una especie de reconciliación.

La última foto que tenemos juntas nos la hicimos en su casa unas semanas antes de que muriera. No sabíamos lo poco que nos quedaba, así que por entonces yo seguía llevándole un montón de comida todos los días. Aquella vez tenía a dos amigas de visita y en la foto, que sacó una de ellas, estamos en el sofá leyendo los mensajes de Sigurd. Por aquel entonces, Sigurd y yo estábamos atravesando una temporada de largas discusiones por mensaje de texto y lo que estoy leyendo en la foto es una de sus interminables arengas que traspasaban la pantalla del móvil y en las que me decía, entre otras muchas cosas, que nunca le había prestado atención de verdad. «Pero si no has parado de esforzarte desde que él nació»,

dijo mamá riendo.

Las quejas de Sigurd aún eran bastante comedidas, en todo caso comparadas con las que vendrían después, y yo le respondía lo mejor que podía. Estaba segura de que era un conflicto pasajero, una especie de rebeldía adolescente postergada. Igual de segura que estaba de que mamá sobreviviría.

Lo raro era que mamá estuvo siempre de mi parte. Incluso se negó a que Sigurd la visitara a menos que fuera conmigo.

Cuando me iba a marchar, me incliné sobre ella, que estaba recostada en el sofá, y le di un beso en la mejilla. Me asusté a mí misma. Antes nunca se me habría ocurrido hacer algo así, porque podría malinterpretarse de mil maneras distintas. Pero cuando volví a incorporarme, vi que mamá sonreía, una sonrisa traviesa y tímida. Sin mirarme, pero aun así.

De camino a casa, miles de preguntas me rondaban la cabeza: ¿habría hecho algo así antes? ¿Habría podido hacer algo parecido si ella no estuviera enferma? ¿Lo había malinterpretado todo?

3

Cuando mamá recibió el diagnóstico, un tipo de cáncer de sangre, le dijeron que comiera alimentos ricos en hierro, así que tomé prestado su coche y fui a una granja ecológica de Ytre Enebakk. Allí compré un cuarto de ternera, veinticinco kilos de harina de centeno, cinco kilos de hígado de cerdo, cinco pollos de corral, cinco kilos de remolacha y tres kilos de espinacas. En una web de productos de segunda mano, conseguí una olla de acero inoxidable de dieciocho litros.

Los siguientes días, cuando no andaba en la consulta escuchando a los clientes o en casa de mi madre lavando las sábanas y ordenando la nevera y congelando comida o acompañándola a las citas médicas y a las sesiones de quimioterapia, estaba en mi propia cocina preparando paté, ensalada de remolacha, pan de masa madre y osobuco. Hice caldo de pollo y de ternera, y el olor inundó toda la casa, un aroma cálido y penetrante a proteína y grasa animal.

Todos los días iba a visitar a mi madre, que por entonces aún vivía en su casa, y le hacía comérselo todo. Y ella comía. Y el porcentaje de hemoglobina en sangre subía un poco, pero después bajaba aún más. Yo creía que conseguiría salvarle la vida con esa comida. Pero la enfermedad era más fuerte hiciera lo que hiciera (y podría haber hecho cualquier cosa). Si alguien me hubiera dicho que mi madre necesitaba un riñón y me hubiera pedido uno de los míos, no habría dudado en tumbarme en la mesa de operaciones, aunque la operación fuera arriesgada y pudiera costarme la vida.

Pero a pesar de que prácticamente le habían dado una

sentencia de muerte, solo hablamos de cosas prácticas, del sistema inmunológico, de los efectos secundarios y del porcentaje de hemoglobina en sangre.

Por otra parte, si me hubiera sentado y le hubiera dado la mano y la hubiera mirado a los ojos, tanto ella como yo nos habríamos muerto de miedo. Mamá quería que todo fuera como siempre, y por eso las dos reprimimos la idea de que lo más probable era que fuera a morirse pronto. En lugar de hablar de ese tema, comentamos que teníamos que ir a buscar una silla de ruedas —pronto estaría demasiado débil para caminar— para que pudiera llevarla a dar paseos y que le diera el sol y su cuerpo produjera vitamina D.

Por las noches freía hígado de jabalí con ajo y tomillo, lo trituraba en la batidora con mantequilla y nata de vacas de pastoreo, metía la mezcla en un molde y la horneaba a doscientos grados al baño maría. Por la noche cocinaba a fuego lento los muslos de pollo con especias y verduras y colaba el caldo para guardarlo en botellas de refresco de litro y medio. Las botellas estaban en el fregadero con un embudo y un colador encima y sobre esa inestable construcción vertía el caldo de pollo de la olla enorme, pesada y al rojo vivo y tensaba todos los músculos y sudaba y resoplaba y pensaba si se toma esto y se come el paté y las albóndigas y el guiso de espinacas, todo va a salir bien.

Pero siempre surgía algo nuevo, era como si estuviéramos en un barco que cada vez tenía una vía de agua en un sitio distinto. Una mañana, mamá se despertó con una mejilla inflamada y la acompañé al dentista del hospital, donde la tumbaron en una mesa de operaciones y le quitaron la muela que había causado la inflamación. Nunca se habló de sustituir la pieza de una u otra manera ni de pensar en el futuro. Se limitaron a extraerla.

Antes de tumbarse en la mesa, mamá se quitó los zapatos y, como no llevaba calcetines, descubrí que tenía los pies secos y las uñas demasiado largas. De camino a casa, compraríamos unas sales y más tarde le pondría los pies en remojo y le cortaría las uñas y le echaría una crema muy hidratante que también teníamos que acordarnos de comprar. Sales y crema. Saqué el móvil y lo apunté.

No llegamos a hacer nada de eso, porque justo después del dentista la ingresaron de urgencia. Una de las pruebas no había salido como debería y los días siguientes los pasó en la cama del hospital, encogida y delgaducha. Había llevado caldo de pollo en una botella de refresco y lo había metido en la nevera de la habitación. Hasta entonces, mamá se había comido todo lo que le llevaba, ya fueran albóndigas, paté, batido de espinacas o cualquier cosa que aumentara su concentración de hemoglobina en sangre, pero en ese momento no quiso tomar nada.

Habíamos dejado de hablar del porcentaje de hemoglobina en sangre. Ahora solo hablábamos de analgésicos. Mamá decía:

—Diles que soy una yonqui por culpa de las migrañas, para que no sean tan ratas con las dosis. Y diles que soy enfermera y que sé lo que están haciendo.

—Saludos de mi madre, que dice que es una yonqui y que además es enfermera —le dije a la enfermera de guardia—. Dice que le deis suficientes analgésicos, ¿vale?

La enfermera asintió con la cabeza y anotó algo en una hoja.

Gracias, Dios, pensé. Gracias, querido Dios, por las drogas, porque mientras mi madre estaba enferma, antes de que muriera y se instalara en mi interior, yo hablaba mucho con Dios. Querido Dios, haz que mamá supere esto.

Cuando murió, encontré una caja de paracetamol con codeína entre sus cosas.

«Ahora le debemos al universo un yonqui —dije en voz alta en el caótico apartamento, donde había desperdigado el contenido de todos los armarios y cajones—. Cuando uno se va, otro tiene que prepararse para tomar el relevo.» El pastillero estaba casi lleno y enseguida me acostumbré a tragarme una pastilla rosa media hora antes de que llegaran los primeros clientes del día, para sentir los efectos en cuanto entraran por la puerta, y más tarde me tomaba otra cuando iba al piso de mi madre después del trabajo. Una pastilla suavizaba la dureza del momento y me ayudaba en la tarea de recoger y ordenar los papeles. Y si de camino a casa en autobús me tomaba otra más, normalmente conseguía estar lo suficientemente amodorrada para deslizarme hacia un descanso

oscuro y sin sueños en cuanto me metía en la cama de matrimonio en la que ya dormía Harald.

El escritorio frente al que me sentaba mientras ordenaba los papeles de mamá consistía en un tablero de poliestireno apoyado en dos mesitas de pino. Los cajones no tenían tiradores y solo podían abrirse con una palanca. Dentro había recibos, folletos publicitarios, facturas, todo revuelto, y no tardé en darme cuenta de que no podía limitarme a vaciar el contenido en la papelera, porque podría aparecer algo, por ejemplo una nota del médico de cabecera de mi madre: «La paciente opina que su familia cercana la acosa y quiere que la deriven a un psicólogo». La nota era de 2012. ¿Tuvimos ella y yo algún conflicto grande en aquella época? No que yo recuerde. Con «su familia cercana» tiene que haberse referido a Line. Sus peleas eran cada vez más ruidosas y espectaculares.

Mientras recogía, hice café en la cafetera cara que Line y yo le regalamos en sus últimas Navidades. En la encimera estaba el elegante dispensador con el que venía, todavía lleno de cápsulas brillantes y coloridas, lo que demostraba que no había llegado a usar demasiado el aparato. Pero además es que prefería el café instantáneo. ¿Por qué le regalamos una cafetera si sabíamos que solo bebía café instantáneo? Cuántas preguntas surgieron tras su muerte. El dispensador estaba fuera de lugar en la vieja cocina de mamá, una cocina que contribuía a que la inmobiliaria calificara el piso «para reformar» y lo clasificara como «proyecto de reforma» en el anuncio. «Hay que tirarlo todo», decía en la oferta.

«Ahora que tengo una cafetera tan buena igual venís más a menudo a visitarme», dijo mamá cuando la sacó de la caja.

Debo de haber heredado esta tendencia, porque cuando el ambiente es amistoso y agradable, algo surge en mi interior, un deseo de rebeldía, de traer a colación algo negativo, para volver a encarrilar las cosas. Pero me controlo, como suelo pensar.

Por otra parte: si mamá nos hubiera mirado a Lina y a mí a los ojos cuando desenvolvió la cafetera, si hubiera sonreído y nos hubiera dicho «muchas gracias, qué cafetera tan bonita, pero qué majas sois», y después nos hubiera dado un abrazo, algo que habría venido a cuento, porque la cafetera, como digo, era cara, ni Line ni

yo habríamos sabido cómo reaccionar. El comportamiento de mamá fue, en otras palabras, el que se esperaba de ella, y aun así Line y yo nos miramos y pusimos los ojos en blanco y Line dijo:

—¿No puedes estar contenta? ¿Por una vez? ¿Tienes que hacer siempre esta mierda de comentarios?

—Pero si estoy contenta —respondió mamá—. ¿Por qué creéis lo contrario? Solo me gustaría que vinierais de visita más a menudo, sin que os tenga que pedir cita con varios años de antelación y sin tener que preparar un menú con primero, segundo y postre.

—Pero ¿qué coño dices? Nunca te hemos pedido una comida con primero, segundo y postre —exclamó Line, y con eso ya tenían montada la discusión.

Entre los papeles de mamá encontré otra nota.

«La paciente tiene miedo debido a su enfermedad y mantiene una relación complicada con su familia, especialmente con su hija mayor. Quiere hablar con un psicólogo.»

La hija mayor soy yo. Y soy psicóloga. ¿Por qué no habló conmigo? ¿Y por qué no hablé yo con ella?

Si me hubieran transportado a la época previa a su muerte, enseguida habría sabido por qué, todo habría tenido su lógica en ese momento. Pero desde donde estaba, en medio del caos de mi madre, no entendía por qué no podíamos habernos llamado, hablar de las cosas cotidianas, relajadas. Por qué era todo tan difícil y tan rígido, por qué no me senté en su cama del hospital y le agarré la mano o cualquier otra cosa en lugar de lo que sucedió, que fue que estaba en una silla junto a la pared y dije «me estás dando mucha pena».

Esto ocurrió después de que el médico entrara con los últimos resultados. Ni siquiera me acerqué a su cama. Me quedé sentada en la silla.

Cuando el médico dijo que era cuestión de días, al menos me eché a llorar. Mamá se me quedó mirando, como si no entendiera por qué lloraba, pero fuera demasiado educada para preguntar. Y la conozco bien. Si, o, mejor dicho, cuando yo tenga una enfermedad terminal no se lo diré a nadie y hablaré de todo lo demás, fingiré que no pasa nada y consumiré toda la droga que pueda. Tener que

hablar con todo el mundo de repente, enfrentarse a antiguos conflictos que hasta ese momento, estando sanos, no hemos podido resolver. ¿Acaso eso no beneficia en primer lugar y sobre todo a quienes nos sobrevivan? Entonces, la cuestión es si debemos mostrar consideración a quienes van a morir o a quienes van a seguir viviendo. Yo voto por que seamos considerados con quienes van a morir. Así que hice lo correcto. Y sin embargo hay algo que me sigue carcomiendo las entrañas: una cosa es que ella no me diera la mano y me mirara a los ojos y me dijera… lo que sea. Pero el caso es que yo tampoco lo hice.

Pero ella no quería que yo hiciera nada fuera de lo normal, me defiendo.

Si un cliente hubiera venido a contarme todo esto, ¿cuál habría sido mi opinión como profesional? Hace seis o siete años, automáticamente habría asumido que era la madre —que estaba en su lecho de muerte— quien tenía la responsabilidad de que se hubiera generado esa situación. La desigualdad de poder entre padres e hijos hace que los padres sean responsables y si la relación entre ellos no era la mejor, bastaba con revisar la historia y descubrir qué habían hecho o dejado de hacer los padres. Esto era tan evidente para mí y para mis compañeros de profesión que nunca lo había cuestionado. Hasta que me pasó a mí.

Hace dos años que no lo veo. A su hijo menor, que ahora tiene tres años, no lo conozco.

Qué harías si se pone en contacto contigo es una pregunta que me han hecho muchas veces. Pero nunca he sabido responder, porque me resultaba tan poco probable que ni siquiera era capaz de imaginármelo.

Me he terminado la quiche y me he bebido el café y de nuevo tengo que coger el móvil y comprobar que es cierto, que de verdad me ha escrito después de tanto tiempo. Y no consigo dejarlo estar, sino que revisito nuestro historial de mensajes, porque aunque hace mucho tiempo que he borrado su nombre de la lista de contactos, todos sus mensajes siguen allí, nunca los voy a borrar, quiero tenerlos guardados por si acaso empiezo a fantasear como ya he hecho con

mi madre. Pero entonces empiezo a fantasear de todas formas.

Cuando salgo de la cafetería, empieza a llover.

4

En el autobús, me acuerdo de comprar el billete en el último momento. Antes solía comprarme el abono anual, pero desde que paso la mayor parte del tiempo en casa, me he dado cuenta de que era tirar el dinero. Como estoy acostumbrada a tener un abono anual, a menudo me olvido de comprar el billete y este último año ya me han pillado dos veces. Con suerte, todos los buses, tranvías y metros en los que me he colado sin querer compensarán con creces el abono anual y las dos multas. Ahorrar siempre que sea posible es algo en lo que he empezado a pensar últimamente, tanto después de quedarme sola como ahora que se acerca la edad de jubilación.

Cuando cojo el teléfono y me dispongo a entrar en la aplicación del transporte público, recibo un nuevo mensaje de Sigurd.

¿Puedes contestar?

Trasteo con la aplicación, pero me confundo con las zonas y a duras penas consigo completar la compra.

No entiendo ese tono de urgencia, le digo a mamá. Después de todos estos años y después de todo lo que ha hecho. Pero ¿acaso has entendido algo de lo que ha hecho en este tiempo?, me pregunta ella. No, respondo. Y cuando intento pensar en distintas respuestas, es como si el lenguaje se hubiera desvanecido. Como si ya no dominara mi lengua materna.

Igual puedes contestar en inglés, sugiere mamá.

El autobús sube por Kirkeveien, se para en un semáforo en rojo junto al Hospital Universitario Ullevål y, cuando el semáforo se pone en verde, gira a la izquierda y sube por Sognsveien. La lluvia cae con

más fuerza y golpea el parabrisas. Espero que me dé tiempo a secarme el pelo antes de que lleguen los primeros clientes. No puede parecer que acabo de salir de la ducha.

Para no pensar en Sigurd, pienso en las últimas semanas de vida de mamá, cuando me di cuenta de que el comportamiento que mostré durante esas seis semanas es el que debería haber tenido siempre. Durante todos esos años tendría que haberla llamado a diario, tendría que haberlo planeado todo poniéndome de acuerdo con ella. Que ella fuera lo primero. Tendría que haber hecho caso omiso a todos los rechazos y a todas mis sospechas y, cuando no contestara al teléfono, tendría que haber ido a su casa, haber llamado a la puerta y haberme quedado allí hasta que me abriera.

Debería haber sido más dura y no haberme rendido tan fácilmente. Debería haberme sacrificado por ella, igual que hice durante esas seis semanas en las que cancelé una cita tras otra y perdí un montón de clientes.

—Entonces no habrías tenido vida —solía objetar Harald.

—¿Y qué? —solía responderle yo—. Así al menos habría estado bien una de los dos. Y «una vida propia», como tú dices… ¿quién la necesita? ¿Y qué quiere decir en realidad? ¿De dónde salen todas esas obviedades en las que nos regodeamos? ¿Quién las ha decidido?

Harald, con quien estuve casada durante casi veinte años y que me acompañó durante la enfermedad y la muerte de mi madre y durante el extraño cambio de Sigurd, no sufría del mismo hábito de autorreproche que yo. Su vida era una ecuación y cuando la ecuación no cuadraba, había que hacer algo. Era casi una obligación consigo mismo. En lo bueno y en lo malo.

—Pero ¿no te das cuenta de que ahora estamos en lo malo? —le dije a Harald hace un par de años, cuando me contó que su estrecha y profunda amistad con una compañera de trabajo había pasado a una nueva fase—. ¿No puedes esperar un poco? Enseguida volveré a ser yo misma —le dije.

Pero lo decía con la boca pequeña, yo misma me di cuenta, porque igual que Harald no era capaz de dominar sus sentimientos, que respetaba y trataba como un desastre natural sobre el que no

tenía ninguna influencia, yo tampoco podía hacer nada con la locura que me había sobrevenido y que no tenía visos de marcharse. Porque ya habían pasado algunos años, tanto desde la muerte de mi madre, como desde que Sigurd cortó el contacto conmigo, y a todas luces debería haber aceptado ambas cosas. Pero no lo había hecho, y puede que el motivo fuera que todas esas catástrofes me habían transformado en quien siempre había sido en realidad. Que en ese momento era justo cuando era yo misma, mientras que el otro personaje, el normal, el que había sido antes, con el que Harald se había casado, era quien tenía un comportamiento falso y artificial. El teatro había terminado, había abandonado ese papel de una vez por todas.

Cuando las cosas seguían siendo como siempre, es decir, antes de que mamá recibiera su diagnóstico, iba a verla a menudo y la ayudaba con la aplicación del banco, el móvil, la contraseña y todo lo que hubiera quedado pendiente desde la última vez, porque, en lo que respecta a la informática y los móviles, era como si mi madre, que había tenido una larga vida profesional como enfermera especialista, hubiera perdido la capacidad tanto de leer y escribir como de sumar dos más dos. Además, pensaba que todas las personas que trabajaban en esos sectores la tenían tomada con ella. No solo estaba convencida de que querían quitarle el dinero, sino de que estaban empeñados en doblegar su voluntad.

—No creo que ningún empleado de tu compañía telefónica sepa quién eres y mucho menos que se pase el día tramando un plan para que te derrumbes y poder manipularte —objeté, pero entonces mamá me miró como si yo no entendiera cómo funciona el mundo.

Después de actualizarle el *software*, reconfigurarle la contraseña del banco y aclarar un malentendido con el distribuidor de su televisor, llegó el turno de las organizaciones benéficas que la llamaban constantemente para hablarle de las miserias del mundo. Como si fuera ella misma quien les hubiera quitado la vida a los niños de la calle de Río de Janeiro o como si fuera la máxima responsable de la hambruna en Sudán. Después de estas llamadas cuyos emisores interpretaban como que mi madre había aceptado apoyar a la empresa que representaban, le solicitaban dinero por

correo. Todas las organizaciones eran estafas puras y duras. Lo había comprobado en una web que investiga a las empresas que se dedican a la recaudación de fondos y ahora tenía que llamarlas a todas de una en una. Sabía por experiencia que mandar un email no servía de nada.

—Si no borráis inmediatamente el nombre y el número de mi madre de vuestro registro, llamo a la policía. Y si me entero de que la volvéis a llamar una sola vez o si le llega al buzón una sola de vuestras cartas fraudulentas, desearéis no haber nacido. ¿Está claro? Sé dónde vivís.

En aquella época, ese comportamiento seguía siendo bastante impropio de mí, pero me animaba que mi madre estuviera sentada en el sofá riéndose, feliz como una niña pequeña cuando su hermana mayor la defiende de los abusones en el recreo. Cuando llegué a la última carta, estaba ronca. Éramos ella y yo contra el mundo.

Y ojalá hubiera podido dejarlo ahí, pero nunca fui capaz de hacerlo. Siempre tenía que fastidiarlo todo. Porque entonces miré el escritorio frente al que estaba sentada, ese tablero viejo de poliestireno de color gris sucio, los pomos rotos de la cajonera, y levanté un poco el tablero y fingí que lo estaba viendo por primera vez.

—Pero ¿qué tipo de mesa es esta? ¿Sabes que en internet puedes encontrar un escritorio nuevo completamente gratis? Puedo traértelo yo.

Mamá hizo una mueca.

—No, gracias. Este escritorio lo he hecho yo misma y aunque no te lo creas estoy bastante satisfecha con él.

¿Por qué tenía que ayudarla siempre, por qué siempre tenía que ordenarlo todo, no solo las cartas en las que le pedían dinero, sino todo lo demás? ¿Por qué no podía ir y sentarme y tomarme un café instantáneo, ver una peli, relajarme y hablar de todo un poco? ¿Por qué era tan difícil? Podría llevarle *wienerbrød*, esos bollitos de hojaldre que tanto le gustaban, comprar unos cuantos y comérnoslos sin ponerme a darle lecciones sobre la diabetes, que a ella ni siquiera le preocupaba, así que ¿por qué tenía que

preocuparme a mí?

Pero bastaba imaginarme esa situación durante unos pocos segundos, que iba a pasar el rato y a comer pasteles con ella, para darme cuenta de cómo se desarrollarían los acontecimientos. Porque ¿de qué íbamos a hablar? Después de un rato solo había temas delicados o temas que en principio eran neutrales, pero que aun así podían acabar levantando ampollas. ¿Cuáles eran los temas delicados? ¿De qué no podíamos hablar?

Ya no me acuerdo, pero sin saber cómo, la mayoría de las conversaciones acababan con nosotras dando voces sobre aquella vez que yo dije esto y ella hizo lo otro y lo de más allá en 1979, 1984, 1987, 1991, 1994, 1995, 2002, 2004, 2005, 2006.

Pero yo no quería decir eso, eso no es verdad, quién ha dicho eso, yo era muy infeliz, qué quieres decir, infeliz, por qué te presentaste en mi trabajo y me regañaste delante de todos mis compañeros, no eras infeliz, estabas furiosa y loca, no te permito que me llames loca, bueno, pues tenías un trastorno de personalidad, entonces, posiblemente esquizofrenia paranoide, y sin ninguna motivación para ponerle remedio, tú y tus palabritas cultas, era infeliz porque te negaste a tener contacto conmigo, que me negué a tener contacto contigo, menuda locura, queríais estar con vuestro padre y yo no podía competir con él, no se me ha permitido ser abuela, qué coño quieres decir con eso, has pasado mucho tiempo con los niños, no no no no te lo permito, tengo derecho a contar mi propia historia, mi propio relato, exacto, relato, cuento, te inventas un montón de mierdas que no han sucedido y eliminas tu papel en el asunto, les hablas mal de mí a los niños, o se te ha olvidado acaso, venían a casa y decían mamá, por qué dice unas cosas tan feas de ti la abuela, era tan infeliz porque lo único que quería era hablar con mi hija, qué quieres decir con eso, no querías hablar, solo querías echarme en cara cosas que yo no había hecho y no había dicho y me lo podrías haber pedido, no me dejaste cuidar a mis nietos, pues claro que sí, no me jodas, pero cuando los cuidabas husmeabas la casa entera, me lo decían los niños, decían la abuela va por toda la casa mirando en los armarios y en los cajones, qué era lo que querías saber y por qué no me lo preguntabas

directamente.

Después de cada pelea me prometía a mí misma: nunca más.

Nunca más, dijo una voz mofándose de mí desde una de las muchas cavidades de mi cerebro, puede que desde una de sus partes más antiguas, porque el cerebro humano se ha ido desarrollando por capas y cada vez que le crece una capa nueva, las anteriores se mantienen y desde el fondo resonó una risotada burlona.

Cuando mamá murió, llegó mi turno de husmear sus armarios y cajones en busca del misterio de mi vida, igual que yo era el suyo, igual que todos éramos misterios para ella. Para ella éramos troles y ángeles y demonios en un bosque encantado y nos reuníamos en las profundidades de ese mismo bosque para tramar su aniquilación.

No seguí insistiendo con lo del escritorio, como sí lo habría hecho en los viejos tiempos, porque en ese momento llevábamos años sin tener un enfrentamiento real y no quería correr el riesgo de desencadenar uno nuevo. Como ya he dicho, ya no me acordaba de qué discutíamos antes. Nuestras discusiones eran como un parto: en cuanto terminaban, yo olvidaba tanto el dolor como las promesas que me había hecho a mí misma: Esto no puede volver a pasar, no volveré a hacerlo nunca más.

Pero había pasado mucho tiempo desde la última vez. Y tampoco nos habíamos visto mucho.

Ese día, justo antes de irme, oí unos golpes en la pared. Con el abrigo puesto, di unas vueltas por el piso y por fin pude localizar el ruido. Venía de detrás de la pared, junto a la chimenea.

—Creo que viene de arriba —dije, y juntas subimos al piso del vecino.

La puerta estaba abierta y dentro había unos obreros trabajando. No sabían ni noruego ni inglés, así que nos comunicamos con el traductor automático del móvil, y enseguida entendí que estaban haciendo una chimenea nueva.

—Están de obras, haciendo una chimenea nueva —le dije a mamá, que estaba en el descansillo esperando.

Iba a volver a bajar, pero ella estaba aferrada a la barandilla, mirándome fijamente. Reconocí esa expresión. No puede evitarlo.

Cree que van contra ella, igual que cree que yo, el resto de la familia, la compañía telefónica y toda la comunidad de vecinos estamos confabulados en su contra.

—Pero ¿por qué está taladrando mi pared?

Tragué saliva. Siempre empezando de cero, fingiendo que es la primera vez que sucede, fingiendo que somos dos desconocidas.

—Están haciendo una chimenea nueva. Por eso se oye ese ruido.

—Pero ¿por qué está taladrando mi pared?

—No está taladrando tu pared, solo lo parece porque está metido dentro, en la propia chimenea.

Me dirigí a ella con gran serenidad, deteniéndome con calma en cada palabra, y aun así la rabia se filtraba a través de cada una de las letras.

—Pero ¿por qué está taladrando mi pared?

A mamá le daba vueltas la cabeza, le temblaba la boca y tenía los ojos mirando cada uno para un lado.

Tranquila, me dije a mí misma, tranquila. Pero no sirvió de nada.

—Están haciendo una CHIMENEA NUEVA —exclamé y golpeé la barandilla con el puño a cada palabra que pronunciaba.

—Pero ¿por qué está taladrando mi pared?

—¡NO ESTÁ TALADRANDO TU PARED! ¡SOLO LO PARECE PORQUE ESTÁ METIDO DENTRO, EN LA PROPIA CHIMENEA! ¡DE AHÍ ES DE DONDE VIENEN LOS RUIDOS! ¡Y AHORA TENEMOS QUE IRNOS A CASA!

Mis gritos retumbaban por el descansillo. La agarré del brazo.

—¡Vamos!

Mamá se soltó.

—¡NO TIENE DERECHO A TALADRARME LA PARED!

Al oír ese alboroto, uno de los obreros salió al descansillo y mamá se aferró aún más fuerte a la barandilla. Saludé al obrero con la cabeza y me dispuse a soltar las manos de mi madre, dedo a dedo.

—Así. Vamos abajo.

Le hablé con la misma voz con que hablaba a mis hijos cuando eran pequeños, y por fin soltó la barandilla.

—No tiene derecho a taladrarme la pared —murmuró mientras bajaba.

Yo no respondí. Mamá entró en el piso y cerró de un portazo.

Si esto le hubiera pasado a Line, se habría colado detrás de ella y habría seguido gritando y riñendo. Yo, sin embargo, me marché reptando como un animal herido, bajo la lluvia, por las calles del barrio residencial. En la parada del autobús me planté fuera de la marquesina en la que el resto buscaba refugio y allí me quedé mientras jarreaba, un castigo adecuado por haberme enfadado tanto, por no haber sabido ser una persona adulta y responsable. Una vez más, todo se había desmoronado y yo había permitido que ocurriera, me había dejado llevar por la ola de la ira justificada en lugar de mantener la calma. Con mamá, todo lo que sabía y había aprendido sobre evitar la escalada del conflicto y que se reaviven las llamas se desvanecía. Con ella seguía siendo una niña. Pero ella también lo es, se quejó la niña que era yo, una mujer de mediana edad que esperaba en una parada de autobús llorando bajo la capucha de un chubasquero azul oscuro de Norrøna mientras la lluvia caía a cántaros.

Solía volver sobre mis pasos en busca de una pista para intentar descubrir qué podía hacer para que mi madre y yo tuviéramos una relación más estrecha, más relajada y mejor. Pero nunca llegué a descubrirlo. Mientras tanto, Line, que tenía el mismo origen genético que yo, podía gritar y chillar a mamá y luego se iban juntas a la casa de campo y se sentaban tan tranquilas a limpiar las redes de pesca y Line hacía fotos y las subía a sus redes sociales y esas fotos no se distinguían en nada de ninguna otra. Después, explotaba de nuevo y Line se ponía furiosa, tras lo cual mamá la invitaba a cenar con su familia, y así sucesivamente. Entre ellas no existía el miedo al conflicto que teníamos mamá y yo.

Además, a menudo las defendía frente a la otra cuando se peleaban, porque generalmente, por alguna razón, mamá solo hablaba con nosotras de una en una y rara vez estaba a buenas con las dos al mismo tiempo, así que si Line y mamá estaban peleadas, mi relación con mamá se volvía más agradable y cordial y viceversa.

Entonces yo defendía a Line delante de mamá y a mamá

delante de Line. Pero en lo más profundo de mi frío y oscuro corazón esperaba que la relación entre ellas se volviera tan retorcida y rígida como la que teníamos mi madre y yo.

A mí no me gustaban los gritos ni los conflictos y nunca conseguí hacer como Line, nunca pude ser la hija que mamá quería tener, fuera quien fuera esa persona.

Pero yo tampoco era la madre que tú querías tener, me dice mamá.

A lo largo de los años, he observado con frecuencia a las mujeres de su edad y me he imaginado que eran mi madre. El problema es que a mí no se me habría dado demasiado bien ser la hija de esas mujeres. No era una buena hija en absoluto. Era fría y distante y nunca conseguía comportarme con naturalidad.

Mamá hablaba de forma soñadora sobre otras familias, de las que tenían el tipo de interacción y cuidado mutuo que ella anhelaba, y yo siempre escuchaba atentamente. Me interesaba cómo se comportaba la gente que le caía bien a mi madre y con la que se sentía relajada. Siempre pensé que había una solución y que lo único que tenía que hacer era encontrarla. Pero cuando intentaba imitar a esa gente, ella lo interpretaba como peloteo y falsedad, lo cual también era cierto.

Como la mayoría de las personas, considero que tengo una inteligencia estándar, pero en lo que respectaba a mi madre, era como si mi capacidad intelectual cayera muy por debajo de la media hasta el nivel en el que se encuentra en realidad.

Una familia a la que se sentía especialmente unida vivía en el mismo bloque que ella en Ullern y se conocían desde hacía siglos. Habían adoptado a mi madre como una especie de tía. Ella llevaba la cuenta de sus hijos, nietos, yernos y nueras y sus innumerables aniversarios, cumpleaños, bautizos, confirmaciones y bodas, a los que siempre la invitaban. En internet veía fotos de esas celebraciones y mi madre siempre parecía feliz allí sentada entre ellos y sonreía ampliamente y sin reservas, como si fuera una persona totalmente distinta a la que salía en las fotos de nuestras celebraciones familiares, en las que tenía la cara rígida e inexpresiva y a menudo se encontraba en el borde mirando hacia abajo o hacia

un lado. Estudié con detenimiento las fotos de las reuniones de esa otra familia para encontrar el fallo, la solución, la respuesta y una vez le pedí ir con ella de visita a casa de esas personas para poder observarlas de cerca y tal vez así aprender algo.

—Ah, no —me respondió—. No te creas que puede ir con ellos cualquiera.

La familia estaba compuesta por una viuda jubilada y dos hijos adultos, una hija y un hijo de la misma edad que Line y que yo, y los tres vivían en pisos separados en el mismo edificio. Los dos hijos adultos estaban casados y tenían hijos, y ambos tenían profesiones humildes. ¿Puede que el problema fuera que Line y yo teníamos estudios? Mamá dejaba caer a menudo que éramos ricas y esnobs y personas acomodadas. Bastaba con fijarse en lo del café, que compráramos café en grano especial que molíamos con un molinillo también especial porque ni el café instantáneo ni el café normal eran lo suficientemente buenos para nosotras.

La última vez que cenamos en su casa, justo antes de que le dieran el diagnóstico, se disculpó, como de costumbre, por servir comida casera sencilla a personas tan elegantes como nosotros. A pesar de que todos —es decir, todos menos Sigurd, que ya había empezado a distanciarse por aquel entonces— estábamos sorbiendo la sopa de pescado, que era su especialidad y que preparaba siempre, y le aseguramos que estaba increíble, mamá insistía en que la comida no tenía la calidad suficiente.

Al final, Line, que estaba —y está— mejor de la cabeza que yo, se puso a dar voces sin pensar y sin tener en cuenta las consecuencias.

Y en cuanto Line empezó a gritar, mamá se sumó a la discusión con entusiasmo. Se le iluminó la cara como si la pelea con Line le hubiera renovado las fuerzas, y había un cierto optimismo en sus gritos. Las peleas conmigo eran más mortíferas. Mamá me amenazaba con retirarme la palabra, con desheredarme, con cancelar todos nuestros planes, con quitarse la vida y cosas parecidas. Conmigo todo era más serio. Con Line se sentía más segura, a pesar de que Line era mucho más despiadada que yo. Cuando estaban las dos juntas, por lo general era Line quien salía

corriendo y cerraba de un portazo mientras que yo me quedaba y me aferraba con uñas y dientes, incapaz de reaccionar como corresponde.

La única persona de la familia con la que mamá no tenía una relación complicada era Oda, la hija mayor de Line. Observarlas de cerca era siempre igual de extraño, ver cómo mamá se acercaba emocionada hacia Oda y le daba un abrazo, verla comportarse con una efusividad totalmente natural, como la que sienten los familiares mayores hacia los más jóvenes, y después la reacción tan normal de Oda, un poco tímida, pero al mismo tiempo contenta, al responder a las preguntas entusiastas que le hacía su abuela de carrerilla: «¿Cómo estás, qué tal el examen, cuándo quieres que hagamos prácticas con el coche?».

Oda era la única persona de la familia que se relajaba y era ella misma con mamá, la única que no se ponía tensa, la única que no tenía miedo de meter la pata al hablar. Tenían el tipo de vínculo que existe entre dos personas que conocen los horarios de la otra y saben cuándo la otra está enferma, cuándo tiene un examen, cuándo tiene un nuevo trabajo o tiene que ir al médico a que le den un audífono.

—¿Qué es esto? —pregunté cuando vi que mamá se había comprado un audífono.

—¿El qué? —preguntó mamá— ¿Qué quieres decir? Es un audífono normal y corriente.

No dije nada más, porque sabía que lo que ahora tocaba era preguntar: «¿Desde cuándo tienes un audífono?». Y entonces mamá me respondería con una pregunta, como era su costumbre: «¿A qué viene esa pregunta?».

Lo que se sobrentiende: ¿Por qué te interesamos tanto mi vida y yo misma de repente?

Cuando mamá estaba en el hospital, Oda se sentaba en su cama a hablar con ella despreocupada y animadamente, y mamá estaba pendiente de cada palabra que ella decía. Tenía una actitud igual de positiva ante todo lo que le decía Oda como evitativa se había mostrado ante mis intentos de conversación, pues, si bien el ambiente que reinó entre nosotras durante las últimas semanas de

su vida fue relativamente bueno, nunca llegó a ser del todo cordial. Allí, en la habitación, fui testigo de cada palabra y de cada respuesta y no había ninguna duda: dijera lo que dijera Oda, mamá respondía con alegría y entusiasmo.

Si yo decía algo, ella no reaccionaba y, si llegaba a responder, lo hacía con retraso y sin mirarme, a pesar de que yo era mucho más dócil y complaciente que Oda.

Una se aferra a la creencia de que las reacciones ajenas a lo que decimos y hacemos solo tienen que ver con lo que decimos y hacemos. Y que si modulamos la voz y elegimos las palabras correctas y eliminamos de antemano las semillas de posibles malentendidos en lo que tenemos pensado decir, todo irá bien.

Tenía la costumbre de crear una armadura que me protegiera, una especie de piel por encima de mi piel real, y entre esas dos pieles había un pequeño espacio, una capa de aire donde probaba todo lo que iba a decir y hacer para ver si soportaba todas las interpretaciones que pudiera imaginar y sus posibles consecuencias. Aun así todo salía mal una y otra vez.

Es lo mismo que poco después ocurrió con Sigurd. ¿Y cuál es la constante entre estas dos relaciones? ¿Quién aparece en ambas partes? Respuesta: yo. Es decir, que la persona a la que le pasa algo era y soy yo misma. Pero intentar descubrir de qué se trata es como tratar de levantarse a una misma tirándose del pelo.

En los viejos tiempos, antes de que mamá enfermara, una conversación entre nosotras podía desarrollarse más o menos así. Yo empezaba preguntando:

—¿Cómo va la migraña?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque me interesa saber cómo va la migraña que tanta lata te da.

—Cuando me dé la lata la migraña, te lo diré.

Pero ¿de verdad me interesaba tanto la migraña que le hacía tomar todas esas pastillas? ¿Le preguntaba solo por cortesía? Con ella era como si algún agente aglutinante hubiera desaparecido, de modo que no quedaba nada sobre lo que flotar, nada con lo que contar.

Tal vez mi pregunta sobre la migraña tuviera el siguiente subtexto para ella: Creo que tomas demasiadas pastillas. Este era un debate ancestral entre Line y yo. Después de una conversación telefónica en la que la voz de mamá parecía ir al ralentí y sonaba como si tuviera la boca llena de algodón, llamé a Line y le dije que no le recetara todas esas pastillas que mermaban sus reflejos, al menos no con tanta frecuencia, y la respuesta profesional de Line fue que mamá estaba lejos de volverse adicta.

—Pero a saber a qué otros médicos va —repliqué, y entonces Line me dijo que como médica tenía acceso a la lista de medicamentos que le recetaran a mamá donde fuera, porque ahora todo estaba digitalizado.

Si le preguntaba a mi madre si quería ir conmigo de viaje o si quería que fuéramos juntas al gimnasio o a dar un paseo, nunca se lo proponía porque yo tuviera ese deseo, sino para amortiguar la sensación de que ella era la única persona del mundo que había mirado en las profundidades de mi alma y había visto lo mala que era.

No, no, soy buena, quiero estar contigo.

Pero en realidad no quería, así que ella tenía razón.

Ella misma rara vez tomaba la iniciativa para que pasáramos un rato juntas. Si le llego a preguntar por qué, me habría dicho lo siguiente: Es que estás muy ocupada. ¿En serio quieres estar conmigo? La idea era que yo llamara e insistiera y luego ella se lo pensaría y me diría que no. Le resultaba humillante tomar la iniciativa. Eso me lo dijo varias veces.

Si intentaba abrazarla cuando nos veíamos, ella solía quedarse quieta, con los brazos caídos. Si estaba de buen humor, podía inclinar la mejilla hacia adelante. Si estaba de mal humor, se quedaba de pie sin mover la cabeza y entonces aparecía el pensamiento intrusivo de siempre: que yo era un hombre cachondo que se estaba propasando con una mujer que no quería nada conmigo. Esto nunca lo había expresado verbalmente, porque este tipo de pensamientos solo cobran vida si se formulan con palabras. Como las heces. Que solo empiezan a apestar cuando se expulsan del cuerpo.

5

Cuando el autobús pasa por delante del Ullevål Stadion, me llama Ragnhild. De fondo hay ruido y voces de daneses.

—Solo puedo hacer un breve descanso —dice sin aliento—. ¿Qué pasa?

—Me ha escrito Sigurd.

—¿Qué? ¿En serio?

—Me ha preguntado si tengo tiempo para charlar un rato. Me acaba de mandar un mensaje. *Tienes tiempo para charlar un rato*, me preguntaba. Y ahora tengo la duda de si le habrá pasado algo. ¿Cuándo hablaste con él por última vez?

—Un segundo, voy a buscar un sitio un poco más tranquilo.

Después de un ruido de puertas, se hace el silencio.

—La última vez —dice Ragnhild— debió de ser cuando me mandó un mensaje para desearme un feliz año nuevo. O sea, que en Nochevieja. *Igualmente*, le respondí, y ya. No sé nada más, nosotros tampoco tenemos casi ningún contacto. He dejado de mandarles regalos de cumpleaños a sus hijos desde aquella vez que estaba en Oslo por casualidad el día del cumple de Sofie y no me dejaron ir a llevarle el regalo porque no tenían sillas suficientes o no sé qué y acabé mandándole el paquete por mensajería. Después de eso me rendí, pero ya lo sabías, lo hemos hablado muchas veces. Así que… bueno… no…

Oigo cómo se altera y cómo intenta tranquilizarse y me enternece ver que somos más y que estamos en el mismo barco.

—¿Qué crees que tengo que hacer? —le pregunto.

—¿Qué quieres hacer tú?

—No sé qué responderle. ¿Qué se responde a algo así? ¿Charlar un rato? ¿Después de todo lo que ha pasado? ¿Qué…?

Ahora me toca a mí alterarme y para volver a calmarme respiro hondo y suelto el aire poco a poco.

Suena una alarma y Ragnhild dice:

—Mamá, me tengo que ir. ¿Hablamos más tarde? Tengo un descanso sobre las doce. En teoría. Hoy hay mucho lío. Pero te llamo luego, ¿vale?

Cuelgo y cierro los ojos.

Ragnhild y tú habláis bastante, dice mamá. Está muy bien, ¿no? Mucho más que tú y yo. Os llamáis y conversáis. Con naturalidad, como dos amigas.

Un par de años antes de que muriera mamá, Line y yo hablamos de lo mucho que le costaba respirar. Ninguna de las dos sabíamos que el cáncer ya estaba bien avanzado y que ese era el motivo de su respiración pesada y sibilante, y por eso en Navidad le regalamos veinte horas con una entrenadora personal. Era el regalo más caro que le habíamos hecho nunca y estábamos nerviosas por cómo reaccionaría, pero mamá fingió alegrarse, no hizo ningún comentario y dos mañanas a la semana durante todo el invierno se encargó de sacar tiempo e ir en bus al CC Vest, donde entrenábamos juntas.

Empezamos bien, porque la entrenadora personal era una joven tranquila y paciente que no ponía nerviosa a mamá. Yo elegí las máquinas que estaban más cerca para ver cómo se relacionaban entre ellas, porque, como de costumbre, quería enterarme de los trucos que funcionaban con mi madre y que la ayudaban a relajarse.

Después de entrenar íbamos a una pastelería y nos tomábamos un café y un bollo. Durante varios minutos nos parecíamos a cualquier madre e hija, porque yo me fijaba en otras parejas de madre e hija y ellas también miraban por la ventana en silencio, a menudo durante varios minutos seguidos.

En marzo de ese año, Harald y yo nos fuimos dos semanas de vacaciones a Gran Canaria. Mamá prometió seguir entrenando y durante esas dos semanas no tuvimos ningún contacto. En retrospectiva me he dado cuenta de que no tendría que haberme

relajado allí tumbada en la playa, que no tendría que haber dado por hecho que todo estaba en orden. Tendría que haber llamado, enviado mensajes, mantenido el contacto.

Cuando llegué a casa, la llamé y no me contestó. No era nada fuera de lo común, mamá no solía contestar al teléfono. Nunca he entendido por qué. Pero puede que hubiera una relación entre que no cogiera el teléfono y que rara vez respondiera a preguntas directas. Si, por ejemplo, iba a cenar a su casa y le preguntaba qué tenía pensado preparar, o no me contestaba, obligándome a preguntar de nuevo, o me respondía con otra pregunta:

—¿Por qué lo quieres saber? ¿Tienes alguna alergia nueva desde la última vez?

Era como si quisiera ganar tiempo, como si siempre tuviera que buscar una estrategia. Tal vez porque creía que tras todo lo que yo decía y hacía se escondía otra cosa, algo malévolo, algo que podría hacerle daño si no tenía cuidado.

Y tal vez tuviera razón. Después de lo que pasó con Sigurd he pensado en ello bastante a menudo. Que ellos dos habían visto algo en mí que no había visto nadie más. Que había conseguido engañar a todo el mundo menos a ellos.

Para averiguar cuándo habían programado la siguiente sesión, llamé a su entrenadora personal. Me dijo que mi madre había cancelado las sesiones siguientes.

—¿Por qué? Si le quedan al menos cuatro pases en la tarjeta.

—No sé cómo decirte esto —dijo la entrenadora con una risita—, pero… bueno, tu madre dijo que tú y tu hermana soléis pagar para libraros de pasar tiempo con ella.

—Pagar para librarnos… ¡Pero si llevo todo el invierno entrenando con ella!

La entrenadora se volvió a reír. Probablemente para disimular que en realidad estaba cotilleando descaradamente sobre mi madre. Y me acordé del enorme tatuaje que se le veía cada vez que se ponía en cuclillas para mostrarnos el ejercicio de turno. Lo tenía justo encima de la raja del culo y contrastaba tan estrepitosamente con su vocecita y su forma de ser tan femenina y delicada, que siempre me estremecía al verlo.

—No sé nada más, pero eso es lo que me dijo.

Colgamos y fue como si alguien me hubiera puesto una bolsa negra en la cabeza.

¿Por qué no llamaba a mamá y la ponía verde? Eso es lo que habría hecho una persona normal: llamar y preguntar por qué coño iba por ahí contando mentiras sobre nosotras a desconocidos. Eso es lo que habría hecho Line.

Pero no la llamé y no volvimos a sacar el tema. En lugar de eso dejé pasar el tiempo antes de volver a llamarla. Empecé a darme cuenta de que esa interacción tan normal y relativamente agradable que mi madre y yo habíamos tenido ese invierno tal vez no fuera lo que ella realmente deseaba. Que en el fondo no lo era. Que tal vez le venía mejor contar la historia de las dos hijas que nunca llamaban y que no la iban a visitar a menos que les ofreciera una cena con primero, segundo y postre.

Aun así, a lo largo de los años siempre he tenido la fuerte sensación de que el problema está en mí misma y en mi capacidad como hija y, por ende, en mi capacidad como madre. Como si mi madre —y después Sigurd— fuera la única que viera la maldad en mí, esa maldad que siempre he sospechado que va creciendo en mi interior, que me corre por las venas y que vive en cada una de mis células. No existe ningún medicamento, ninguna operación, ningún remedio y por lo tanto he de vivir con la certeza de que soy una persona esencialmente malvada que va por el mundo intentando enmendar sus errores, un ser amargado y viejo que no tiene nada bueno que decir sobre nada ni nadie. Alguien que responderá a todas las preguntas con un «vete, no me hables» y que, cuando llega a un lugar, solo piensa en una cosa: Dónde está la salida. Adiós, feliz Navidad y gracias por los buenos tiempos. Y si no se me invita a la celebración que sea o si alguien finge no verme por la calle o si alguien no me contesta un mensaje, algo que antes podía haber sido motivo de preocupaciones ahora solo es un alivio.

Cuando le dieron el diagnóstico, mamá no nos dijo nada. Ni siquiera a Line. Solo nos lo contó cuando llevaba una semana de quimioterapia, y de pasada. Así, la conversación siguió un rato antes

de que Line la interrumpiera:

—¿Qué has dicho? ¿Que has empezado la quimio? ¿Por qué?

—Porque tengo cáncer.

Se hizo el silencio alrededor de la mesa. Estábamos en casa de Line, puede que fuera su cumpleaños.

—¿Qué? ¿Cáncer? ¿Y por qué no nos has dicho nada?

—Os lo estoy diciendo ahora —respondió mamá.

Tres días antes de la muerte de mamá, el médico estaba junto a la cama y le dijo: «Tu cuerpo no está respondiendo al tratamiento, así que tienes que hacerte a la idea de que te quedan días, como máximo una semana».

El médico tenía una herida en la nariz. Una de esas heridas típicas de una caída de borracho. «Madre no hay más que una», dijo ese médico en su dialecto del norte, y de su boca salió un fuerte olor a alcohol. Y yo pensé: No me digas, borrachín. Menudo cliché. ¿No se te ocurre nada mejor? Pero tenía razón. Eso es lo que hace la muerte, saca todos los lugares comunes y todas las trivialidades y las llena de nuestra propia carne y de nuestra propia sangre y hace que se repitan generación tras generación, una y otra vez, que no hay nada nuevo bajo el sol y hay que enfrentarse a las cosas según van llegando.

Ahora ese médico está muerto. Murió pocos meses después de mamá, a pesar de que no había cumplido los sesenta. Y la noticia de la muerte de ese hombre, de que esa persona que dijo tan cruda y rutinariamente que a mi madre le quedaba poco tiempo de vida —para él no era más que un día normal de trabajo— muriera poco después, fue la mejor noticia que me habían dado en muchísimo tiempo. Por desgracia, murió mientras dormía y sin todo el miedo que mamá tuvo que pasar, camuflado por los opiáceos y, sin embargo, siento paz cuando me lo imagino de pie, con su bata de médico junto a la cama de mamá, diciendo sus despiadadas verdades con ese estilo descarnado propio de la gente del norte, mientras sé que ya no existe, que o bien es un montón de cenizas en una urna o un esqueleto en descomposición en algún lugar al norte del círculo polar ártico.

Unos minutos antes de que muriera mamá, llegó una enfermera y nos dijo que respiraba agitadamente y que luego llegaría a un pico y respiraría más despacio hasta que dejara de hacerlo. Que respiraría cada vez más despacio, con una distancia cada vez más larga entre una respiración y la siguiente y después se iría, se moriría.

Es posible que mamá oyera lo que había dicho la enfermera, porque empezó a respirar más despacio en el preciso momento en que la enfermera acabó de hablar.

La enfermera estaba apoyada contra la pared con los brazos cruzados y miraba fijamente a mamá con una expresión expectante en el rostro, y yo quería que se marchara. Pero no dije nada, solo me quedé mirándolas a ella y a Line, que estaba llorando sentada en la cama de mamá. Era como si me encontrara en un planeta a muchos años luz de distancia y nos observara a las cuatro desde allí o desde mil años en el futuro.

La distancia se iba ensanchando con cada respiración y entonces llegó el último aliento y después se hizo el silencio.

Line gritó y lloró y se abalanzó sobre mamá, la llamó «mamá», algo que ninguna de las dos había hecho desde hacía años.

Yo estaba sentada junto a la ventana, con el portátil en el regazo enviando un correo electrónico a una mujer que le había sido infiel a su marido y necesitaba ayuda para convencerlo de que volviera con ella. Dicho de otra forma: mientras mamá moría, yo estaba ocupada enviando un correo electrónico que no corría prisa a una persona que no conocía de nada.

Después les mandé un mensaje a Ragnhild y a Sigurd y Ragnhild me contestó enseguida y además me llamó poco después, pero Sigurd no dio señales de vida. En esa época prácticamente había dejado de responder o tardaba mucho en hacerlo, siempre con una ligera disculpa: o bien no tenía batería o bien estaba en un sitio donde no había cobertura o bien tenía demasiadas cosas que hacer.

Varias horas más tarde, por fin sonó el teléfono: *Lo siento*, seguido de una carita llorando.

Escribí un mensaje al que él más tarde se referiría como un intento de generarle un sentimiento de culpa:

Espero que tú y Ragnhild podáis ayudarnos con el funeral.

No respondió.

Más tarde aprendí que mi mensaje no tendría que haber contenido ni peticiones ni expectativas, sino que, más bien, debería haber sido algo parecido a esto: *Os aviso cuando sepa dónde y cuándo será el funeral. Un abrazo*, seguido de una fila de corazones.

Aprendí cómo tendría que haberme dirigido a él la única vez que fuimos juntos a «terapia». Se comportara como se comportara él, dijera lo que dijera o hiciera lo que hiciera, mi obligación era ofrecerle amor incondicional.

Por supuesto, él no lo expresó así.

Lo que dijo, textualmente, fue: «Me gustaría que estuvieras disponible para mí aunque yo parezca frío y distante. Porque entonces será cuando más lo necesite».

Cuando me dijo eso, lloró tanto que apenas pude entender lo que me decía. Pero no paro de adelantarme y retroceder: antes de entrar a la consulta, puse la grabadora del móvil, porque quería evitar engañarme con falsos recuerdos e invenciones, como hacemos para justificarnos, siempre justificándonos, y por eso sé exactamente lo que pasó allí y quién dijo qué y cuándo lo dijo.

En el funeral —al que Sigurd por lo menos asistió— fingí ser otra persona. Cuando la gente me preguntaba qué tal estaba, yo respondía: «Tirando. Poco a poco».

Tirando. Poco a poco. ¿Por qué inventarse algo original cuando hay tantas frases buenas y bien ensayadas para elegir, frases que, además, son mucho más precisas que cualquier cosa que pudiera ocurrírseme a mí. Últimamente todos mis silenciosos monólogos interiores terminan con ese tipo de expresiones: «tirando», «cada uno es como es», «no se puede huir de los problemas».

Sigurd vino al entierro y se comportó con normalidad, es decir, se comportó con normalidad con el resto de la gente. A mí no me dirigió la palabra y no me miró ni una sola vez. Cuando intenté darle un abrazo, se apartó.

—¿Seguimos peleados? —le pregunté, refiriéndome a nuestras discusiones por mensaje de texto.

—¿Peleados? No, no —me respondió riendo con desdén. Lo

recuerdo claramente, porque fue cuando él todavía se sentía obligado a fingir que todo estaba bien.

—Pero nunca respondes a los mensajes. No sé nada de lo que te pasa ahora mismo. ¿No podemos vernos algún día?

—Pues claro que sí —me respondió arqueando las cejas y con la cabeza ladeada, como si fuera yo quien actuaba de manera extraña.

En muchos sentidos, cuando cayó esa fachada sentí un gran alivio. A pesar de que ese alivio me recordaba al que me imagino que se siente cuando el médico te confirma que tus vagos síntomas tienen una explicación y una causa concreta, lo que a su vez significa que tienes una enfermedad grave. Pero al menos no estás loca, no te estás imaginando cosas y entonces tal vez haya un tratamiento, una medicación, una cirugía.

Line y yo dimos un discurso en la capilla y lloré lo justo, pero era el caparazón quien lloraba, el caparazón que ha aprendido a comportarse en público, porque si me hubiera comportado de acuerdo a mi yo interno, si hubiera sido «yo misma», habría vomitado, me habría arrancado la ropa y me habría acuclillado en el pasillo, en la moqueta color burdeos y habría hecho mis necesidades y por último me habría tumbado en el ataúd con mi madre y la habría acompañado hasta el coche fúnebre, hasta el cementerio y hasta el crematorio.

Pero en la civilización hay que mantener el tipo. No beber demasiado, no llorar demasiado alto, no bailar demasiado pegados. Alcohol, pero en su justa medida. Contacto físico, pero en su justa medida. Como si todo fuera un examen para comprobar quién se sale de la norma. Por eso existen cosas como el baile, para saber quién puede pegarse al sexo opuesto sin meterle mano, y por eso existen cosas como el alcohol, para ver quién puede beberse una copa o dos sin necesidad de acabarse la botella entera. Por eso también existen cosas como los funerales, donde el duelo tiene unos marcos fijos y condensados y puede vivirse de manera controlada. Porque en los funerales también es importante comportarse como es debido y acordarse del nombre de la gente. Llorar, pero sin exagerar tampoco, a pesar de lo cercana que pueda ser nuestra relación con el muerto. Hablar lo justo sobre uno mismo antes de dar la palabra a

los demás. No alterarse demasiado ni obsesionarse con un tema concreto.

Y yo fui buena y me senté a la mesa del salón que habíamos alquilado con el dinero de mamá y me comí los canapés que ella había pagado y me tomé el café y mantuve a raya mis músculos faciales, ay, sí, muchas gracias, qué bonito, tirando, poco a poco. Respondí a todas las preguntas con frases manidas y bien ensayadas. Nuestro cuerpo es un cliché andante, así que no tiene sentido esforzarse. Mi más sentido pésame y suerte y gracias por la comida. Renuncié a cualquier intento de ser original, a todos los intentos torpes de llenar frases manidas de contenido nuevo. Que aproveche y feliz año. Dicen que este fin de semana va a llover.

Mientras estudiaba Psicología, trabajé en una residencia de ancianos y recuerdo lo extrañamente similar que era el comportamiento de las personas con demencia. Cómo se sentaban en fila en los pasillos, completamente vestidas y con el bolso en el regazo, esperando el autobús o el coche o el tren que las llevaría a «casa». Por qué no se os ocurre nada más original, pensaba entonces. Pero ya no.

Como recién nacido, sales de una masa biológica indiferenciada y, como persona mayor, te preparas para volver a hundirte en ella, para fusionarte con el tronco del que una vez te separaste.

Veo cómo se acerca ese momento y, mientras tanto, asistiré cada vez a más funerales donde comeré canapés e hidrataré mi reseco gaznate con café. «Tirando, poco a poco», diré mientras mi mirada se pasea por el local e inspecciona quién está vivo y quién está muerto y, cuando se acabe el café, ¿debería decirlo con esa firmeza y atención a las condiciones físicas y materiales que antes me producían tanto tanto desprecio? ¡Acaba de morirse alguien y solo podéis pensar en el café! Con el tiempo encontraré consuelo y descanso en ese centrarse en el café y dónde está el baño y vaya, está empezando a llover y no me he traído el paraguas.

Hasta que no pasó el entierro, no fui al piso de mamá en Ullern. Los siguientes días me paseé por allí dentro vestida con la camisa vaquera de mamá. Todo había pasado demasiado rápido y a su móvil aún llegaban mensajes de gente que no sabía que estaba

muerta. En uno de los cajones de la cómoda encontré todas sus agendas antiguas. En la más reciente, que estaba en el bolso que llevaba cuando la ingresaron, había apuntado citas y planes hasta el año siguiente. Lloré con la agenda de mi madre contra la mejilla mientras susurraba: «mamaíta, mamaíta». Esto no lo podría haber hecho cuando seguía viva, habría sido impensable, nunca se me habría ocurrido, pero ahora estaba ahí sentada llorando y murmurando, como si estuviera en una película.

Como digo, lo había guardado todo: extractos bancarios, material publicitario, fragmentos de su historial médico, listas de la compra, revistas, folletos, todo estaba apilado en cajones y armarios y cajas de plástico en el sótano.

En uno de los fragmentos de su historial médico ponía: «Enfermera jubilada. Vive sola».

En sus extractos bancarios vi los gastos que tenía cada mes.

—¿Por qué no me has dicho nada? Te podría haber dado dinero —le dije al extracto bancario.

«Enfermera jubilada. Vive sola.» Volví a echarme a llorar.

En los años previos a la muerte de mi madre, yo no lloraba nunca. ¿Dónde habían ido a parar los llantos de aquellos años? ¿Habían desaparecido con la menopausia? ¿Se me habían secado las lágrimas dentro? ¿Sería todo química y biología?

Pero cuando mamá murió, el llanto volvió con fuerza.

—¿Por qué vivimos todos solos? —exclamé en el piso desordenado—. ¿Qué nos pasa? Papá y tú os divorciasteis, yo me he divorciado, nos hemos divorciado todos. Los viejos se pasean solos por la calle. ¿Dónde está su familia?

6

Me bajo del autobús, que ya está casi vacío, en la residencia de Nordberghjemmet. Desde allí avanzo por Jansbergveien, que, al cruzarse con Peder Ankers vei cambia de nombre a Langmyrgrenda, allí doblo la esquina y enseguida estoy de vuelta en casa. Después de lavarme las manos y tomarme un vaso de agua, me voy a la consulta.

La consulta antes era un garaje que Harald, mi segundo exmarido, que es ingeniero, transformó en un gabinete psicológico hace quince años. En la entrada hay un recibidor con un zapatero y una encimera. Sobre la encimera hay una ventanita por la que se puede ver quién viene y quién se va. En la propia consulta, la mayor parte del espacio lo ocupan un sofá grande, una mesa de centro y dos butacas. Pegado a la pared hay un escritorio que uso para hacer trabajo de oficina.

Ser una terapeuta de parejas que se ha divorciado dos veces es como ser una experta en adelgazamiento con sobrepeso, y si hubiera algún tipo de orden en el universo, me habrían retirado la licencia en cuanto me separé. Si no la primera vez, por lo menos sí la segunda. Pero ojos que no ven, corazón que no siente; por eso, de cara a mis pacientes, tengo mi anillo de casada en un bol de la entrada y antes de cada consulta me lo pongo en el dedo. Eso mismo he hecho hoy, a pesar de que los primeros clientes del día no son un matrimonio, sino una madre y su hijo.

Lleno el hervidor de agua y pongo tres tazas en la encimera. Mientras espero a que hierva el agua, cojo el móvil y me quedo mirando el último mensaje. Pero no dice nada, es igual de críptico

que todo lo que tiene que ver con Sigurd durante los últimos años. A menudo me pregunto si habrá heredado alguna de las características de mi madre, solo que en él se expresan de manera distinta. Apoyo el móvil y miro fijamente la pared, la pared de madera que Harald y yo pintamos de beis en los viejos tiempos, cuando todo era como pensaba que seguiría siendo, y sigo los agujeros de los nudos, que se abren paso a través de la pintura porque no los rellenamos con masilla antes de empezar a pintar y, como siempre, es como si estos nudos supieran algo que no quieren decirme. A menudo sucede, por ejemplo cuando voy a pasear alrededor del lago de Sognsvann, que pienso que los árboles se mecen de una manera especial y casi diría que consciente. Como si los árboles, las piedras, la hierba e incluso la grava supieran algo secreto, algo que no se expresa con palabras y que nunca podré entender, sobre todo acerca de los dos misterios de mi vida: mi madre y Sigurd. Como si las cosas que me rodean tuvieran la respuesta y, si yo conociera el lenguaje en el que se comunican, yo también pudiese saber cuál es.

Me preparo un té y me siento frente al escritorio para repasar la información de las dos personas que están a punto de llegar: Madre (74) e Hijo (32). Madre me ha enviado un correo electrónico largo sobre Hijo, que vive en el sótano de casa de Madre y allí se pasa los días durmiendo y las noches jugando a videojuegos. El objetivo de Madre es que Hijo se independice, pero, sobre todo, que tenga una vida normal. *No me preocupa que viva en casa*, me escribe. *No me importaría que lo hiciera si tuviera un trabajo y amigos, aparte de la gente con la que habla por internet*. Dicho de otro modo, el problema de Madre es el contrario al mío, y me pregunto qué es peor: que tu hijo corte el contacto o que no se vaya nunca de casa.

¿Acaso no existe un término medio?, pregunta mamá. ¿Hay que elegir una de esas dos cosas?

Un taxi se detiene frente a la verja y enseguida llaman al timbre. Abro la puerta y estrecho la mano a Madre.

—Hola —digo—. Soy Ida. ¡Adelante!

Detrás de ella llega Hijo, con la cara pegada al móvil.

—¿Puedes quitarte los zapatos? —le pregunto cuando entra en

silencio, sin despegar la vista del teléfono, sin saludar y sin descalzarse como el cartel de la pared dice claramente que hay que hacer.

Se quita las deportivas sin agacharse a desatarse los cordones y las deja tiradas donde caen.

—Eso es —dice Madre mientras se sienta en la silla de mimbre del rincón y empieza a quitarse las botas—. Ahí lo tienes.

Entramos juntas a la consulta, donde Hijo ya se ha sentado en mi butaca.

—Si no te importa, siéntate en el sofá —le digo.

Hijo tiene que tomar impulso varias veces antes de levantarse. Tiene la piel pálida y cetrina y, como se le ha remangado la sudadera negra con capucha, le asoma una barriga blanca y peluda.

Según el correo electrónico, solo ha venido porque Madre lo ha amenazado con vender la casa e irse a vivir a un apartamento para personas mayores y darle el resto del dinero a una protectora de animales. Lo ha educado sola, aunque educar es una palabra que igual le queda grande, pienso mientras lo miro ahí medio tumbado y despatarrado, mirando tranquilamente el móvil.

Que estudie una carrera, que se case, que tenga hijos, todo eso lo he desechado hace mucho, me decía Madre en el correo electrónico. *No soy capaz de echarlo de casa, pero tampoco puedo seguir como hasta ahora*.

A lo lejos, se oye ladrar a un perro. La puerta de un coche se cierra de un portazo y después me vibra el móvil, que he olvidado poner en modo avión. Entra un mensaje tras otro y el aparatito no para de moverse por el escritorio.

—Disculpadme —digo y me levanto del asiento—. Voy a…

Todos los mensajes son de Sigurd y, sin abrirlos, pongo el modo avión.

Estoy muy acostumbrada a hacer como que no pasa nada. Después de la noche en que Harald se fue, tuve que venir a la consulta, como de costumbre. Iba a llamar para cancelar las citas, pero antes de que llegara a hacerlo, el primer cliente ya estaba en la puerta. Lo cual resultó ser una liberación, igual que lo fue venir aquí cuando Sigurd estaba en su peor momento e igual que lo es

sentarme aquí ahora y escuchar a Madre, que me pone al día de lo sucedido hasta la fecha. De vez en cuando tomo notas en la libreta, pero más que nada por aparentar, porque todo lo que me está contando ya lo he leído en el correo electrónico. Aun así, es importante dejar que los clientes lo suelten todo sin interrupciones, dejar que cuenten la historia completa, trate de lo que trate. A menudo tiene que ver con que no se sienten vistos ni escuchados, se sienten rechazados, algo fundamental que se encuentra en la parte más antigua del cerebro: aquellos que eran rechazados por sus seres queridos corrían el riesgo de quedarse solos en la sabana y que las hienas los devorasen vivos. Tanto Madre como Hijo serían un buen bocado para esas hienas que tan bien me imagino, allá atrás, en los albores de la humanidad y, mientras Madre habla, me pregunto una vez más por qué todo el mundo está tan gordo últimamente. Tal vez sea porque nuestro mundo está lleno de comida suculenta y fácilmente accesible de todos los rincones del planeta. La ciudad se llena del aroma de cafeterías y panaderías y a cualquier hora podemos pedir que nos traigan a casa lo que más nos apetezca. Nada que ver con los años setenta, cuando Line y yo éramos niñas y comer era un mero trámite. Por aquel entonces, pocas comidas eran especialmente sabrosas o tentadoras, todo lo contrario, a menos que fuera Navidad o un cumpleaños y, sin embargo, no se nos permitía levantarnos de la mesa hasta que hubiéramos terminado de comer. Nos sentábamos a la mesa y paseábamos las albóndigas de pescado de un lado a otro del plato. En las fotos de aquellos tiempos estábamos tan delgadas que, hoy en día, habríamos llamado la atención entre todas las bolas de sebo de las que están ahora llenos los patios de los colegios y nos habrían llevado a ver a la enfermera con la sospecha de que tuviéramos algún trastorno alimentario o padres negligentes. Pero en aquella época todos los niños del recreo eran como nosotras, a excepción del gordito de turno.

Cuando me siento en el autobús o en el tranvía, a menudo paso el rato contando el porcentaje de pasajeros con un peso normal, y esa cifra disminuye cada año.

Miro a Hijo. Tiene la mirada fija en el móvil, que de vez en

cuando emite pequeños pitidos.

—Si queremos llegar a alguna parte, tienes que dejar a un lado eso de ahí —digo interrumpiendo el flujo de palabras de Madre.

Hijo no reacciona.

—¿Hola?

Por fin levanta la vista. Me inclino hacia delante y le tiendo la mano.

—Dámelo.

Hijo mira a Madre.

—No la mires. Haz lo que te digo.

Chasqueo los dedos un par de veces, como si llamara a un perro, y él lanza el móvil sobre la mesa baja y se cruza de brazos.

—No. Déjalo ahí, en la encimera. No quiero verlo.

Él se levanta a duras penas y se dirige a la puerta con paso torpe. Por el camino, el móvil emite otro pitido.

—Y ponlo en modo avión.

—Pero…

—Ponlo en modo avión —repetí—. O apágalo.

—¿Cómo lo has conseguido? —dice Madre cuando Hijo entra y se vuelve a sentar—. Yo nunca consigo que haga nada.

Madre reanuda la conversación. Hijo se ha bajado la visera y parece que está dormido y aunque Madre aún se está limitando a repetir lo que yo ya había leído en el correo electrónico, siempre es más interesante oírlo de viva voz.

Está claro que esta historia de que el hijo no se quiere ir de casa ya la ha contado miles de veces. De vez en cuando hace una pausa para que yo reaccione. Pero mantengo el rostro sereno, con el objetivo de debilitar la coraza, o la máscara o como quieras llamarlo, de humor y enfado e irritación y tantas otras cosas que Madre ha construido a lo largo de los años y que tenemos que traspasar. Tenemos que ir más allá de todo este ruido y entrar en el silencio, donde tal vez se esconda la verdad. Esto lleva su tiempo. Y cuanto más tiempo se haya tardado en construir la estructura, más tiempo tardaremos en derribarla.

Tras varias relaciones complicadas, entre ellas una de siete años con un hombre casado cuando ella estaba a finales de la treintena,

Madre se dio cuenta de que si quería tener hijos, tendría que hacerlo sola. Entonces se fue a Dinamarca para que la inseminaran en una clínica y en el quinto intento y después de tres abortos espontáneos, por fin tuvo a Hijo. *Un niño muy buscado*, como me puso por escrito.

Madre me cuenta que siempre le ha dado pena su hijo porque no tenía padre.

—¿De qué manera ha ayudado a tu hijo esa compasión? —le pregunto.

Madre coge un pañuelo de papel de la caja que hay encima de la mesa y se da toquecitos en los ojos con cuidado.

—No… no nos ha ayudado ni a él ni a mí. Pero ¿qué le voy a hacer? Ni siquiera es capaz de cuidar de sí mismo. Deberías ver el sótano de casa.

Asiento, porque me había adjuntado una foto. En ella se veía una habitación oscura y desordenada llena de ropa y cajas de pizza vacías donde el «niño» estaba sentado de espaldas, encorvado frente a una serie de pantallas brillantes. Por detrás recordaba a una especie de viejo y solitario primate del principio de los tiempos, y de nuevo no tengo claro qué es peor, que tu hijo te deje de hablar o que nunca se vaya de casa. Tal vez sean dos caras de la misma moneda. Y aun así me pregunto: si me hubieran dado a elegir, ¿habría elegido a Sigurd tal como es ahora, con su mujer y sus dos hijos y una carrera brillante además de un cuerpo atlético, una piel sana y gran densidad capilar, un hombre que se ha reproducido y es un ciudadano responsable, que contribuye al erario público pero que no quiere tener ningún contacto conmigo? ¿O por el contrario habría preferido que siguiera viviendo en casa, pero que estuviera soltero, que tuviera sobrepeso y estuviera en el paro como la criatura cetrina que está ahí sentada respirando con la boca abierta como un mentecato?, una palabra que deberíamos recuperar, pienso mientras garabateo en mi libreta.

—¿Hola? —digo mirando a Hijo. Él no reacciona, pero cuando digo su nombre se incorpora en el asiento y se coloca bien la gorra.

—¿Sí?

—Me gustaría saber qué piensas.

—¿Qué pienso? ¿De qué?

—Cómo percibes tu vida. Y cómo te gustaría que fuera de ahora en adelante. ¿Lo has pensado?

Hijo se encoge de hombros y no responde.

—Tienes más de treinta años y sigues viviendo con tu madre.

—No, no vivo con mi madre, vivo en un piso en la misma casa que ella.

—Un piso, dices. Entonces, pagarás alquiler, ¿no?

—¡Ja! —exclama Madre.

Hijo se frota la cara y suspira.

—¿Pretendes que le pague el alquiler a mi propia madre?

—Igual no tienes ingresos —comento.

—Lleva muchos años en el paro —dice Madre, que ya no se aguanta más—. Así que sí, tiene ingresos, recibe el subsidio por desempleo. Pero como se resiste y se pone imposible cada vez que intentan conseguirle trabajo, en el paro empiezan a estar hartos de él. Ahora ha descubierto que le pueden dar una prestación por discapacidad y, por lo tanto, ha llegado a la conclusión de que tiene ansiedad social. Pero que te canse hablar con desconocidos y que no te guste salir no quiere decir que tengas ANSIEDAD SOCIAL. Igual eres un vago y ya. ¿No?

Hijo se cruza de brazos y mira fijamente la pared.

—Pero si no pagas el alquiler aunque tengas ingresos —le digo —, por lo menos echarás una mano cortando el césped y quitando la nieve y demás, ¿no?

Madre suelta una estridente carcajada. Hijo se encoge de hombros.

—No me importaría ayudar más en casa, la verdad, si pudiera trabajar.

—¡TRABAJAR!

El rostro de Madre tiembla de ira, pero Hijo sigue igual de tranquilo y me doy cuenta de que estoy siendo testigo de algo que ha ocurrido innumerables veces antes. La única diferencia es que ahora tienen una espectadora.

Hijo se recuesta de nuevo en el sofá. Madre quiere continuar, pero la interrumpo:

—¿Qué crees que ha contribuido a que tu hijo no quiera irse de

casa?

—¿Crees que no lo he pensado? Igual era demasiado mayor cuando lo tuve, igual es que no ha tenido padre, igual es que he estado enferma desde que nació y al parecer he tenido que compensar todo eso.

Tanto Madre como Hijo hablan como la gente rica de la parte oeste de Oslo, lo cual contrasta con su aspecto. Madre lleva una camiseta rosa palo llena de manchas, va sin sujetador y sus grandes pechos cuelgan cada uno por su lado. Se ha desabrochado el botón de los pantalones, que parecen ser al menos dos tallas más pequeños de lo que deberían. Tiene el pelo canoso y enmarañado y parece que lleva un tiempo sin lavárselo, cortárselo o peinárselo. Un gesto de amargura permanente se ha apoderado de su rostro, como les sucede a veces a las personas mayores. Me recuerda a un hombre que vi una vez en el tranvía, cuya cara se había quedado congelada en una mueca de terror, como si siempre estuviera siendo testigo de algo espeluznante.

Madre soltera, pienso mientras mantengo el contacto visual con Madre. ¿Habría sido distinto si Hijo tuviera un padre? El caso es que Hijo ni siquiera tuvo un abuelo, porque murió antes de que él naciera.

Por otra parte, una figura paterna no tendría por qué ser de ayuda necesariamente. Recuerdo un matrimonio que estuvo aquí el año pasado, tenían unos sesenta años y un hijo de quince. El padre estaba en el paro o recibía una subvención, el caso es que no trabajaba, pero se pasaba el día llevando y trayendo a su hijo a las clases de tenis —el hijo supuestamente era una promesa del tenis y el padre había sido jugador de élite— y preparando elaborados almuerzos, poniendo lavadoras, ordenando la habitación de su hijo y administrando las citas con el entrenador y las veces que quedaba con sus amigos. La mujer tenía un buen puesto con un buen sueldo, lo que les permitía viajar por todo el mundo con la excusa del tenis, ya fuera para asistir a campamentos o para ver un partido en el extranjero.

Cuando el hijo recibía visitas, los padres tenían que quedarse en su dormitorio, no tenían permiso para ser vistos en ningún otro lugar

de la casa, y si tenían ganas de hacer pis, tenían que hacerlo en un cubo. Cuando el padre acompañaba a su hijo a entrenar o al dentista o a lo que fuera, no se le permitía hablar con él, tenía que ir diez pasos por detrás y fingir que no se conocían.

El hijo era quien decidía dónde irían de vacaciones y qué iban a comer y, a sus quince años, aún dormía con su padre en la cama que alguna vez había sido la del matrimonio. La madre dormía en la habitación del hijo, a menos que él estuviera enfadado con su padre por algún motivo. En ese caso, la madre ocupaba el lugar de su marido en la cama grande. Los padres llevaban muchos años sin tener vida íntima. El hijo, a sus quince años, aún dependía de la mantita con la que dormía desde que nació. Las raras veces que no conseguía lo que quería —como cuando sus padres no le dejaron que se tatuara a un tenista famoso en la espalda— fingía que iba a irse de casa y hacía una maleta que dejaba bien a la vista en el pasillo, para que sus padres se toparan con ella. Cuando le pregunté qué llevaba en esa maleta, el padre, claramente sorprendido por la pregunta, me respondió que un paquete de galletas, un par de calcetines y la mantita.

Sin embargo, no querían reconocer que nada de esto fuera un problema. Y cada cosa tenía su explicación. ¿Acaso creía yo que no habían intentado que su hijo durmiera en su propia cama? Pero es que no podía dormir si no tenía a su padre al lado. Y tenía que descansar, porque de lo contrario no podría aguantar su exigente rutina diaria de entrenamiento. Lo mismo ocurría con la mantita: no podía dormir sin ella. Una vez se la dejó olvidada en el hotel, después de una estancia en España, y no durmió nada durante los tres días que tardó la mantita en llegar a Noruega por correo exprés. Y en cuanto a lo de que los padres fueran desterrados al dormitorio cuando su hijo tenía visitas, dijeron, casi al unísono, que cuando los pocos amigos del niño por fin iban a verlo a casa, pues bueno, ellos estaban encantados de pedirles pizza y refrescos, pero por lo demás se retiraban y les dejaban el salón y la pantalla grande. Y lo de que el padre tuviera que ir varios pasos por detrás del hijo cuando iban a algún sitio: es normal avergonzarse de los padres cuando eres adolescente, es completamente normal, ¿no lo había oído nunca?

En un principio habían acudido a mí para que los ayudara con su relación. No estaban de acuerdo en que el hijo tuviera algo que ver con sus problemas. Todo lo contrario. Ambos lo adoraban y querían darle todo lo que a ellos les había faltado. Sobre todo a raíz de que el padre rompiera con su familia después de crecer con varios hermanos en un ambiente familiar marcado por la violencia física, como me dijo. Estaban solos ellos tres, aparte de la familia de la mujer, que tampoco era muy extensa.

—Si vosotros mismos no os dais cuenta de que esto es una locura —les dije al final—, me temo que no puedo ayudaros.

En los últimos años he visto cada vez más parejas de padres que han desarrollado una especie de relación amorosa con sus hijos en lugar de entre sí. Aunque esta pareja era un caso un tanto especial, hay muchos que hacen cosas similares, cada vez más, parece, y siempre que me encuentro con este fenómeno, ya sea aquí en la consulta o en el mundo real o en algún artículo periodístico, en alguna película o donde sea, pienso en cuánto me queda para jubilarme.

Cuando me gradué, tenía ganas de solucionar los problemas de la gente. Lo haría deprisa y lo haría muy bien, tenía la sensación de que el tiempo pasaba volando y quería que la gente sintiera que le cundía lo que me estaba pagando. Creía que mi trabajo daría sus frutos, que marcaría la diferencia, que contribuiría al cambio.

Ahora estoy aquí sentada con Madre e Hijo e intento imaginármelos solos en la naturaleza salvaje. Madre empezaría a recolectar bayas y setas y buscar refugio para pasar la noche, no tengo ninguna duda, pero ¿se despertarían los instintos de caza de Hijo ante el miedo a la muerte o habrán desaparecido hace tiempo, sofocados bajo capas y capas de grasa? ¿O puede que ese instinto, si llegara a despertarse, estuviera tan atrofiado que lo llevara a matar y a comerse a Madre? Tal vez pensara que Madre no era más que una carga a menos que pudiera transformarla en comida. O tal vez su parte civilizada se haría cargo y le llevaría a darse cuenta de que dos personas se las arreglan mejor que una sola tanto a corto como a largo plazo, y juntos construirían una cabaña de musgo y de ramas y, como Hijo tendría que sudar y esforzarse para conseguir

calorías, quemaría la grasa y pronto sería un manojo de músculos y tendones que corre rápido como un armiño por el brezo.

—¿Podrías contarme qué es lo que os ha llevado a terminar en esta situación? —le pregunto a Madre.

Se recuesta en el sofá. Hijo está cruzado de brazos y con los ojos cerrados.

—¿Acaso crees que no le he dado vueltas a eso? Creía que sería más fácil cuando los inquilinos se fueran y él pudiera mudarse al sótano, que cuando tuviera su propio espacio aprendería a limpiar y a ordenar sus cosas. Creía que sucedería de forma automática cuando fuera consciente de cómo se acumula la suciedad cuando no se hace nada. Y sí, he esperado y he visto los resultados, he intentado dejar que se las arregle por sí mismo. Me contuve durante semanas, lo dejé solo y no bajé al sótano, pero el olor empezó a volverse insoportable y ya no pude más, tenía que asomarme para comprobar que estuviera vivo, y allí estaba, durmiendo en pleno día en un mar de basura, y sin darme cuenta ordené y limpié el sótano e intenté enseñarle cómo se hace, y entonces lo amenacé con vender la casa si no… y él me dijo que lo haría… ¡pero yo no puedo irme de mi propia casa solo porque él se niegue a ser una persona adulta! Ahí está él, delante de todas esas pantallas, jugando a juegos de guerra. Lleva jugando al ordenador desde que era pequeño. Era tan buen estudiante, no entiendo… Lo he probado todo, he cancelado el contrato de internet, pero entonces él lo contrataba por su cuenta. Incluso se puso fibra en el sótano, para poder jugar aún más e instalar más pantallas. Haga lo que haga, parece que la cosa va a peor.

Madre se incorpora en su asiento y se vuelve hacia Hijo.

—Mamá ya no puede más. ¿Lo entiendes, Tobias? Y he tomado una decisión de una vez por todas. He vendido la casa. Porque mamá ya no puede más.

Hijo intenta fingir que no pasa nada, pero me doy cuenta de que está temblando. Madre también lo ve.

—Sí, la he vendido. Porque me he dado cuenta de que, aunque me gusta la casa, que he heredado de mis padres y en la que yo también me he criado, te quiero más a ti. Si tengo que elegir entre

la casa y tú, por supuesto que te elijo a ti. Así que voy a mudarme a un apartamento para personas mayores y puedes venir a visitarme, pero no tendrás llaves. De todas formas, ya no tengo edad para quitar la nieve y cortar el césped y hacer las tareas de mantenimiento. Estoy sola y no tengo dinero y no me ayuda nadie…

—Yo puedo cortar el césped. ¡Y puedo pagar el alquiler! —Hijo está sentado muy recto al borde del sofá—. No puedes vender la casa sin hablar conmigo. ¡Esa casa es mi herencia!

Madre niega con la cabeza.

—Tienes treinta y dos años y nunca me has ayudado en nada. Y has tenido muchísimas oportunidades de hacerlo durante todos estos años. Yo estoy a punto de cumplir setenta y cinco, me duelen las piernas y…

Hijo aprieta los puños y proyecta la mandíbula.

—YA TE PUEDES IR OLVIDANDO DE VENDER LA CASA —brama con una profunda y sorprendente voz de hombre. La voz quejumbrosa del niño ha desaparecido y por primera vez queda claro que quien está ahí sentado es, en realidad, un hombre adulto.

—¿Lo ves? Últimamente le tengo miedo. Tengo miedo de lo que se le pueda ocurrir. Y por eso ya he vendido la casa. Los compradores no han podido ver el sótano, claro, y por lo tanto no me han pagado tanto como esperaba.

—¿QUÉ?

Hijo se ha levantado. Está de pie y se tambalea. Madre mantiene la calma.

—Mañana es el traspaso. La empresa de mudanzas llegó justo cuando vinimos para acá, ellos se encargan de todo, he pagado un camión con cuatro trabajadores. Mi nuevo apartamento está listo. Como te he dicho, es un apartamento para personas mayores con conserje y alarmas y todas esas cosas. Y no te asustes, por supuesto que tendrás un sitio donde dormir esta noche, no te voy a dejar en la estacada. En un albergue de Lillestrøm tienen una cama preparada para ti, en un dormitorio que compartirás con mucha otra gente, pero te he pagado un mes entero, así que tendrás tiempo de sobra para buscarte un nuevo sitio donde vivir. He hablado con ellos, dicen que el precio incluye una taquilla con candado donde podrás

guardar el ordenador. Por desgracia no hay sitio para que instales todas tus pantallas, aunque, por supuesto, les he dicho a los de la mudanza que tengan muchísimo cuidado cuando las embalen.

Hijo se ha vuelto a sentar.

—No te creo. Estás de coña.

La voz de niño quejica ha vuelto.

Madre inclina la cabeza.

—¿Tú crees? ¿Quieres que llame a la inmobiliaria que se ocupó de la venta o prefieres que hablemos con la empresa de mudanzas que está en casa ahora mismo? Les he dicho que se den prisa, porque la empresa de limpieza llega a las dos.

Tan repentinamente como se había puesto a gritar, Hijo se echa a llorar.

—Por supuesto que preferiría arreglármelas solo —solloza—, pero no sé cómo se hace. ¡PORQUE NUNCA ME HAS ENSEÑADO! —Luego hace una pausa y mira fijamente a Madre durante unos segundos—. No has vendido la casa. No has podido hacerlo. No es posible. No se puede hacer una mudanza en tan poco tiempo, la casa está llena de cosas, tanto tuyas como de la abuela, el desván está hasta arriba, se tardaría muchísimo solo en…

—¿Y tú qué sabes lo que he hecho durante las últimas semanas? ¿No te das cuenta de que he estado ahí arriba revisando las cosas de mis padres, que lo he clasificado y tirado y regalado y vendido todo? El desván está completamente vacío. Pero cómo ibas a saberlo si te pasas la noche en el sótano jugando a la guerra por internet…

Hijo se pone de pie y sale al pasillo.

—Si te vas ahora, no podrás volver conmigo en taxi —exclama Madre—. ¡Tendrás que ir a casa en autobús! ¡Tú solito!

Por la respiración entrecortada y los jadeos, podemos intuir que Hijo se está poniendo los zapatos.

—¡Espero que te pille el revisor! —exclama Madre cuando Hijo cierra de un portazo—. No va a saber comprar el billete —dice Madre más bien para sus adentros.

—¿Es verdad lo que has dicho? ¿Has vendido la casa?

Madre me mira.

—Pues claro que no. Ni siquiera he ordenado el desván. Para subir hasta allí hay que usar una escalera empinada y estrecha y con estas piernas que tengo… Nunca voy a vender esa casa. Solo quería asustarlo un poco. Y ahora tendrá que ir solo a casa en autobús. Si se atreve, claro. —Madre se levanta con dificultad y se dirige a la puerta—. Pero que se lo haya creído… solo demuestra lo tontísimo que es. Y eso me preocupa aún más. Qué mala suerte he tenido. Tal vez el donante fuera alcohólico o se criara junto a una fábrica contaminada.

—Espera —le digo—. Va a llegar a casa perfectamente, es un hombre adulto. Y nos queda media hora y vas a tener que pagarme la sesión entera igual.

—No, ya me voy. De todos modos, no sirve de nada. La última vez que se suponía que iría en autobús, tuve que… —Apoya la mano en el pomo de la puerta, pero entonces se derrumba—. ¿Cómo hemos llegado a esto? —llora apoyada en la puerta—. ¿Cómo hemos llegado a esto?

Me levanto y me dirijo hacia ella.

—¿No quieres entrar y sentarte? ¿Un poco más de café? ¿O un té?

—No, gracias —dice y vuelve a sentarse en el sofá.

Se suena los mocos y se queda un rato en silencio. Y yo espero. Entonces ella exhala un profundo suspiro.

—Lo que he estado pensando es que tal vez lo tuve demasiado tarde y sin figura paterna y todo lo demás. Pero no solo eso. Que lo he hecho todo mal desde el principio. Desde antes de tenerlo.

La miro sin decir nada.

—Durante toda mi infancia y adolescencia, mi madre me decía que tenía que estudiar, porque la cultura no me la podría quitar nadie. Soñaba con que yo fuera una mujer profesional, como se decía entonces. Y que no me emparejara demasiado pronto. Eso era importantísimo para mi madre: que no me emparejara demasiado pronto.

Se recuesta en el sofá y respira hondo.

—Ten en cuenta que esto fue hace más de cincuenta años. Así que fui una niña buena y empecé la carrera e hice todo lo que mi

madre no pudo hacer, tuve muchos novios con los que no llegué a ninguna parte, y mi madre pensaba que me venía bien estar soltera, porque eso también era algo que ella había soñado después de quedarse embarazada y tener que casarse con mi padre. Con quien, por cierto, estuvo hasta el final. Y con quien, por lo que pude ver, estuvo muy a gusto. Aun así ella estaba convencida de que me iría mejor si me buscaba un trabajo. Y conseguí uno en una empresa pública y me formé y por fin llegué a tener un puesto de responsabilidad y durante todo ese tiempo pensé que mi vida profesional era algo muy importante y casi sagrado —dice con una risita—. Pero ahora me parece ridículo. Es decir, yo tenía un cargo intermedio en una empresa pública. Recorría los pasillos, llevaba papeles de un lado a otro y asistía a reuniones y seminarios. Pero cualquiera habría podido ocupar mi lugar. Si yo lo hubiera dejado o me hubiera muerto de repente, había cientos de personas dispuestas a sustituirme. Y luego estaban todas las intrigas de la oficina. Y todos los amoríos, siempre con hombres casados, colegas y conocidos. Todos tenían una mujer en casa, y yo me sentía superior a ellas por ser una mujer independiente y profesional que se acostaba con sus maridos en un hotel.

Trato de imaginármelo. Como si pudiera leerme el pensamiento, me dice:

—No siempre he tenido este aspecto. Y aun así, siempre se quedaban con la mujer de la que tanto se quejaban y, si se divorciaban, nunca se quedaban conmigo. A los treinta y tantos años, empezó la que fue mi relación más larga y más seria, que también fue la última. Lo conocí en un desayuno un primero de mayo, porque los dos estábamos muy involucrados en la política de izquierdas. Él era feminista y ecologista y teníamos muchas ideas en común, podíamos pasarnos horas hablando. Éramos almas gemelas. Cada seis meses decía: espera al verano, espera a las Navidades, espera a la primavera, espera a que el pequeño cumpla tantos años y después una de sus hijas tuvo un trastorno alimentario y después su padre se puso enfermo y así sucesivamente. Siempre ocurría algo nuevo que le impedía divorciarse. El otoño que cumplí treinta y siete años, me quedé embarazada y me juró y me perjuró que dejaría a

su mujer antes de Navidad si abortaba. Después de las fiestas estaríamos juntos oficialmente, y entonces podría volver a quedarme embarazada, como él me había dicho, así que aborté y conté los días hasta Navidad. A principios de diciembre, a su mujer le diagnosticaron un cáncer de mama. Al menos eso fue lo que él me dijo. Porque era muy listo y me dijo que su mujer quería mantenerlo en secreto y por lo tanto no pude comprobar si era cierto. Por otra parte, si alguien miente con algo tan serio como el cáncer para librarse de ti, ya has perdido. De nuevo, todo tuvo que ponerse en pausa, pero medio año después retomamos la relación, porque era una relación intensa y absorbente y él me necesitaba en medio de todo ese dolor, y nos abalanzamos el uno sobre el otro. Era una pasión desenfrenada. Pero entonces, cuando yo tenía cuarenta, conoció al gran amor de su vida, una chica de treinta años, y nos dejó tanto a su esposa como a mí de un día para otro. Ay, qué triste estaba y ay, cómo lloraba cuando me lo contó y ay, qué sentimiento de culpa, estaba destrozado por los remordimientos de conciencia por lo que me había hecho, porque él no era una mala persona, no quería que yo pensara que lo era, y valoraba nuestra amistad por encima de todo y, esto es lo peor de todo, incluso peor que el aborto: al final acabé consolándolo yo a él. Sí, lo consolé y le ayudé a superar lo que me había hecho a mí. Después, me llamaba a menudo, quería que nos viéramos y que habláramos. Yo prefería no verlo nunca más, pero, por consideración a él, sí, por consideración a él, porque todavía lo quería, accedí a quedar de todas formas. Así, no tuve ni tiempo ni espacio para superarlo, para olvidarme de él. Al contrario, la herida se abría una y otra vez y la esperanza, la terrible esperanza, se renovaba constantemente: él quería verme. Pero su motivación para quedar conmigo era que estaba obsesionado con la idea de que era una buena persona. Eso era lo más importante para él. No su relación conmigo, sino parecer una persona mala o cruel o despiadada. Le preocupaba muchísimo eso. Así que ahí estábamos, en las cafeterías del centro o dando paseos mientras yo intentaba convencerlo de que yo estaba bien, que podía dejarme tranquila ahora que ya no estábamos juntos. Su deseo de ser bueno o, mejor dicho, de parecerlo, convirtió mi vida en un infierno.

Me mira y sonríe. Niega con la cabeza.

—Todo esto pasó hace muchísimo tiempo. De vez en cuando lo veo en las noticias, se ha convertido en un político famoso, por entonces no lo conocía nadie, pero tiene la misma actitud de siempre. Esa era una de las cosas que me hacían tan difícil odiarlo y romper con él, porque nos movíamos en los mismos círculos y teníamos un mismo objetivo. Él había sido el protagonista de mi vida, pero en la suya yo era una especie de descanso del que nadie sabía nada. A menudo he deseado haber nacido en otra época. He pensado en lo mal que estuvo pillarme por un hombre casado. Incluso he pensado en lo pecaminoso que es, a pesar de que no soy en absoluto religiosa. Recuerdo que al principio, cuando empecé a tontear con él, pensaba que, a diferencia de él, yo no tenía ningún compromiso. Así que yo podía hacer lo que quisiera y de él dependía resistirse. Pero ¿cómo de difícil es seducir a un hombre que lleva casado unos años y ya no se siente deseado en casa? Hay que ver cómo nos engañamos a nosotras mismas y los unos a los otros. Me llevé algo que no era mío. Y Dios tiene mil maneras de castigarnos. No, sigo sin ser religiosa, pero eso a Dios no le importa. Y aquí estoy.

7

De pie junto a la pequeña encimera de la cocina, la miro mientras lavo las tres tazas de café. Se aleja lentamente y detrás del seto aparece quien seguramente sea Hijo. Gesticula y la llama a gritos. Madre asiente cansada.

Un taxi se acerca y, por la forma experta en que Madre se agacha para sentarse en el asiento del copiloto, mientras que Hijo se sienta detrás sin dudarlo, queda claro que no es la primera vez que van juntos en taxi.

Después de secar las tazas y volverlas a poner en la alacena encima del fregadero, voy al escritorio, cojo el teléfono y desactivo el modo avión, tras lo cual los mensajes entran a borbotones.

¿Por qué no respondes?

Necesito hablar contigo.

¿Me puedes llamar?

Solo tengo que hablar contigo un segundo.

No te quitaré mucho tiempo.

Cuánto tiempo, tengo ganas de escribir. ¿Menos de cinco, seis, siete años?

De todos modos no puedo responderle ahora, porque pronto llegarán los próximos clientes y antes de eso tengo que tomar notas sobre Madre e Hijo. Me siento frente al ordenador y abro su documento. Ya he anotado el correo electrónico de Madre, para tenerlo todo en el mismo lugar.

Dudo que vuelvan a venir. Y aun así lo apunto todo para recordarlo y, por último, como una nota a mí misma: «Simbiosis. ¿Resignación adaptativa?».

Me quedo mirando esas palabras.

Resignación adaptativa: «Reconocer las limitaciones o las pérdidas, especialmente ante el envejecimiento, la enfermedad u otros retos que nos plantea la vida, y elegir centrarse en vivir de la mejor manera posible en las nuevas circunstancias». Este era mi objetivo cuando no me quedó más remedio que reconocer que Sigurd no iba a cambiar de opinión. Por desgracia, en lugar de eso caí en una resignación maladaptativa —retraimiento y desesperanza — de la que no he conseguido salir del todo.

¿Cuándo empezó todo esto? En retrospectiva parece que en torno al día de su veintiocho cumpleaños. En realidad llevaba sucediendo un buen rato, porque ya por entonces era difícil comunicarse con él, aunque todavía se podía achacar a que tenía mucho que hacer, se le había acabado la batería del móvil, etc. Pero en su veintiocho cumpleaños ya no había excusa posible. Estaba claro que había cambiado y yo no sabía por qué.

Unos meses antes había empezado a salir con una tal Silje. Esa era toda la información que teníamos, pero yo di por hecho que nos la presentaría el día de su cumpleaños. Como de costumbre, lo organizamos Harald y yo, en nuestra casa. En ese momento no le dábamos importancia a lo de que fuéramos nosotros quienes organizáramos su cumpleaños. Siempre lo habíamos hecho. Pero cuando lo pienso ahora, me parece raro que un hombre de casi treinta años que se gana la vida no se organizara su propia fiesta. Cuando Harald y yo teníamos su edad, no se nos habría ocurrido que nuestros padres nos organizaran absolutamente nada.

Cuando Sigurd se presentó solo, le pregunté si lo había dejado con Silje. Pero no le dije, como podía haberlo dicho: «Bueno, pues se acabó, ¿no?». Y tampoco hice ninguna referencia a sus anteriores relaciones. Lo que le dije, con amabilidad e interés, lo recuerdo bien, fue lo siguiente:

—¿Lo has dejado con… Silje? Se llamaba así, ¿no?

—¿Que si lo hemos dejado? ¿Y por qué lo íbamos a dejar? —dijo Sigurd. Estábamos en la cocina, saqué la tarta de cumpleaños del horno y me giré para que no me diera en la cara el vapor que salía de él. Lo miré riendo—. ¿Qué te hace tanta gracia? —me preguntó.

Puse el molde de los *brownies*, su postre favorito, sobre un salvamanteles en la encimera de la cocina. Al lado estaban los ingredientes para el glaseado.

—No, nada… Has tenido un montón de relaciones, así que pensé…

—¿Un montón de relaciones? ¿Qué quieres decir con eso?

Sigurd siempre había tenido éxito con las chicas. Cuando era más joven, a menudo solapaba una relación con la siguiente. Durante años le habíamos tomado el pelo con la cantidad de chicas que iban detrás de él, y nunca se lo había tomado a mal. Al contrario, parecía orgulloso.

Cogí una olla para derretir la mantequilla para el glaseado. Sigurd se cruzó de brazos y me miró fijamente.

—¿Y cuántas relaciones te parece normal tener?

—Oye, no quería… —le dije.

—¿Y qué querías decir entonces?

—¿Qué te pasa?

—¿Por?

—Estás muy raro.

—¿Que estoy raro yo?

Me quedé mirándolo. Esto de que buscara bronca de esta manera era nuevo. Cuando Ragnhild era adolescente, a veces discutíamos así, pero con Sigurd nunca me había pasado.

Cogí unas varillas para la mantequilla y me di cuenta de que me temblaba el pulso. Lo dejé pasar. Era un hombre adulto, hacía muchos años que vivía solo y puede que lo suyo con Silje fuera especial y que quisiera tomárselo con calma esta vez.

Me iba llenando de excusas, pero más tarde me di cuenta de que debería haber reaccionado mucho antes y con mucha más contundencia ante todo lo que estaba pasando.

¿Y qué más daría?, dice mamá interrumpiendo mis pensamientos. Si lo hubieras hecho, Sigurd habría cortado el contacto antes. Igual que tú cortaste el contacto conmigo.

Yo corté el contacto contigo porque estaba embarazada de Sigurd y no podía más, porque no parabas de echarme la bronca. Y la que me amenazaba continuamente con romper el contacto eras

tú, ¿no te acuerdas? Como una pareja que tuve en la consulta una vez. La mujer tenía la costumbre de amenazar con divorciarse. Bastaba con que al marido se le olvidara pagar una factura o que no bajara la basura para que ella dijera que quería el divorcio. Pero el que al final se marchó por su lado fue él.

Y en ese caso, a pesar de todo, solo fueron seis meses, dije entonces en voz alta. De Sigurd hace años que no tengo noticias. Y cuando él nació viniste de visita al hospital y de ese día en adelante retomamos el contacto. Pudiste ser abuela. Pudiste estar con Sigurd y Ragnhild. Solo que no lo suficiente y no de la manera correcta, porque siempre pasaba algo y no querías vernos más o querías que todo fuera de otra manera. Mientras que yo ni siquiera he conocido a mi nieto pequeño.

Mientras batía la mantequilla, dije con el tono más tranquilo y amable que pude:

—Entonces la conoceremos pronto, ¿no?

—Ya volveremos a eso cuando llegue el momento —respondió Sigurd.

Era la primera vez que oía esta fórmula tan críptica, pero no sería la última.

—¿Cuando llegue el momento de qué? —pregunté, pero para entonces ya se había ido al salón con los demás.

Bueno, pensé y seguí con el glaseado. Puede que esto sea una rebelión adolescente tardía. Sigurd no fue un adolescente especialmente complicado, aparte de que a veces llegaba tarde a casa desde que las chicas empezaron a interesarse por él. Su única forma de rebeldía fue que dejó de comer carne. Desde pequeño, Sigurd era muy quisquilloso con la comida y a los trece o catorce años se hizo lo que se conoce como pescetariano, es decir: comía de todo menos carne. Al resto también nos vendría bien reducir el consumo de carne, y él comía pescado, así que empecé a comprar en la pescadería de los supermercados más caros, donde venden fletán a trescientas coronas el kilo. Al mismo tiempo traté de imaginarme si mis padres habrían hecho lo mismo cuando yo era adolescente. En primer lugar, a mí nunca se me habría ocurrido pedir que no se comiera carne en casa, no solo porque fuera algo poco

común en aquella época, sino sobre todo porque no me habrían hecho ni caso. Pues te comes la salsa y las patatas, me habrían dicho. O, si no te gusta lo que te damos en esta casa, puedes dejar el instituto, buscarte un trabajo y comprarte tú la comida.

El resto de su cumpleaños se desarrolló con normalidad, salvo por el hecho de que me evitaba. Si le decía algo, no me miraba, y al final se marchó sin despedirse.

—Aquí pasa algo raro —le dije a Harald cuando nos quedamos solos.

—Lo que le pasa es que lo de Silje es demasiado reciente y todavía no quiere traerla a casa de su familia —respondió Harald.

—No, hay algo más. Y nunca ha tenido reparos en presentarnos a nadie. Muchos domingos ha traído a cenar a chicas con las que solo llevaba saliendo unas semanas. Y después no las volvíamos a ver. Una vez se trajo a una chica que había conocido la noche anterior, ¿te acuerdas?

Ese año por Navidad compré bacalao para Sigurd y costillas para el resto, como de costumbre. El día antes de Nochebuena recibí un mensaje suyo: *Por cierto, este año celebro las fiestas con la familia de Silje. ¡Feliz Navidad y feliz Año Nuevo!*

Respondí:

¿Quiere decir esto que no te veremos hasta el día de Año Nuevo?

No me respondió y tampoco me cogió el teléfono.

No me respondes y no me coges el teléfono, escribí. *¿Te pasa algo? ¿Podemos hablar? ¿Y vernos? ¿En algún momento estos días?*

La respuesta llegó unas horas más tarde:

Todo bien, pero estoy bastante liado. ¡Hablamos el día de Año Nuevo!

En Nochevieja, cuando el reloj marcaba las doce, le mandé un mensaje: *¡Feliz año!*

No hubo respuesta. Seguro que pensaba que no hacía falta, porque ya me había deseado un feliz año nuevo en el primer mensaje y además me había dicho claramente que no nos veríamos antes del 1 de enero.

Probablemente fuera entonces cuando empecé a reflexionar sobre nuestra relación y lo que podría haber pasado. Pero siempre habíamos tenido una relación sencilla y cercana, y si hubiera tenido que adivinar cuál de mis dos hijos rompería conmigo, me habría inclinado por Ragnhild. No porque hubiéramos tenido problemas, más allá de los propios de la adolescencia, sino sencillamente porque la relación entre madres e hijas, al igual que la relación entre padres e hijos, suele ser especialmente delicada.

Pero en el fondo nunca se me habría pasado por la cabeza que ninguno de los dos pudiera hacer esto, ya que yo nunca me había drogado ni les había pegado ni sometido a ningún tipo de abuso mental o físico, al menos que yo supiera. Como la mayoría de la gente, lo había hecho lo mejor que había podido, y había intentado no molestarles con mis problemas personales; había intentado ser una madre normal y corriente y no dejar que mi profesión se entrometiera en mi manera de relacionarme con ellos.

De pequeño, Sigurd estaba muy apegado a mí. Siempre quería sentarse en mi regazo. Cada vez que le levantaba un poquito la voz, se quedaba destrozado y lloraba tan alto y durante tanto tiempo que yo acababa consolándolo a él a pesar de que había sido él quien había hecho algo malo. Cuando nació Ragnhild, él quería seguir sentándose en mi regazo y, hasta que cumplió seis o siete años, quería ir conmigo de la mano por la calle. Cada noche, a la hora de acostarse, quería que le acariciara la espalda hasta que se quedara dormido y cuando se fue haciendo mayor teníamos conversaciones largas y divertidas.

Sigurd y yo compartíamos muchos intereses. Nos gustaba hacer deporte al aire libre, especialmente salir en bici o ir a la montaña, y pasamos muchos veranos seguidos yendo de refugio en refugio los dos solos. Recuerdo especialmente una de esas excursiones. Fue una de las últimas que hicimos juntos. Por entonces él tenía veintipocos años y vivía en Bergen, y quedamos en un punto intermedio, en Finse. Un día de niebla y con mala visibilidad, nos perdimos. El terreno era empinado y desigual, caminábamos en círculos y en un momento dado perdí completamente la motivación. Cómo me animó entonces, cómo me ayudó, compartió su comida

conmigo, me dio su agua porque yo me había acabado la mía y enseguida encontró un manantial donde poder rellenar las cantimploras. Qué sensación haber creado a ese ser y que me estuviera ayudando.

Por las noches nos sentábamos con otros senderistas que nos encontrábamos en los refugios y Sigurd tocaba la guitarra y los conquistaba a todos. Nos acostábamos temprano, nos levantábamos temprano, desayunábamos, preparábamos el almuerzo y emprendíamos el camino hacia el siguiente refugio.

Cuando recordaba esas excursiones estaba segura de que el conflicto con Sigurd o bien pasaría pronto o bien tendría una explicación lógica, una explicación que no tenía nada que ver conmigo.

Suena el teléfono y me sobresalto. Pero no es Sigurd, sino los siguientes clientes, que se han olvidado de cancelar la cita. Uno de sus hijos está enfermo y no han pegado ojo en toda la noche, por eso no vienen.

Así que tengo una hora libre inesperada. Me tumbo en el sofá, pongo el despertador e intento dormir un poco.

Pero en lugar de eso, vuelvo a recordar.

8

Por fin iba a conocer a Silje. Por algún motivo, la iba a conocer fuera de casa, en público, en un restaurante, y tenía que ir sola, sin Harald.

Esto no lo entendía, porque Harald había criado tanto a Sigurd como a Ragnhild. Era Harald, que no tenía hijos propios, quien los llevaba y los iba a buscar a los entrenamientos de fútbol y de natación, les contaba cuentos, les enseñaba a conducir, en resumen: había estado mucho más presente en su vida que su propio padre.

—No le des más vueltas —dijo Harald—. Ya la conoceré. Déjale que vaya a su ritmo.

Total, que me presenté a la hora convenida en el lugar acordado, tal y como Sigurd había decidido. Teníamos muchas cosas en la cabeza en ese momento. El padre de Harald tenía demencia y empeoraba a marchas forzadas, así que Harald iba y venía a Horten, donde su padre aún vivía en una casa unifamiliar grande a la espera de una plaza en una residencia. Además, una expaciente de cuando trabajaba con personas con adicciones había decidido que yo era la causa de todas sus desgracias y no paraba de llamarme y mandarme mensajes, escribía publicaciones kilométricas sobre mí en las redes sociales e incluso me denunció a la policía. Su confusión era tan evidente que nadie, ni siquiera la policía, se la tomó en serio, pero era lo suficientemente molesto para que Sigurd estuviera poco presente en mi pensamiento. Aun así, había empezado a llamarle más a menudo, y como tenía muchas otras cosas que hacer, incluso me lo había apuntado en el calendario a intervalos irregulares, para que no resultara tan llamativo: «Llamar a Sigurd». Pero las pocas

veces que él cogía el teléfono era parco en palabras, no tenía nada que contarme y, como no parecía tener ningún interés ni en mí ni en el resto de la familia, yo no sabía qué decir. Ya no recuerdo cómo o sobre qué conversábamos. La comunicación había desaparecido.

La situación me recordaba a cierto tipo de pareja que venía a verme periódicamente. Un miembro de la pareja quiere dejar el matrimonio, pero no tiene una razón válida. Tampoco quiere asumir la responsabilidad de la ruptura. En lugar de eso, la táctica consistía en desgastar al cónyuge haciéndose el imposible, iniciando discusiones, creando situaciones incómodas, mostrando desinterés, y entonces, cuando el cónyuge se quejara, quedarse atónito como un signo de interrogación inocente y seguir adelante hasta que la pareja ya no pueda más y tome la iniciativa de romper.

Sigurd siempre ha evitado el conflicto. Incluso cuando era pequeño, si alguien le levantaba la voz, se echaba a llorar y cuando llegó a la adolescencia y empezó a salir con chicas, si quería romper con ellas, se limitaba a tomar distancia. Al mismo tiempo, siempre se le ha dado bien adaptarse a nuevos ambientes. Era como si estuviera en una búsqueda permanente. En su último año de instituto, empezó a salir con María, una estudiante de intercambio mexicana. María le llevaba a misa a la Catedral de San Olaf y, cuando llevaban varias semanas juntos, Sigurd anunció que iba a convertirse al catolicismo. Dimos por hecho que era por María, pero se puso furioso y afirmó que llevaba años pensando en hacerse católico, que no tenía nada que ver con ella y que era muy típico de nosotros creer que no tenía un criterio propio.

—Claro que puedes convertirte al catolicismo si es lo que quieres —le dije, y añadí que yo lo apoyaría en todo el proceso.

Pero entonces la cosa con María se terminó y con ella, la conversación sobre convertirse al catolicismo.

—¿No lo entiendes, mamá? —dijo Ragnhild—. Sigurd creía que si se convertía, María se acostaría con él. Pero entonces se dio cuenta de lo exigente que es ser católico y, además, seguramente tendrían que casarse para que él pudiera acostarse con ella, así que se rindió y ahora está con Aurora y se pasan el día follando. ¿Y sabes que ahora es poliamoroso?

—¿Qué significa eso?

Sabía perfectamente lo que significaba. La misma palabra lo dice, pero quería que me lo contara ella.

—Que puede tener varias relaciones al mismo tiempo y nadie le puede decir nada, porque es poliamoroso. Así que ahora se acuesta con Aurora y con Amanda y con otra que se llama Julie, y seguro que con muchas más de las que yo no tengo noticias. Y a las chicas les parece bien.

—Ese fenómeno lo inventó la gente que tiene donde elegir.

—Justo —dijo Ragnhild, que, a diferencia de Sigurd, nunca había tenido demasiada suerte en el amor y que a sus treinta y cuatro años seguía soltera—. Y eso es lo que le pasa a Sigurd. Por eso se obsesionó con María. Porque era guapa, por supuesto, pero sobre todo porque no tenía ningún interés en él, y eso era algo que a Sigurd nunca le había pasado.

Habíamos quedado en vernos en un restaurante italiano de Bogstadveien. Llegué pronto, me senté junto a la ventana y, cuando vi llegar a Sigurd, me levanté y me acerqué a la puerta a la vez que entraba un grupo grande de personas. Entre todas ellas destacaba una chica joven, una de esas por las que la gente se gira por la calle, es decir, el tipo de chica con la que solía salir Sigurd. Le tendí automáticamente la mano y dije:

—Hola, Silje, encantada…

Pero ella siguió andando y ni siquiera me oyó, y entonces, junto a Sigurd, apareció quien resultó ser la verdadera Silje y, aunque toda esa escena no duró más de tres o cuatro segundos, me di cuenta de que se habían enterado de todo.

—¡Anda! ¡Aquí estás! Qué alegría conocerte por fin. ¡He oído hablar mucho de ti!

Me dio un apretón de manos sin ninguna firmeza y no me contestó, así que me apresuré a añadir lo siguiente:

—Solo cosas buenas, claro.

Ella seguía sin contestar. Me miraba fijamente como si esperase algo más. Detrás de las gafas, sus ojos parecían enormes. Entre todos los clientes del restaurante, nunca habría adivinado que esta

sería la legendaria Silje y, para disimular mi sorpresa, seguí desvariando.

—O sea, que Sigurd solo me ha contado cosas buenas de ti.

Silje se volvió hacia Sigurd, que dijo:

—No le he contado nada de ti. No sé a qué viene esto.

Intenté reírme, y me di cuenta de lo falsa y estridente que sonaba mi risa.

—Bueno, pero me he imaginado que una persona con la que tú quieras estar tiene que ser muy especial, ¿no?

—¿Y eso por qué? —dijo Sigurd.

En ese momento me miraron los dos.

Porque podrías estar con quien quisieras y has decidido estar con esta.

Pero no lo dije. En lugar de eso respondí:

—Bueno, vamos a sentarnos. ¡Me muero de hambre! ¡Dicen que aquí la pizza está buenísima!

El eco de mi propio grito retumbó en mis oídos y, de camino a la mesa, tuve que tragar saliva varias veces.

Un camarero vino, nos dio una carta a cada uno y nos preguntó si queríamos algo de beber. Yo pedí una copa de vino blanco. Sigurd y Silje se conformaron con el agua que ya estaba en la mesa.

—Yo os invito —dije, pero ellos estaban mirando la carta y no reaccionaron, así que lo repetí un poco más alto—: Pago yo. ¡Pedid lo que queráis!

—Qué bien —dijo Sigurd sin levantar la vista de la carta.

Silje no respondió. Estaban sentados muy juntos y Silje le dijo algo al oído. Él sonrió tímidamente y ella volvió a mirar la carta. El camarero trajo el vino. Le di un par de tragos.

—Secretitos al oído son de niños sin sentido —dije con una fingida voz infantil—. Los secretos son mentiras y el que miente va a la cárcel y el que va a la cárcel muereee.

Al final, hablé en falsete. Me miraron atónitos, después se miraron entre ellos y por último volvieron a mirar la carta. Apuré la copa, cerré la carta y los miré.

—Eh, chicos. ¿Qué pasa? ¿Estáis bien?

Silje miró a Sigurd como si quisiera que él dijera algo, algo que

ya habían hablado entre ellos.

—Nada —dijo Sigurd—. ¿Qué iba a pasar?

—Estáis muy raros.

—Estamos intentando concentrarnos.

Volvieron a mirar la carta. A Silje le costaba decidirse y Sigurd le hacía propuestas, pero ella negaba con la cabeza una y otra vez.

Mientras Silje inspeccionaba la carta, pude observarla tranquilamente. Llevaba la melena lisa y rubia recogida en una coleta, una camisa de rayas blancas y azules y unos aros pequeños en las orejas. Era delgada, casi flacucha. Tenía los dedos finos y las uñas pintadas con esmalte transparente. Toda ella era casi transparente, como si se mimetizara con el sofá y la pared. Y aun así había conseguido dejarme fuera de juego.

Llegó el camarero y les pregunté si les apetecía compartir una botella de vino tinto, pero solo querían agua, así que me pedí otra copa, de vino tinto esta vez.

Puede que estuviera bien que Sigurd se hubiera buscado una chica más normal y transparente. Puede que fuera un signo de madurez que por una vez en la vida no hubiera elegido a una chica a la que estuviera mirando todo el restaurante. Puede que Silje tuviera algunas cualidades que no fueran evidentes a simple vista. Puede que todo ese secretismo hubiera elevado tanto mis expectativas que, de todos modos, nadie habría podido cumplirlas.

—¿Y para comer? —le preguntó el camarero y miró a Silje, que aún no se había decidido.

Silje le preguntó qué tipo de setas tenía la pasta con salsa de setas y también si podían hacerle una pizza que, entre otros ingredientes, tenía anchoas, sin anchoas, pero con todo lo demás, bueno menos las alcachofas, que nunca le han gustado.

Tras cada respuesta del camarero, Silje volvía a mirar la carta. El camarero se impacientaba a medida que pasaban los segundos. Pero ella estaba tan tranquila.

Qué bien, pensé. Alguien a quien no le importa molestar. Invoqué estos buenos pensamientos solo para encubrir otros completamente distintos, porque independientemente de que yo no le cayera bien a Silje, no entendía que esa fuera la persona que

Sigurd había elegido y por la que había montado todo este lío.

Al final, Silje escogió la ensalada César, pero sin beicon, con la mitad de pollo y la salsa aparte.

Mientras esperábamos a que nos trajeran la comida y los chicos se susurraban cosas al oído en el sofá, pensé en la novia anterior de Sigurd, Inger Merete, de Bergen, que había acabado la carrera de Medicina y tenía veintiséis años y además era divertida, lista y agradable y, aun así, la dejó unos meses más tarde.

«Nunca me entendió», fue la única explicación que me dio Sigurd.

¿Silje lo entendía? Tenía que tener cualidades ocultas. O puede que Sigurd fuera un masoquista, y acabara de darse cuenta.

Mientras estos pensamientos se agolpaban en mi cabeza, cogí el móvil y clavé la mirada en él. Con el rabillo del ojo, vi a Sigurd inclinado sobre Silje, que era al menos una cabeza más bajita que él, y por primera pero no por última vez asocié ese gesto al de un perro, atento a cada movimiento de su amo.

Silje le ofrece resistencia, pensé. Sigurd lo ha tenido fácil. Ha podido estar con quien ha querido, pero ya se ha cansado de eso. Ahora quiere un reto, alguien que no le pase ni una, una pequeña cascarrabias, porque es una novedad para él, algo que no ha experimentado nunca.

Hay un grupo sorprendentemente grande de hombres que se sienten atraídos por mujeres difíciles. He tenido a muchos de ellos en terapia. Espero que esto sea una fase pasajera, como solía decir Harald.

Tú no puedes hacer nada, me dije a mí misma, como solía decirme Harald.

El camarero me trajo la copa de vino tinto y, con un suspiro, dejé el móvil en la mesa como si tuviera algo importante que hacer.

—Bueno —dije como si no me diera cuenta de que estaban cuchicheando como dos niñas pequeñas—. ¿Y a qué te dedicas, Silje?

—Silje todavía no sabe qué quiere ser de mayor —dijo Sigurd y miró a Silje riendo, con la cabeza inclinada, y su risa fue tan inesperada que me reí con él, a pesar de que no le veía la gracia.

Pero Silje no se rió. Se quedó mirando la mesa y Sigurd apoyó la mano en la de ella—. Lo siento. No pretendía hablar de ti en tercera persona.

Silje retiró la mano y yo les sonreí a los dos, como para suavizar las cosas, y por primera vez en toda la tarde mi sonrisa era sincera, porque si ya estaban con esas cosas, estaba claro que no iban a durar mucho juntos. Me imaginé cómo nos reiríamos Sigurd y yo dentro de, esperaba, no mucho tiempo, cuando esto se convirtiera en una divertida anécdota. Sigurd volvería con Inger Merete, la chica de Bergen, o con otra que se pareciera a ella, y nos reiríamos a carcajadas todos juntos. Sigurd me contaría por qué se había sentido atraído por ese ser llamado Silje, y Ragnhild y yo hablaríamos de todos los idiotas con los que habíamos estado y nos reiríamos, beberíamos vino y nos volveríamos a reír.

Este pensamiento me dio fuerzas para mirar a Silje a los ojos y escuchar con atención.

—Ahora mismo estoy haciendo un curso de un año en estudios interdisciplinares de género, pero sobre todo para ver si es algo que va conmigo.

—¡No me digas! —dije y di un buen trago de vino—. Pues suena interesante. ¡Un tema inagotable!

Silje se me quedó mirando. Recorrió mi cara con la mirada.

—Ah, ¿sí? ¿Qué quieres decir?

—Pues eso, los hombres y las mujeres… soy psicóloga, trabajo en terapia de parejas, pero igual ya te lo ha contado Sigurd.

Silje suspiró, como si tuviera que explicarle una obviedad a una persona muy limitada.

—Sí, bueno… creo que no lo has entendido bien. Esto no va de hombres y mujeres, como dices. Va mucho más allá de la dicotomía heteronormativa a la que tienden a aferrarse sobre todo las personas mayores.

Sonreí y asentí con entusiasmo.

—Qué suerte ser joven hoy en día y poder estudiar unos temas tan emocionantes y avanzados. Vuestra generación está muy adelantada a la nuestra, desde luego. Tenéis mucho trabajo por delante para enseñarnos a los mayores cómo funcionan las cosas.

Sigurd se me quedó mirando y sentí un calorcito en mi corazón de madre al ver que se daba cuenta de lo que estaba haciendo. Pero Silje se lo tragó todo y por primera —y última— vez en toda la tarde, me sonrió. Parecía antinatural, como cuando un perro camina con dos patas. Yo le devolví la sonrisa y, de nuevo, mi sonrisa era sincera.

—¿Y a qué emocionantes e importantes trabajos te dan acceso esos estudios?

—No estoy pensando mucho en el trabajo ni en mi carrera profesional ni nada de eso. Así que, bueno… no sé… pero con el tiempo podría probar suerte en el campo de la cooperación para el desarrollo y el voluntariado. De todas formas, me gustaría mantener todas las opciones abiertas durante el mayor tiempo posible. No me gusta que las cosas sean tan rígidas.

Silje no parecía tener ningún interés en mí como persona. Una vez que había respondido a cualquiera de mis preguntas, echaba un vistazo al local. Eso también me animaba, porque podía significar que consideraba que la relación con Sigurd era algo temporal y por eso no se molestaba en dedicar tiempo ni fuerzas a conocer a su familia.

Puede que fuera tímida, pero no se comportaba con especial timidez. Por el contrario, parecía indulgente, como si yo tuviera que alegrarme de que hiciera el esfuerzo de sentarse ahí. Sigurd también estaba raro. No lo reconocía. Tal vez lo hubiera captado una secta. Tal vez se hubieran conocido allí. Intenté imaginármelos balanceándose y exclamando cosas en una congregación religiosa, agitando los brazos, pero no. Era otra cosa, pero algo tenía que ser.

De nuevo di un buen trago de vino, pero tenía que ir con cuidado, porque si no me acabaría también esta copa y no podía pedirme una tercera todavía, cuando ni siquiera nos habían servido la comida.

Aquí estoy tumbada en el sofá de la consulta muchos años después y una vez más pienso que debería haber reaccionado, que no debería haber dejado que Sigurd se saliera con la suya esta vez. En lugar de eso, seguí sacando temas de conversación amables con toda mi buena voluntad y cada vez que había una pausa en la

conversación me devanaba los sesos para encontrar temas nuevos, preguntas neutras que no me hicieran parecer demasiado cotilla o invasiva o lo que fuera que les llevaba a comportarse de ese modo.

Les pregunté cómo se habían conocido. Sigurd miró rápidamente a Silje, como para pedirle permiso.

—Nos conocimos por internet.

—En internet… pero ¿dónde? —pregunté y vi cómo se miraban y me imaginé algo inconfesable, tal vez un chat grupal políticamente incorrecto, pero luego me acordé de lo de los estudios interdisciplinares de género, así que pensé en algo distinto, algo sexual, sí, tal vez se hubieran conocido a través de alguna perversión compartida, de un fetiche. Y aunque no me apetecía nada pensar en mi propio hijo de esa manera, la necesidad de resolver el misterio que tenía delante, al otro lado de la mesa, era más fuerte que cualquier otra cosa.

Sigurd se encogió de hombros.

—En una *app* de citas normal y corriente.

Silje tenía la mirada fija en la mesa y pensé en una pareja que tuve en terapia hace unos años. El marido tardó un año en reconocer que quería que su mujer le meara encima. El asunto no era que él creyera que su esposa no le iba a dar el gusto. El problema es que no quería acabar en una relación en la que ocurrieran esas cosas. Ya se había perdido el respeto a sí mismo por tener esas inclinaciones. Ahora sabía que si su mujer no solo se enteraba de esto, sino que lo aceptaba, también perdería el respeto que sentía por ella.

Esa debía de ser la explicación. No tenía ninguna intención de especular sobre la clase de perversión en la que se habrían metido, pero me atrevería a afirmar que era algo inconfesable.

Seguí haciéndoles preguntas y conversando con ellos, pero ya me sentía más tranquila. Silje alargaba mucho las respuestas, hablaba despacio y no se concentraba en lo que decía, claramente no tenía miedo de aburrir a sus semejantes y cuando de vez en cuando Sigurd respondía por ella o aportaba algún dato, se enfadaba, algo que claramente ya había ocurrido antes, y acto seguido Sigurd pedía perdón.

—Creo que hacen BDSM —le dije a Harald esa noche, y Harald, el recio ingeniero civil, me miró como si no entendiera nada—. Creo que tienen una relación en la que uno de los dos es la parte dominante y el otro la parte sumisa —le expliqué—. La que manda no tiene por qué ser Silje. También puede ser Sigurd.

Le recuerdo a Harald que una vez tuve una pareja de este tipo en terapia en la que el marido llevaba a la mujer atada con una correa, como un perro. No lo hacían en público, pero le ponía el collar en la entrada, me acuerdo perfectamente, y la metía en la consulta con una correa. Aun así, la que tomaba las decisiones era ella, era evidente. Había decidido que él tomara las decisiones por ella y si no lo hacía de la manera correcta, se iba a enterar. Es una de las cosas más raras que he visto en mi vida.

—Ese tipo de relaciones no suelen durar mucho —le digo a Harald—. Las perversiones son como el porno y las drogas: hay que ir subiendo la dosis para que surtan efecto, y en algún momento resulta insostenible.

Satisfecha por haber sabido comportarme de manera civilizada y bastante segura de que no volvería a ver a Silje, le envié a Sigurd un mensaje en el que le decía que me había gustado quedar con ellos y que esperaba que no pasara tanto tiempo hasta la próxima vez.

Unos años antes, cuando Sigurd iba a volver a Oslo después de acabar la carrera en Bergen, hipotequé la casa y les di a Sigurd y a Ragnhild un adelanto de la herencia para que pudieran entrar en el mercado inmobiliario. Ragnhild se compró un apartamento en una cooperativa en Nørrebro, en Copenhague y Sigurd, un estudio en Torshov. Todas las tardes de primavera, después del trabajo, Harald y yo íbamos a Torshov. Desmontamos la cocina e instalamos una nueva, lijamos el suelo y pintamos las paredes. Hacía calor y sudábamos mucho e íbamos de Torshov al punto limpio y de allí a IKEA y a diversas tiendas de bricolaje. Sigurd aún vivía en Bergen y tenía que estudiar para los exámenes, pero cuando volvió a Oslo a finales de junio, el piso ya estaba para entrar a vivir.

Sigurd y Silje no solo siguieron juntos, sino que Silje no tardó en irse con Sigurd a Torshov. Pero, a pesar de que ahora vivían juntos, Silje nunca venía a cenar los domingos ni a las fiestas de

cumpleaños y a Sigurd lo veíamos muy de vez en cuando. Las raras veces que conseguía tener una conversación con Sigurd, me explicaba que Silje estaba muy unida a su familia y que eso apenas le dejaba tiempo para nada más.

—Son uña y carne, así que le cuesta sacar tiempo para venir aquí, porque en realidad solo quiere estar con ellos. Y yo quiero estar con ella.

Además, Sigurd me decía que como Silje era introvertida y, por lo tanto, más sensible de lo normal, tendía a sentirse fuera de lugar cuando se veía obligada a relacionarse con muchas personas desconocidas.

—Mientras no se quede embarazada… —le dije a Harald.

Me consolaba pensando que las parejas que viven juntas también pueden romper. Pero entonces, Ragnhild me dijo que Sigurd había vendido el piso de Torshov y se había comprado uno más grande en Sagene a medias con Silje.

¡Enhorabuena por el piso nuevo!, le escribí, y su respuesta fue:

Gracias.

Esa vez no nos pidió que le ayudáramos ni con la mudanza ni con la reforma y cuando pregunté si podíamos ir a visitarlos en Sagene nunca les venía bien.

Poco a poco me fui obsesionando con saber por qué Sigurd me estaba rechazando y por qué Silje parecía odiarme desde el primer momento. Si por lo menos hubiera un motivo, pero no lo había, al menos no que yo supiera. Si supiera de qué se trataba, al menos podría cargar con la culpa de lo que fuera.

En aquella época, unos meses antes de que mi madre enfermara, Sigurd y yo empezamos a mandarnos mensajes largos. Él me explicó que se había alejado porque necesitaba un poco de distancia, porque yo era muy dominante y porque no paraba de cruzar sus límites y no lo respetaba. Le pregunté si podía darme algún ejemplo más, pero él no quiso y tampoco creía que yo tuviera derecho a pedírselo, y entonces le pregunté cómo iba a mejorar si no. Todo era muy confuso y bastante impreciso, lleno de formulaciones vagas que podían significar cualquier cosa y, a la vez,

no significar nada.

Empecé a perseguir a Harald por toda la casa mientras le hablaba de Sigurd, cada vez más trastornada. Me daba cuenta de que se estaba hartando, pero era como cuando te haces pis, que solo te puedes contener un rato, y después todo se desborda. Los pensamientos me daban vueltas a toda velocidad, un monólogo interior que duraba día y noche.

De vez en cuando, llamaba a Ragnhild, pero esas llamadas también tuve que racionarlas. No quería saturarla a ella también como estaba a punto de hacer con Harald.

—Sigurd siempre ha sido un poco especialito, mamá. Acuérdate de cuando iba a hacerse católico. Pero siempre se le acaba pasando. Y Silje no es mala. Solo es un poco rara también. Hablo con ellos de vez en cuando, pero si le pregunto por ti, enseguida se pone tenso. Dice que no respetas sus límites. Es algo que le preocupa mucho, que no lo respetes o que no respetes sus límites o no sé qué. Pero cuando intento que me diga qué has hecho, en concreto, nunca me da una respuesta en condiciones. Al contrario, es como si le pareciera mal que le exigiera un ejemplo. Se enfada cuando se lo pido y la discusión termina ahí.

Valoré pedirle a Ragnhild si podía grabar la conversación la próxima vez que los viera. Con la grabadora del móvil, sería muy fácil, no hacía falta que llevara ningún cacharro más. Pero no quería arriesgarme a que Ragnhild también pensara que me había vuelto loca.

Había pasado de tener una relación natural y relajada con mis dos hijos a ser una persona que conspira y planea y sopesa las cosas, también cuando hablaba con Ragnhild. Había empezado a comportarme como un amante despechado o como cierto grupo de clientes: los obsesivos.

Así que en lugar de eso le dije:

—¿Crees que habrán pensado en tener hijos?

—Ni idea.

Más tarde me di cuenta de que se me había olvidado preguntarle a Ragnhild cómo estaba ella.

—Céntrate en lo que funciona —dijo Harald—. Céntrate en

Ragnhild. Y en mí.

Los comentarios y consejos de Harald ya habían empezado a denotar cansancio y falta de interés.

—Tienes que dejar a un lado lo tuyo con Sigurd —me decía—. No te queda otra. Sigurd es un hombre adulto. Si ha decidido que no quiere tener contacto contigo, no hay nada que puedas hacer, más allá de esperar a que, llegado el momento, cambie de opinión.

Entonces mamá se puso enferma y los meses siguientes me centré en su enfermedad y en su muerte y más adelante en vaciar y vender su piso.

Justo antes de las vacaciones de verano, Sigurd me llamó y me dijo que tenía una novedad que contarme. Yo no había vuelto a ver a Silje desde lo de la pizzería y a Sigurd no lo había visto más de tres o cuatro veces desde entonces. En mi cumpleaños, llegó tarde y se marchó pronto y se pasó la cena con el móvil al lado, que no paraba de sonar porque no paraba de recibir mensajes de Silje.

—Igual podrías ponerlo en silencio, ¿no? —le dije al final—. Y si Silje tiene tiempo de mandarte tantos mensajes, también podría haberte acompañado.

Cinco minutos más tarde, estaba saliendo por la puerta.

Ahora me preguntaba si quería quedar con él en el Baker Hansen de Bogstadveien y, aunque sabía lo que normalmente significaba «una novedad», fantaseé con que esa novedad fuera que lo había dejado con Silje y, además: que había vuelto con Inger Merete, la chica de Bergen.

En cuanto lo vi llegar, supe de qué se trataba antes de que me lo dijera. Sin quitarse la chaqueta, se dejó caer en la silla.

—¡Vas a ser abuela!

—¿En serio? —dije y me puse de pie—. ¡Qué maravilla! ¡Enhorabuena!

Cuando me incliné hacia él para darle un abrazo, volví a percibir el sonido histérico de mi propia voz.

Me senté e intenté dar un trago al café solo para tener algo que hacer con las manos, pero me temblaban demasiado.

—¿De cuánto está?

—De dieciocho semanas.

—¿Dieciocho semanas? Pero ¿cómo no me has contado nada antes?

—Te lo estoy contando ahora —me dijo en voz baja—. Y es Silje quien quería que esperásemos hasta las dieciocho semanas, porque tenía mucho miedo de que pasara algo. ¿Por qué nada es suficiente para ti?

No le respondí. En lugar de eso, me lo quedé mirando. «Quién eres y qué has hecho con Sigurd», me habría gustado decirle. O le podría haber preguntado por qué nunca podían venir a casa Silje y él cuando los invitaba, por qué no me habían invitado a mí a su piso nuevo, por qué últimamente tardaba varios días, a veces varias semanas, en responder un mensaje, si es que me respondía.

Pero ahora iban a tener un bebé. Y yo iba a ser abuela. Y él había tomado la iniciativa de quedar conmigo, así que eso tenía que significar que todavía quería que mantuviéramos algún tipo de contacto.

Pasaron los segundos. Al final le dije:

—Lo siento. Pero sigo siendo tu madre. Y me resulta raro que no me incluyas un poco más en tu vida. Solo eso. ¿Lo entiendes?

Me di cuenta de que le estaba hablando con la voz cálida y agradable con la que me dirigía a mis clientes con menor regulación emocional.

Pero no sirvió de nada, porque se levantó y dijo que se tenía que marchar. Habían pasado dos minutos desde que llegó. Ni siquiera se había quitado la chaqueta. Volví a quedarme con la sensación de haber caído en una trampa.

—¿Por qué quería quedar conmigo? —le dije a Harald cuando volví a casa—. ¿Por qué no me mandó un mensaje?

—Tienes que dejarlos tranquilos —dijo Harald—. No llames, no te dirijas a ellos. Espera a que tomen la iniciativa.

—¿Que los deje tranquilos? ¡Joder! ¡Pero si no he hecho otra cosa! Y si sigo mostrándome pasiva, ¿no podrán usarlo en mi contra? Tengo la sensación de que Sigurd quiere cortar completamente conmigo y solo está buscando un motivo para hacerlo. Y si dejo de hablar con él, podría interpretar que no me

importa.

—Parece que estás paranoica.

—Pues resulta que la paranoica tiene razón. Lo peor es que con Martin sí están en contacto. Queda con ellos de vez en cuando, a pesar de que nunca ha mostrado especial interés ni en Sigurd ni en Ragnhild. Y aun así él ha estado en su piso nuevo y hasta ha conocido a los padres de Silje.

Los padres de Silje se habían convertido en una nueva obsesión. Había descubierto dónde vivían y en qué trabajaban, porque había un brillo en ese pequeño ser amargado y descolorido y en todo lo que la rodeaba y especialmente en esa familia suya a la que estaba tan apegada, y husmear en la vida de todos ellos en las redes sociales, donde publicaban una cantidad sorprendente de información, se había convertido en una parte de mi rutina matinal.

Su comportamiento me estaba convirtiendo en el tipo de persona que Sigurd decía que era, pero que yo nunca había sido: una persona que no respeta los límites, controladora, invasiva.

—Recuerda que es Sigurd quien ha elegido esto —dijo Harald—. Él ha elegido a Silje y tú no puedes hacer nada al respecto. Te tienes que centrar en Sigurd, no en Silje.

Todo lo que decía Harald podría haberlo dicho yo, y evidentemente tenía razón. Y, aunque no podía dejar de sentir que aquello a lo que me enfrentaba no tenía una explicación lógica o racional, no pude evitar hurgar en el pasado en busca de lo que pude haber dicho o hecho.

El siguiente pensamiento era, por supuesto —y Sigurd no tardaría en esgrimirlo en mi contra—, que el hecho de que no supiera lo que había hecho mal era en sí mismo un síntoma de que había algo fundamentalmente erróneo en mí. Lo único concreto que me dijo es que yo nunca había respetado sus límites y seguía sin hacerlo, y eso lo dijo a pesar de que yo había dejado de intentar comunicarme con él.

Cuando se acercaba el momento del parto, Sigurd me mandó un mensaje para decirme que no querían recibir visitas en el hospital. Como si se me hubiera podido ocurrir que seríamos bien recibidos. El

bebé, una niña, nació. Sigurd mandó fotos y se encendió una nueva esperanza y juré que haría todo lo posible para estar en contacto con esa chiquitina que no me cansaba de mirar. Se suponía que tenía que reconocerlo todo y pedir perdón.

Por entonces todavía creía que si hacía lo que ellos quisieran —si conseguía que me dijeran de qué se trataba— podríamos vernos, podría ser abuela, se solucionaría todo.

No te rindas, dijo mamá, porque en esa época había adquirido la costumbre de ponerme la mano en la clavícula cuando la necesitaba y, aunque no me respondía necesariamente, siempre estaba allí. No dejes que se salgan con la suya.

Cuando un poco más tarde ese mismo día vi en la cuenta de Instagram de la madre de Silje que tanto ellos como la hermana de Silje habían ido a verla al hospital, tal vez no reaccionara como debería haberlo hecho, porque entonces ya daba por sentado que a la familia de Silje se la incluía a un nivel totalmente distinto al que nos correspondía a nosotros. Al mismo tiempo, me preguntaba cómo podía aceptar Silje, con lo introvertida y sensible que era, que su madre publicara tantas cosas privadas sobre ella.

—Puede que esté en el espectro autista —le sugerí a Harald.

No recuerdo qué me contestó. No tengo muchos recuerdos de nada relacionado con Harald en aquella época.

Pero entonces, al día siguiente, recibí un mensaje totalmente inesperado de Sigurd en el que me preguntaba si Harald y yo queríamos ir de visita al hospital. *Podéis venir a las cuatro. Nos vemos en la cafetería.*

En el hospital, Silje parecía relajada y casi animada. Puede que fuera una de esas mujeres cuya vida cobra sentido al ser madres, pensé con la pequeña Sofie en brazos, mientras miraba su carita arrugada.

—Pero si a ti ya te he visto yo antes —dije riendo—. ¡Esta carita me suena!

Apoyé la mejilla contra su cabecita cálida y suave, dispuesta a perdonar todos los comportamientos extraños desde ese momento hasta el fin de los tiempos.

Pero pronto habría más. Cuando Sigurd abrió mi regalo, un peto,

una chaqueta y un gorro de lana suave y de primera calidad de color rosa palo que había tejido con la esperanza de arreglar las cosas —y en ese momento estaba convencida de que así sería— y se disponía a darme las gracias, vi claramente cómo se echaba atrás cuando Silje miró la ropita y después lo miró a él como si quisiera que él hiciera o dijera algo. Su confusión era evidente y, con la media melena por detrás de las orejas, parecía más que nunca un perro que no entendía las órdenes de su amo.

—Mmm —se limitó a decir, y dejó el regalo a un lado, mientras lanzaba una mirada vigilante a Silje.

—De nada —dije.

No pensaba decir nada más, pero el silencio y el ambiente enrarecido me pusieron nerviosa y habladora, y ver a Sofie en mis brazos mirándome fijamente mientras chupaba con intensidad un chupete me llevó a contar una anécdota de cuando Sigurd era pequeño y Martin y yo intentamos quitarle el chupete y lloraba y berreaba todas las noches.

Los únicos que nos reímos fuimos Harald y yo. Más tarde me enteré de que Silje pensaba que esa anécdota del chupete era un intento de hacerla quedar mal como madre, además de señalar lo malo que era darle un chupete a Sofie tan pronto.

Menuda tontería, dijo mamá. Eso no lo puedes consentir.

Pero ahora me pregunto si Silje tenía razón. Vete tú a saber, a lo mejor sentía un cierto antagonismo que de alguna manera expresé a través de esa vieja anécdota. Tal vez hubiera algo fundamentalmente erróneo en mí.

Pronto dejé de saber dónde estaba. Las amarras se habían soltado y flotaba sin rumbo.

Ya no podía dar nada por sentado y empecé a cuestionar todo lo que pensaba, decía y hacía.

Los recuerdos flotaron hacia la superficie. Los amigos con los que había perdido el contacto, un viejo conflicto con un par de compañeros de trabajo del centro de apoyo a las familias y la clienta drogodependiente que aún me enviaba mensajes de vez en cuando en los que me decía, entre otras cosas, que yo era un demonio. Empecé a dudar de todo lo que tenía que ver conmigo misma y que

hasta entonces había dado por hecho. Me estaba desmoronando, como si el pegamento que me había mantenido de una pieza hasta entonces se estuviera disolviendo.

El único lugar donde aún me sentía segura era en la consulta, con los clientes.

9

Esa visita al hospital sería la primera y la última vez que tendría a Sofie en brazos. Después, fui a verlos a casa una vez. Harald no pudo venir y yo no pude coger en brazos a Sofie. Decían que le resultaría raro tener una desconocida tan cerca. Eso es lo que me llamó Silje: una desconocida.

Pero al menos pude hacerme una idea de cómo era su piso nuevo, aunque al principio no me atreví a echar un vistazo y me quedé donde me habían indicado que me sentara, en el sofá del salón. Allí estábamos, y yo pregunté por el parto y me dieron respuestas lacónicas. No quisieron probar los bollos de pasas que les había llevado, porque Silje estaba intentando perder peso. Que yo viera, estaba igual de delgada que antes del embarazo, como si nunca hubiera estado embarazada. Por otra parte, yo no la había visto cuando lo estaba.

En un momento dado, Silje se fue al baño a cambiarle el pañal a Sofie. Después de un rato, aproveché para acercarme y mirar por la rendija de la puerta, y Silje pegó un brinco.

—¡Siguuurd! —exclamó con una voz alta y estridente, como si su vida corriera peligro. Sigurd llegó corriendo y me apartó de un empujón. Me agarré del marco de la puerta para no caerme.

—Pero ¿qué os pasa?

—Te estás imponiendo —respondió Sigurd—. Te la suda todo. No paras de insistir, no aceptas un no por respuesta.

—Pero ¿qué dices? Me habéis mandado un mensaje para decirme que podía venir a las cinco. ¿Por qué me habéis escrito si no queréis que venga?

Sigurd se fue sin responderme y volvió con mi bolso en la mano.

—Se acabó la visita.

Había estado allí media hora.

—Sigurd —le dije—. Creo que necesitáis ayuda.

Arrancó mi abrigo del perchero y me lo dio.

—Sofie se va a dormir y tú tienes que marcharte.

—Tenemos que hablar. Esto no es normal.

Sigurd no me respondió. Se limitó a empujarme hacia el descansillo.

—¿No puedes decirme por lo menos qué es lo que hago tan mal? —le dije—. Para que pueda…

Pero entonces ya había cerrado la puerta y lo único que oí fue el eco de mis propias palabras. Me puse el abrigo y bajé por las escaleras, pero tuve que agarrarme fuerte a la barandilla, porque me temblaba todo el cuerpo.

Estaba lloviendo, pero no me apetecía nada ir a la parada de autobús, así que eché a andar hacia Ringveien.

Por primera vez en la vida tuve miedo de perder la cabeza. Que fuera así como empezara todo aquello que siempre me había aterrorizado: convertirme en mi madre. O que siempre hubiera sido como ella y que Sigurd y Silje fueran los únicos que se hubieran dado cuenta.

Y tal vez no hubiera salida, tal vez las poderosas fuerzas del universo estuvieran conspirando para conseguir este objetivo predeterminado y, por lo tanto, todo lo que yo hiciera me condujera siempre al mismo lugar.

Subí por Maridalsveien y murmuré para mis adentros mientras las lágrimas y la lluvia me caían por la cara. Puede que estuviera delirando. Puede que todo fuera un gran delirio.

Tienes que recomponerte, dijo mamá. No merece la pena llorar por esto. Baja los hombros. Los que están locos son ellos, no tú.

No me di cuenta de que estaba empapada hasta que no llegué al centro comercial de Tåsen. Para evitar encontrarme con desconocidos, subí por el camino que cruza Damefallene. Mientras subía por la ladera, intenté mirarme desde fuera, dar un paso a un lado, hablarme con calma a mí misma, todo lo que les digo a los

pacientes que tienen que hacer. Mientras avanzaba sigilosamente por la zona residencial, cruzando por zonas boscosas cuando era posible, el llanto se convirtió en una serie de sollozos profundos que no sentía desde que era pequeña.

Hasta que no llegué a casa y me tomé una copa de coñac, no conseguí volver en mí.

—¿Vas a dejar que lo de Sigurd te convierta en alcohólica? —preguntó Harald, pero yo no le respondí. Me quedé de pie junto a la encimera y seguí bebiendo, como si fuera una tarea importante. Harald se fue a la cama y yo me senté a ver la tele.

Por aquel entonces leía los periódicos y escuchaba la radio como había hecho siempre. Me había suscrito a la edición impresa del *Aftenposten* y escuchaba los informativos y los programas culturales de NRK P2. Además, veía las series recomendadas por los críticos y me limitaba a la oferta de la televisión pública y a un par de plataformas de *streaming*.

Pero algo había cambiado. ¿O era yo quien había cambiado? ¿Siempre había sido así y me estaba dando cuenta ahora?

Era como si todo el mundo menos yo hubiera estado presente en una reunión secreta donde se había acordado algo completamente nuevo.

Los medios tradicionales y las redes sociales estaban llenos de gente que hablaba y escribía sobre lo mucho que aprendían a diario de sus listísimos adolescentes. Tuve que leer esas declaraciones varias veces, porque creía que lo había entendido mal.

En un periódico digital se decía lo siguiente: «¿Qué hacemos si nuestros hijos no se quieren abrigar en invierno?».

—Eso, ¿qué hacemos? —le dije a voces a Harald—. ¿Y si los abrigamos igual? ¿Qué te parece?

En ese mismo periódico leí un artículo sobre una profesora a la que un alumno de nueve años le daba una patada en la espinilla todos los días al entrar en clase. La profesora no tenía permitido defenderse, por si al hacerlo tocaba al niño, lo que estaba terminantemente prohibido. Tampoco podía echar al niño al pasillo o mandarlo al despacho de la directora, porque eso iba en contra de su derecho a la educación. Expulsar al niño de nueve años —que en

el artículo se definía como vulnerable— también conllevaba el riesgo de que se sintiera estigmatizado. O, como lo expresaba el artículo: «El niño podría correr el riesgo de sentir la estigmatización». Al final leí que la directora del colegio, de quien también había una foto, una mujer de mi edad con el pelo suelto y ropa de colores, afirmaba que «nuestro colegio no es así. En este colegio todo el mundo ha de sentirse a salvo e integrado, también los profesores. Y por ese motivo había creado un grupo interdisciplinar que analizaría cómo se podría organizar la vida cotidiana en el centro para que este alumno vulnerable pero con muchas y muy buenas aptitudes no se sintiera tan frustrado que tuviera que recurrir a la violencia como única salida».

En la calle también había cambiado algo sin que nadie me hubiera avisado. Un día estaba sentada en el tranvía y, en la fila de al lado, una chica adolescente había apoyado las zapatillas sucias en el asiento. Este tipo de comportamiento ya lo había visto antes, pero a su lado había un tipo al que ella llamaba papá, y si su padre estaba ahí sentado, ¿por qué le dejaba poner los pies en el asiento? primero, y segundo, ¿por qué no reaccionaba de ninguna manera? En lugar de eso, la miraba embobado y parecía feliz de que ella se molestara en hablar con él y quisiera sentarse con él en el tranvía. La chica, por su parte, miraba por la ventana mientras hablaban, en vez de mirar a su padre.

Me incliné hacia ellos.

—Disculpa —dije—. ¿Podrías quitar los pies del asiento?

La chica se sobresaltó, pero me hizo caso enseguida.

El padre se me quedó mirando con la boca abierta. Yo le devolví la mirada.

—Esto se lo tenías que haber dicho tú —dije—. ¿Por qué no lo has hecho?

El padre no me dijo nada, se cruzó de brazos y se quedó mirando a otro lado, y ni él ni su hija dijeron ni media palabra durante el resto del viaje.

Era como si una especie de bacteria, una enfermedad contagiosa, se hubiera colado por todas partes.

Por las noches, en mi cabeza se arremolinaban tanto los

problemas de los clientes como mis preocupaciones con respecto a Sigurd, y lo único que quería era evadirme, distraerme, un momento para olvidarme de mí misma y, con grandes expectativas, me puse una serie que había recomendado un crítico prestigioso. La serie iba de una familia con dos hijos, entre los cuales se encontraba una chica adolescente. La hija adolescente se pintaba como una puerta y quería ser bailarina de *pole dance* y un día llegó tarde a casa y su madre le preguntó dónde había estado y entonces ella se puso a chillar y a reñir a su madre, que rompió a llorar. Completamente hundida, esa mujer de mediana edad lloró y le pidió a su hija que no se enfadara tanto con ella. Lo único que quería era que fuera feliz. La hija suspiró, pero por fin abrazó a su madre y le dio unas palmaditas en la espalda, tras lo cual la madre se estremeció y tembló de gratitud.

En ese momento no pude aguantar más y puse una película. Un adolescente finge ahorcarse en su habitación. El padre entra corriendo, baja a su hijo y llora desconsolado, tras lo cual el hijo se tira al suelo con un ataque de risa. Llorando, el padre abraza a su hijo, que mira hacia otro lado y lo trata con todo el desprecio del mundo.

De nuevo, cambié de canal, pero estaba por todas partes: niños y adolescentes que tenían dominados a sus padres mientras que ellos los perseguían en busca de reconocimiento. Busqué evadirme con películas policiacas y de acción, pero era más de lo mismo. Antes de que consiguiera meterme en la trama, aparecía un adolescente furioso porque su padre tenía que salvar al mundo de un atentado terrorista y, por lo tanto, no podía ir con él a ver un partido de fútbol. Al final, el padre conseguía hacer ambas cosas, pero por los pelos.

Encontré una serie policiaca que había recomendado un crítico con quien solía estar de acuerdo. Un hombre casado se entera de que acaban de asesinar a su amante. La trama es emocionante y los actores son buenos. Pero entonces, al final, se descubre que quien ha asesinado a la amante del hombre y al hijo que estaba por nacer es el hijo de catorce años de ese mismo hombre. Cuando la verdad sale a la luz, la madre del chico reacciona abrazando al joven

asesino con ternura mientras le susurra al oído: «Todo va a salir bien. Todo va a salir bien».

—¿Soy yo la que se ha vuelto loca? —le pregunté a Harald—. ¿O es el resto del mundo?

—Tú solo te has hecho mayor —dijo Harald, que no parecía tener ningún problema con nada de lo que estaba ocurriendo, porque era perfectamente capaz de sentarse en el sofá y aceptar esas nuevas premisas. Se adaptaba perfectamente y yo lo envidiaba por ello igual que me daba envidia el sueño profundo en el que se sumergía cada noche. Disfrutaba intensamente de este descanso con todo su cuerpo, chasqueaba la lengua, roncaba y suspiraba de placer. A veces era como si se estuviera acostando con su propio sueño. Para ahorrarme semejante imagen, me levantaba, me iba al salón y encendía la tele.

Si mi vida fuera una serie, en el primer episodio, Sigurd se presentaría como un personaje malvado y egoísta, mientras que yo sería la madre buena y cariñosa. Poco a poco, esto iría cambiando y en el último episodio los espectadores pensarían que Sigurd me había dejado salir airosa al limitarse a cortar el contacto conmigo. En lugar de eso, debería haberme denunciado a la policía y al servicio de protección de menores y haberme expuesto en internet. Pero lo único que hizo fue romper conmigo. Con el monstruo que ni siquiera comprende hasta qué punto lo es.

Al final me rendí. Lo único que soporto ver últimamente es algún vídeo de YouTube donde se ve cómo le sacan a la gente la cera de los oídos. La imagen de los enormes trozos de cerumen que, después de escarbar un poco, se extraen de los oídos, tras lo cual el paciente recupera instantáneamente la calidad de audición, y los arrebatos de alegría y asombro que todo eso desencadena son lo único que consigue distraerme lo suficiente para poder evadirme y descansar.

10

Suena la alarma del móvil y justo acababa de quedarme dormida, así que me levanto del sofá sobresaltada, me siento frente al escritorio y abro el portátil para leer la información del siguiente paciente. Pero no es necesario, porque los siguientes son Jan y Hanne, dos viejas glorias que llevan muchos años viniendo a verme. Se han gritado y vociferado y se han llamado unas cosas horribles, han llorado y se han enfadado y han golpeado la mesa, han roto cristales y estallado de ira. Se conocieron en el trabajo y empezaron a salir, tras lo cual Jan dejó a quien había sido su mujer durante un cuarto de siglo. Más adelante, los dos fueron infieles sin miramientos. Primero uno de los dos tenía un pequeño desliz, después el otro se vengaba y tenía un desliz mayor. Era una especie de venganza de sangre, como en la mafia albanesa, donde el robo de una gallina puede desencadenar la matanza de pueblos enteros. Y aun así seguían juntos, año tras año. En los buenos tiempos, no tengo noticias suyas. En los malos momentos, vienen y se hacen pedazos el uno al otro.

Pensaba que con la edad me volvería más dura, pero es todo lo contrario, ya no aguanto casi nada, y mientras oigo cómo se abre la verja y más tarde sus pasos rápidos y —así los interpreto— expectantes sobre el camino de grava, tengo que agarrarme al marco de la puerta y cerrar los ojos unos segundos antes de abrirla.

¿Es una lesión derivada del trabajo? ¿Llevo demasiados años en esta silla frente a demasiadas personas, escuchando demasiados detalles sobre su psique y su vida íntima y en algún momento he llegado al límite?

Jan y Hanne se sientan cada uno en un extremo del sofá.

Ninguno de los dos dice nada, ninguno quiere empezar. Vibra toda la estancia.

—Bueno —digo y miro a uno y después a la otra—. Aquí estamos de nuevo.

Ambos están en silencio, mirando al vacío. A menudo siento que las normas de la civilización no se aplican aquí dentro, como si la gente las dejara en la calle antes de entrar. Y puede que me paguen justo para sentir que tienen permiso de hacer eso mismo.

Lo único que suena es el tictac del reloj barato de IKEA que está colgado en la pared. Se vuelve a oír el portazo de un coche, una gaviota se ha perdido y ha subido hasta aquí desde el fiordo y ahora grazna desde el tejado del garaje.

No digo nada más. Dejo que pasen los segundos. Ambos están al borde de sus fuerzas. Es cuestión de tiempo que uno de los dos se derrumbe.

Hanne se seca una lágrima, yo me inclino hacia delante y le acerco la caja de pañuelos de papel. Jan pone los ojos en blanco y exhala un profundo suspiro.

—Lleva una semana sin hablarme —me dice Jan. Se vuelve hacia Hanne—. ¡No sabía que iba a estar ahí! La borré de mis contactos y de las redes sociales, hasta cambié de trabajo y tuve que conformarme con un puesto inferior. Hice todo lo posible por borrarla de mi vida, de nuestra vida, al cien por cien, y cuando de repente la vi allí, ¡me alejé! ¡Ni siquiera hablé con ella!

Hanne golpea con la mano la mesita que compré en la sección de gangas de IKEA a finales de los noventa. Está desvencijada y ya casi no se tiene en pie. El sofá también está hecho polvo. En su momento, estos muebles iban a ser temporales. El plan era comprar muebles en condiciones en cuanto me lo pudiera permitir, pero luego me di cuenta de que a los clientes les gustaba la consulta, les gustaba que todo estuviera un poco destartalado.

—¿Cómo pretendes que confíe en ti después de lo que hiciste aquella vez? ¿No te das cuenta de que la confianza ha desaparecido, por decirlo suavemente? Te escapabas a acostarte con ella mientras yo estaba embarazada.

Hanne llora muy alto. Jan se pone a gritar.

Hace unos diez años, cuando los vi por primera vez, la diferencia de edad era evidente, pero ahora parece que tienen más o menos la misma. Hanne es una belleza marchita, desgarrada, pero sigue siendo guapa. Jan es uno de esos hombres que se vuelve aún más atractivo con la edad. Podrían haber sido estrellas de cine los dos, y empiezo a pensar en algo que me he preguntado a menudo: ¿por qué la gente que viene a la consulta suele ser tan guapa? También son delgados, a pesar de que la población general nunca ha estado tan gorda. Visto así, recibir a Madre e Hijo suponía un cambio.

El otro día vi a un hombre que llevaba a una mujer en silla de ruedas. Eran viejos y frágiles los dos, y cuando se detuvieron a esperar frente al semáforo en rojo, ella le dio la mano y le apretó fuerte, tras lo cual él se inclinó y le besó la cabeza. No dijeron nada, no se miraron y todo eso no duró más de un par de segundos y entonces el semáforo se puso en verde y él la llevó al otro lado de la calle.

Cuando Jan y Hanne se conocieron —me lo han contado muchas veces— fue como si les hubiera caído un rayo. El gran amor. Ninguno de los dos había vivido nada semejante. Trataron de dejarlo varias veces, pero sus sentimientos eran más fuertes que ellos.

Mientras espero a que se queden sin aire de tanto gritarse —porque solo entonces podremos empezar a hacer algo— me viene a la mente otro recuerdo. Una noche, hace muchos años, me alojé en un hotel para asistir a un curso. En el comedor, a la hora del desayuno, una pareja de jóvenes se paseaba agarrada del brazo. Ambos tenían síndrome de Down. La chica abría el camino, parecía que ya había estado antes en ese hotel, y le mostraba al chico los distintos platos que había, le explicó cómo tenía que servirse, cómo había que comportarse cuando se desayuna en un hotel. De vez en cuando, el chico se quedaba quieto y la acercaba hacia él, la miraba a los ojos, le levantaba la mano y se la besaba apasionadamente. Lo hacía con tal seriedad que lo teatral y exagerado del gesto —un gesto que un chico que no tuviera síndrome de Down solo habría hecho en broma— desaparecía, y todos los comensales, yo incluida, nos los quedamos mirando.

Hanne ha dejado de llorar. Ahora es el turno de Jan.

La primera vez que vinieron, Jan me contó que Hanne y él podían tener unas peloteras espectaculares, algo completamente distinto a las peleas civilizadas que tenía con su primera mujer y que ahora se daba cuenta de que no eran más que discusiones a un volumen un poco más alto de lo normal. Las peleas con Hanne recordaban más a la guerra. Pero en lugar de dejar la relación, como él siempre pensaba que ocurriría, acababan en la cama, como si esas discusiones tan agresivas fueran una especie de preliminares. Y Jan nunca había vivido algo semejante. «Nos peleamos y nos amamos», dijo emocionado, y Hanne, que no había nacido ayer y para quien una relación tormentosa no era nada nuevo, sonrió cansada. Ella ya estaba agotada de todo eso, dijo, y, si pudiera elegir, preferiría tener una relación tranquila y armoniosa como la que Jan acababa de dejar. Jan quería sexo, drogas y *rock and roll*. Hanne quería hijos y una familia, y para conseguirlo había atraído a Jan con sexo, drogas y *rock and roll* y así acabó quebrando el carácter sólido y familiar de Jan que la había atraído al principio. De la misma manera, todo lo que recordara a sexo, drogas y *rock and roll* desapareció para Hanne en cuanto se quedó embarazada. Se podría decir que estar juntos estropeó lo que al principio les había atraído tanto. Porque cuando Jan descubrió cómo se comportaba el resto de la gente, cómo hacía las cosas, él también quiso montarse en ese tiovivo cuya existencia hasta entonces desconocía. Se quedó enganchado. Pero como todos los conversos, exageró y no interpretó bien las normas no escritas.

Hace muchos años, vi un documental estadounidense en el que entrevistaban a una *madame* y le hacían preguntas sobre su agitada vida. «Tú que tienes tanta experiencia con los hombres —le preguntó el entrevistador—. ¿Qué es lo que quieren?» Y la *madame* respondió con su voz grave y ronca de fumadora empedernida:

«¿Que qué quieren los hombres? Quieren coño. Quieren coños desconocidos.»

Se acabaron las lágrimas y percibo que mis clientes empiezan a acercarse al final. Con estos dos es como si fuera testigo de una orgía, y a menudo me siento fuera de lugar.

—Ligar con un cincuentón como tú no fue precisamente difícil —

exclama Hanne—. Ni siquiera me interesabas especialmente. No eras más que uno de los que se me quedaban mirando. ¿Te crees que no me daba cuenta? Me mirabais y yo os miraba mirarme. Y si alguien te hubiera señalado mientras dabas vueltas por el ministerio y me hubiera dicho que ese tío, ese viejo cabrón medio calvo te va a trastornar viva, yo habría…

—Y yo en el fondo, si te soy sincero, pensaba que eras bastante vulgar —le interrumpe Jan, como si nunca lo hubiera dicho antes—. Y ya sabía con cuántas personas habías estado, así que pensé que…

Están metidos en harina y, mientras sus voces se desvanecen, empiezo a pensar en una película que vi una vez sobre un arquitecto atractivo y exitoso que vive en Manhattan con una mujer guapa y un hijo pequeño adorable. Él está a punto de firmar un contrato lucrativo con un estudio de arquitectura importante, pero un día conoce a una mujer pelirroja que con su forma de ser impulsiva, cálida y sensible contrasta con su mujer, que no solo es rubia, sino también fría y contenida y demasiado preocupada por ese contrato tan lucrativo. No les cae bien ni al arquitecto ni a los espectadores. Su hijo también está descontento, porque su madre está más centrada en ir a un banquete que en el proyecto sobre las hormigas que él ha estado haciendo en el colegio. Desde el primer momento, la mujer pelirroja coquetea intensamente con el arquitecto, que, por su parte, cada vez está más insatisfecho con todo y acaba marchándose de la reunión con el estudio justo antes de firmar el lucrativo acuerdo. Cuando la mujer lo descubre, se pone furiosa y la película termina con el marido quedando con la mujer pelirroja en un bar.

Estaba claro que nos íbamos a poner del lado del arquitecto y que la mala de la película era la mujer rubia. Pero ¿cuál era la versión de ella? ¿Y si ese banquete fuera importante para la familia? ¿Y si al niño, que era hijo único, tal vez le viniera bien que por una vez en la vida sus padres no le dedicaran toda su atención? En un momento dado, el arquitecto se había casado con esa mujer y, en un momento dado, había querido diseñar edificios grandes, pero ahora no le interesaba ni una cosa ni la otra, lo que le hacía parecer un niño pequeño que lanza sus bonitos juguetes contra la pared y se

pone a chillar.

—Al menos la tenía mucho más grande que tú —exclama Hanne, claramente sobre un ex con el que le había sido infiel, y Jan finge estar sorprendido.

De vez en cuando les hago algún que otro comentario e intento encontrar un nuevo ángulo, pero normalmente me interrumpen o incluso hacen como que no me oyen.

Me consuelo pensando en que estos dos por lo menos son todo lo contrario a esas parejas muertas y enterradas en las que nadie quiere seguir y por las que ninguna de las partes quiere esforzarse, aunque finjan lo contrario. Ni siquiera tienen que haber estado con nadie más, simplemente ya no quieren seguir, ninguno de los dos. Cuando tengo una pareja así, suelo acabar deprimida. Son como un agujero negro.

Las parejas como Jan y Hanne por lo menos follan mucho, por muchas burradas que se digan. La contraprestación son los conflictos y la imprevisibilidad y, aun así, esas relaciones que oscilan entre el cielo y el infierno pueden ser sorprendentemente viables. He visto muchos ejemplos. Todas esas discusiones y reconciliaciones no solo añaden tensión a cada día, sino que al mismo tiempo hacen que los miembros de la pareja se sientan especiales: mira todo lo que aguantamos, mira lo que es capaz de superar nuestro amor. No somos como vosotros, aburridos.

«En nuestra cultura tenemos la idea de que el amor tiene que ser cálido y bueno —dijo Hanne una vez—, pero el amor puede ser bastante desagradable y aun así ser un tipo de amor, ¿no?» Después está la tercera variante: una pareja de unos cuarenta y pico con, por ejemplo, tres hijos. De seis, nueve y doce años. Ella quiere dejar su matrimonio porque cree que la vida tiene más cosas que ofrecer. Se aburre y quiere experimentar algo nuevo antes de morir. Se ha convertido en una desconocida para sí misma. Es una mujer inquieta y ambiciosa a la que aún miran los hombres y con la que podrían ligar sus compañeros de trabajo. Y después vuelve a casa con su aburrido marido, que se ha vuelto un poco vago y puede que haya ganado unos kilos. Al final se separan y ella se abre un perfil en una aplicación de citas y genera muchísimas reacciones, como todas las

mujeres, porque es carne fresca, y hombres de todas las edades acuden en tropel. Una cantidad sorprendente de ellos son guapos y tienen formación superior, y algunos incluso son varios años más jóvenes. Eso le da la impresión de que hay hordas de hombres guapos y adecuados ahí fuera y, como conocemos a los demás a través de nosotros mismos, cree que si un hombre quiere acostarse con ella, automáticamente querrá algo más, ya que ella misma no se habría acostado con nadie a menos que quisiera algo más. Pero los hombres no tienen esos reparos, son omnívoros y lo que más les interesa es el sexo, y una vez que lo consiguen, desaparecen, a menos que quieran más, en cuyo caso vuelven y hacen una breve aparición estelar, antes de desvanecerse de nuevo. Este tipo de mujeres siempre me recuerdan a esos conciertos de *rock* en los que el vocalista se lanza al público, solo que en este caso, el público es una ilusión y, cegada por los focos, la vocalista cae directa al suelo de hormigón.

Para los hombres, es el negocio perfecto: sexo gratis solo por fingir que buscan algo definitivo. Los hombres aprenden enseguida a aprovecharse de la situación y saben perfectamente qué palabras usar —eres una mujer increíble, pero he estado pensando en cómo me siento y me he dado cuenta de que esto no es exactamente lo que busco—. Es posible que tengan varias versiones guardadas en el móvil para usarlas en distintas ocasiones, según quieran acercarse a una persona o huir de ella. Ella, por su parte, finge desde el primer momento que es libre e independiente y que no busca nada definitivo. Después de un par de años intensos y difíciles, esta mujer comienza a ver a su exmarido —que hace tiempo que se ha buscado una mujer nueva y puede que más joven— con una perspectiva completamente distinta, y en el fondo se arrepiente de todo y no entiende qué le pasó. Pero ahora, por supuesto, es demasiado tarde, y ella está a punto de cumplir cincuenta años.

Advertir a estas mujeres no sirve de nada, ya lo he intentado. Todas creen que son una excepción, ninguna cree formar parte de la estadística. Todas creen que son especiales, que su historia es única y que, por tanto, las aburridas reglas habituales no pueden aplicarse a ellas. El único consuelo para estas mujeres es la menopausia, que

las libera de la mayor parte de la libido y que puede aliviar el dolor de haber dejado de tener pareja. Y esta es otra cosa que me hace querer jubilarme anticipadamente: la gente ha empezado a usar la palabra pareja. Ya nadie dice novia, novio, prometida, prometido, mujer o marido, sino pareja. ¿Es por una cuestión de igualdad? Puede que sea para que quienes sienten el impulso de casarse con un perro reciban el mismo trato que el resto y no se sientan estigmatizados y, además, puedan evitar momentos vergonzosos en la vida social. Así, si un hombre está con su *rottweiler* y tiene que presentarse a sí mismo y a su perra, podrá evitar una posible situación incómoda sencillamente con referirse a ella como su «pareja», al igual que todas las parejas convencionales y heteronormativas que lo rodean, porque ¿cuál es la diferencia, en realidad? ¡Todas son parejas!

—Pero te quiero —dice Hanne.

Están sentados muy juntos en el sofá y yo casi no he dicho nada. Para esto podrían haberse quedado en casa.

¿Seguiríamos juntos Harald y yo si hubiéramos discutido más? Harald y yo teníamos una relación amistosa, como la mayoría de la gente. Este tipo de parejas son buenos amigos, incluso mejores amigos, pero han perdido la chispa, puede que precisamente porque la amistad ha tomado el control de la relación. Harald y yo éramos una de esas parejas. Y habríamos seguido siéndolo, porque quién sabe qué habría pasado si no me hubiera quedado en casa esa vez, si en lugar de eso hubiera ido de excursión justo cuando las cosas con Sigurd estaban en su peor momento. Como estaba agotada, me perdí la excursión, pero ¿y si me hubiera apuntado? De haberlo hecho podría haber evitado la relación que empezó ese sábado por la noche, cuando Harald y esa mujer recién divorciada, que además era su compañera de trabajo, se sentaron en una roca y hablaron de sus cosas.

En los viejos tiempos, cuando Harald aún vivía en casa, yo siempre me ocupaba de qué íbamos a cenar. En las pausas entre un paciente y otro, miraba las ofertas del día. Martes de pescado, todo a diez coronas, tres por dos, y mandaba a Harald a hacer la compra. Después de haberme pasado el día sentada escuchando y hablando,

me sentaba bien estar frente a la encimera de la cocina oyendo la radio y sofriendo el ajo en la sartén con aceite y mantequilla mientras Harald daba vueltas y olisqueaba expectante. Y de nuevo me viene a la mente el documental de la *madame*, a quien al final del programa preguntaban qué tenía que hacer una mujer para conservar a su marido: «Si está bien comido y bien follado, normalmente no se irá a ninguna parte».

Es curioso ver que todo está conectado, porque cuando mi madre se puso enferma y murió y después pasó lo de Sigurd, me costaba dormir por la noche y, como consecuencia, la mayor parte de los días estaba demasiado cansada para cocinar mis deliciosos platos. Empezó a ser cada vez más frecuente que hubiera tostadas para cenar y, como mucho, un huevo frito. A menos que Harald, que ni sabía cocinar ni le interesaba aprender, comprara una pizza o comida china de camino a casa. Al mismo tiempo, prácticamente dejamos de acostarnos. O estaba demasiado cansada o no lo estaba lo suficiente, y entonces acababa obligando a Harald a escuchar uno de mis monólogos nocturnos sobre Sigurd. Después de un rato, él se dormía y yo me quedaba ahí tumbada, con la mirada fija en la oscuridad y, o bien susurraba para mis adentros o bien cogía el móvil y veía cómo le sacaban a alguien la cera de los oídos.

11

Jan y Hanne salen de la consulta y esta vez se van como amigos, y no solo eso, sino que, ya en la calle, caminan abrazados. Han repasado todo el repertorio apenas sin mi ayuda, pero también es verdad que llevan muchos años viniendo a la consulta. Casi me siento mal por mandarles la factura.

Tengo media hora hasta que llegue la siguiente pareja y, como ellos también son dos viejas glorias y leer las pocas notas que tomé la última vez apenas me lleva un par de minutos, me tumbo en el sofá con el móvil y vuelvo a leer los mensajes de Sigurd una vez más. En el preciso momento en que veo su número de teléfono, que es el que tiene desde la época en que nos aprendíamos los números de los demás de memoria, se me acelera el pulso y, mientras vuelvo a leer todos los mensajes que me ha mandado hoy, me levanto del sofá y me paseo por la consulta. Por qué justo ahora y por qué estos mensajes ansiosos y suplicantes, después de todo lo que pasó aquella vez y todo lo que dijo sobre mí.

Pero mira a Jan y a Hanne, replica mamá. Son capaces de decirse las cosas más horribles el uno al otro y aun así hacer las paces enseguida. Tal vez no deberías habértelo tomado tan en serio aquella vez. Igual que no me tomabas tan en serio a mí e ibas a verme y me llamabas, no te rendías.

Pero me echó de su casa, respondo. Y es un hombre adulto. ¿Por qué no voy a tomármelo en serio?

Mamá no responde.

Siento que las cosas fueran así, escribí en un mensaje esa noche,

cuando el coñac empezó a hacerme efecto. *De verdad que no era mi intención hacer o decir nada malo. Me encantaría ayudar, ser abuela, pero para eso necesito saber qué es lo que no paro de hacer mal*.

No recibí respuesta. Varias veces intenté llamar por teléfono, pero él no me respondía. Al final, llamé a Silje. Entonces recibí un mensaje de Sigurd: *No llames a Silje*.

En aquel momento me animó que me respondiera. Al menos seguía vivo, porque por las noches tenía la pesadilla recurrente de que estaban muertos los tres.

Aun así seguí mandándole mensajes. Por mí que no fuera. Al principio le escribía todos los días, después un día sí y otro no y al final solo una vez a la semana.

Hola, Sigurd. Espero que estéis bien. Dime si quieres que nos veamos un día, ¡me gustaría mucho! Un abrazo de mamá :-)

Nunca recibí una respuesta.

—No te rindas —dijo Harald—. Pero no le escribas demasiado a menudo.

Pasaron semanas y meses sin que diera señales de vida. Lloré mucho y dormí mal, y un día fui al médico y me dieron antidepresivos. Las pastillas me aliviaron la peor parte de la ansiedad y los pensamientos recurrentes, pero no cambiaron la situación en sí.

Me planteé seriamente si Sigurd y Silje tendrían alguna forma de psicosis. Esto de que la locura de un miembro de una pareja se le contagiara al otro lo había visto varias veces, y estaba convencida de que Silje le había hecho algo a Sigurd, aunque no sabía de qué se trataba. Estaba demasiado afectada por la situación para poder confiar en mi juicio profesional. O tal vez fuera Sigurd quien tuviera algún trastorno de la personalidad, TDAH, trastorno bipolar… le daba vueltas y más vueltas al asunto. Cuando trato de recordar algo sobre Harald en aquella época, lo único que veo es una sombra vaga a la que yo no paraba de hablar, y lo único que oigo es la misma confirmación una y otra vez de que si aguanto y dejo a Sigurd en paz, al final él volverá en sí.

Tenía un dolor de cabeza constante y cuando fui al dentista me recomendó que durmiese con una férula de descarga, porque todo

apuntaba a que me pasaba la noche rechinando los dientes. Me hice la férula, pero el dolor de cabeza no se fue a ninguna parte.

Con el tiempo he sabido que Harald ya había empezado la relación por la que más adelante me dejaría. Pero por el momento solo era «una amistad cálida y profunda», como él la llamaba. Una persona que veía a Harald y lo escuchaba. Entonces solo era un pequeño tumor, invisible a simple vista, pero no tardaría en crecer y extenderse a toda nuestra vida.

Pensaba que estaba a salvo, pero nunca se está a salvo, porque mientras estás mirando atentamente a la derecha ocurre algo a la izquierda, y a la izquierda Harald habría encontrado a otra que no iba dentro de una nube negra ni se quedaba despierta toda la noche ni lloraba por cualquier tontería.

Desde que Harald se fue, no he hecho ningún esfuerzo por encontrar a otro hombre. Solo de pensar en ello me pongo mala. En lugar de eso me imagino que lo he visto todo, que solo somos pequeños engranajes de una gran máquina y que ahora, por primera vez, veo la vida tal y como es y como probablemente ha sido siempre. Pero lo más probable es que haya razones biológicas sólidas por las que ya no me parece fundamental formar parte de una pareja, algo que en otros momentos de mi vida era importantísimo y en lo que además he basado gran parte de mi vida profesional. Al igual que Jan y Hanne, que en su tiempo disfrazaron y embellecieron su deseo ilícito —«un flechazo», «el gran amor», «los sentimientos eran demasiado fuertes»—, yo ahora disfrazo y embellezco mi deseo ausente y finjo que responde a razones nobles, existenciales.

Cuando Sofie tenía unos tres meses, por fin recibí un mensaje. Estaba con un cliente cuando oí vibrar el móvil en un cajón. Se me había olvidado ponerlo en modo avión. *Tenemos que hablar contigo. Estaría bien que vinieras cuando ya se haya acostado Sofie*.

Intenté no hacerme ilusiones, pero me resultó inevitable fantasear un poco. ¿Se disculparían? ¿Empezaríamos de cero? ¿Le habían dado un diagnóstico a uno de los dos que lo justificaría todo?

Unos minutos antes de llamar al timbre, recordé lo del modo

avión y apagué el teléfono para evitar que una posible llamada despertara a Sofie.

Cuando subí las escaleras, Sigurd estaba en la puerta. Dentro, se oía un llanto de bebé.

—¿No te ha llegado el mensaje en el que te decía que no llamaras al timbre? ¿Te das cuenta de que has despertado a Sofie?

—Lo siento, había apagado el móvil para que nadie llamara y… bueno, despertara a Sofie.

Sigurd no me respondió, se quedó mirando a la pared, por encima de mi cabeza, pero parecía estar pensando en algo.

—¿Quieres que me vaya?

—No, quiero acabar con esto ahora.

Acabar con qué, quise preguntarle, pero no dije nada. Entré al recibidor y me quité los zapatos. Sigurd se metió en la habitación de la que provenía el llanto. Yo me senté en el sofá del salón, pero me volví a levantar y aproveché para echar un vistazo a mi alrededor.

A menudo me he preguntado por qué no me quedé sentada cuando las cosas estaban como estaban. Solo querías fingir que todo era normal, suele comentar mamá llegadas a este punto. Y es normal que una madre se pasee libremente por la casa de su hijo, o de su hija, vamos, me da lo mismo.

Estaba en el quicio de la puerta de la cocina cuando oí a Sigurd a mis espaldas:

—¿Qué estás haciendo?

—Solo quería echar un vistazo.

—Preferiría que no te pasearas por casa.

Fui al salón y me senté en una butaca. Sigurd se sentó en el sofá y se puso a hojear unos papeles que había sacado. No dije nada. Me limité a esperar.

Al final llegó Silje y se sentó junto a Sigurd en el sofá. Me señaló con la cabeza sin decir nada.

Sigurd carraspeó.

—Hemos escrito un guion —dijo—, porque queremos que esta conversación se desarrolle de la manera más civilizada posible.

Sentí que se me aceleraba aún más el pulso. Una cierta locura flotaba en el ambiente, pero no sabía si venía de ellos o de mí.

—Y te agradecería que no nos interrumpieras.

Asentí con la cabeza. Por fin, pensé. Ahora me darán una explicación.

Entonces Sigurd empezó a leer lo que había escrito en esos papeles y, como había apagado el móvil y además aún no se me había ocurrido lo de grabar nuestras conversaciones, no tengo ninguna grabación de ese intercambio.

Han pasado muchas cosas desde entonces y la memoria es traicionera, pero recuerdo que una de las primeras cosas que dijo Sigurd fue que yo les había fastidiado el posparto. Tenían muchas ganas de ser padres, pero por mi culpa todo había sido muy difícil.

Mantén la calma, no te agites, habla despacio, me dije a mí misma mientras les preguntaba cómo podía haberles fastidiado el posparto si casi no los había visto. Sigurd me dijo que había impuesto mi presencia en el hospital y no había aceptado un no por respuesta. Yo objeté, con la misma calma de siempre, que nos habían invitado ellos. Sigurd me dijo que tendría que haber entendido que en realidad no querían recibir visitas.

—Entonces, cuando alguien te invita a que vayas a verlo —dije, y recuerdo claramente mis palabras—, ¿habría que pensar que en realidad no lo dice en serio y que, por lo tanto, tienes que quedarte en casa?

No recuerdo qué me respondió.

Silje se quedó todo el rato ahí sentada sin abrir la boca, pero cuando hablaba Sigurd, ella lo miraba y asentía. Cuando hablaba yo, se mostraba incómoda y miraba al infinito.

Ni antes ni después he tenido la experiencia de que alguien me despreciara tanto, y desde el primer momento, sin darme una oportunidad y sin ninguna explicación. Instintivamente comprendí que no tenía sentido preguntarle a qué se debía esa violenta antipatía, porque dudo que ella misma lo supiera. Y aun así, la dejaba emanar de su interior hasta tal punto que a mí me costaba respirar allí sentada en una butaca mullida, en una sala de estar limpia y ordenada, en un país que llevaba generaciones sin vivir una guerra.

Al final, Sigurd llegó a la conclusión de que no se trataba de

nada específico que yo hubiera hecho, sino del ambiente general que yo irradiaba —en este momento, Silje asintió con entusiasmo, por lo que es probable que esta afirmación fuera suya— y de mis expectativas, que además él no podía cumplir, según me dijo, y por lo tanto se había dado por vencido. No paraba de cruzar sus límites, desde siempre.

Le dije que tendría que explicármelo mejor, darme algunos ejemplos, porque si no, nunca aprendería de mis errores. Aun así logré mantener la calma, pero fue gracias a lo irreal que era toda esa situación y a la extraña pero tranquilizadora sensación de que estaba soñando.

Sigurd miró los papeles.

—Cuando conociste a Silje en aquel restaurante, lo único que hiciste fue intentar fastidiarla. ¿Crees que no me daba cuenta? Pero yo hice como si nada. Ya sé que eres así. No lo puedes evitar.

Silje asintió con energía sin mirarme a la cara.

No sabía qué responder, así que me limité a mirarle y a asentir, a la espera del resto.

Entonces Sigurd me dijo que no había sido la madre que le habría gustado tener.

Le pregunté qué tipo de madre le habría gustado tener.

En la familia de Silje tenían una relación completamente distinta entre ellos, una proximidad diferente, me dijo entonces. Tenían una calidez y un cuidado mutuos que él nunca había sentido con nosotros. Entrar en esa familia le hizo darse cuenta de cómo había sido su infancia y cuántos problemas de los que ahora tenía se debían a todo lo que le había faltado.

De nuevo, pregunté si podría darme algún ejemplo y de nuevo me respondió que era muy típico de mí reducirlo todo a hechos concretos, pero que él solo quería explicarme cómo estaba y cómo se había sentido.

—Pero si pretendéis que entienda algo de todo esto, tendréis que darme unos ejemplos de qué cosas tan horribles hemos hecho nosotros. También has mencionado que hay algo que te preocupa actualmente, pero yo tampoco tenía ni idea de eso.

—Tan horribles —repitió Sigurd y tanto él como Silje negaron

con la cabeza—. Cuando me describes de esa manera, me conviertes en algo pequeño e insignificante. Me reduces. Y ya no quiero discutir más contigo.

—Pero ¿qué quieres decir con que no quieres discutir más? Tú y yo no hemos discutido casi nunca, hasta ahora.

—Claro, exacto. ¿Y alguna vez te has parado a pensar cuál podría ser el motivo? Voy a contarte algo, te voy a dar un hecho concreto, ya que tanto te interesa. Cuando tenía ocho o nueve años, me caí y me di un golpe, pero tú no te diste cuenta, porque, como de costumbre, estabas ocupada. Así que, para no molestarte, me fui a mi habitación a llorar solo. Y he pensado mucho en esto, en qué le impide a un niño de ocho años llamar a su madre… cuando se ha caído y… se ha hecho daño.

Al final, su voz se convirtió en un gemido, y después se echó a llorar desconsoladamente. Silje le acarició la espalda, aún sin mirarme. Ella le susurró algo al oído y él asintió.

—Me da mucha pena que pensaras que no podría consolarte aquella vez —le dije—. Pero ¿por qué no me lo dijiste?

Cuando Sigurd se recompuso, me dijo:

—Ya, ¿eh? ¿Por qué no te lo dije? Qué pregunta tan interesante. Y no solo fue aquella vez. Recuerdo que muchas veces lloraba solo en mi habitación, tumbado en la cama. Para ti era un estorbo. Siempre estabas muy ocupada.

—No tenía ni idea —le dije—. No sabía que te pasaba eso. Yo te recuerdo como un niño feliz y sonriente.

—Tenía que ser un niño feliz y sonriente para que tú me quisieras.

—De verdad que no tenía ni idea de todo esto.

Sigurd seguía sollozando y yo usé toda mi experiencia en terapia para quedarme tranquila y hablar muy despacio, en voz baja y suave.

—Pero lo que menos entiendo —le dije— es que no me dijeras nada de esto antes. ¿Por qué me tengo que enterar ahora?

—Pues porque antes no era consciente de ello.

Sigurd le dio la mano a Silje.

—Pero cuando entré en la familia de Silje, empecé a darme

cuenta de lo mucho que me había perdido. Y de lo distintos que somos tú y yo, por ejemplo. Siempre me he esforzado para que me aceptes, pero nunca he sentido que yo fuera… lo suficientemente bueno.

En este momento, volvió a echarse a llorar. Silje le agarró las dos manos y él se apoyó en su hombro.

Más tarde pensaría muy a menudo en esta escena, los dos abrazados en el sofá mientras yo estaba en la butaca intentando entender lo que estaba pasando, intentando hacerme responsable, aunque no sabía cómo.

—No puedo argumentar contra lo que sientes y has sentido —le dije—. Estás en tu derecho de sentir lo que quieras. Pero no puedo entender por qué fue tan mala tu infancia, aparte de cuando tu padre y yo nos divorciamos, claro.

Sigurd negó con la cabeza.

—Sentir lo que quieras. No puedes evitarlo. Sigues empequeñeciéndome. El problema no es el divorcio. Tú crees que es así de fácil.

—Pero ¿estás seguro de que el hecho de que tu padre se fuera a vivir a otra ciudad y tuviera tres hijos inmediatamente no te afectó en absoluto?

—No metas a papá en esto.

—Lo que pasa es que me parece raro que no tengas en cuenta que tu padre desapareció casi de un día para otro. Y no has roto con él, que yo sepa. Pero en realidad, romper con tu padre no tendría el mismo efecto que romper conmigo. A él le basta con verte dos veces al año y ni siquiera se daría cuenta si cortaras el contacto con él. Así que entiendo bien que hayas decidido centrarte en mí.

—¿Centrarme? Pero ¿qué dices?

—Es que no entiendo nada de todo esto.

Sigurd se frotó los ojos y suspiró.

—Vale. En primer lugar, nunca viniste a verme cuando me independicé. En Bergen viví en al menos tres pisos en los que nunca estuviste de visita.

—Pero Harald y yo te ayudamos a mudarte a todos tus pisos compartidos en Bergen. Cruzamos las montañas en coche y

cargamos con las cajas y los muebles escaleras abajo y escaleras arriba. Siempre te hemos apoyado. ¿Eso no cuenta?

—Es tan típico de ti centrarte en los aspectos prácticos. Como si lo más importante fuera lo material, las mudanzas y el dinero.

—Pero si querías que te fuéramos a ver a Bergen, aparte de las veces que te ayudamos con las mudanzas, ¿por qué no nos lo dijiste? ¿No te parece que igual yo había asumido que tenías muchas cosas que hacer, que estabas ocupado con los estudios, con tus amigos y con salir de fiesta?

—¿En serio tengo que invitar a mi propia familia?

—Pero si yo te llego a preguntar si podía ir a verte, ¿no habrías sentido que impongo mi presencia? ¿Que no respeto tus límites?

Sigurd se puso de pie.

—Me parece que se ha acabado la visita.

De camino a casa, pensé que tal vez Sigurd, al igual que mi madre en su momento, en realidad no quería que las cosas funcionaran entre nosotros. Su manera de negarse a dar explicaciones, a darme una oportunidad, todo eso me dio la sensación de que mi confusión y desesperación tenían más valor para él que cualquier posible reconciliación. Quién sabe, quizá le resultara reconfortante verme en ese estado de impotencia y quizá por eso no le interesara ayudarme a salir de esa situación.

Sigurd me recordaba a los clientes que se pasan horas y horas hablando para encontrar una razón más digerible para dejar a su pareja con la que llevan quince años que el inoportuno hecho de haber conocido a otra persona. Quieren romper el matrimonio, igual que Sigurd quería dejar a su familia, pero al mismo tiempo conservar su honor, para lo cual tienen que reescribir la historia. En realidad nunca he estado enamorado, en realidad no quería tener hijos, en realidad no quería irme a vivir a un adosado, no quería tener un perro, nunca me ha caído bien tu madre, tu padre, tu hermana, tu hermano, tu gato, tu hámster.

—¿Quiere esto decir que quienes estáis casados sois Sigurd y tú y Silje y su familia son las amantes de Sigurd? —dijo Harald cuando le conté todo esto.

Me di cuenta de que tal vez estaba ahí el problema, en que yo no había sido capaz de establecer esos paralelismos. Y tal vez lo que pasaba era que estas sofisticadas ideas me salían por los poros como una especie de peste que Sigurd había tardado toda la vida en percibir, pero que Silje había notado al instante.

Porque si ellos no estaban locos, la loca tenía que ser yo. ¿Y siempre lo había estado o había enloquecido ahora? A menudo pensaba en el padre de Harald, que seguía vivo por entonces, pero que había desarrollado demencia frontotemporal y vivía en su propio mundo y tenía delirios. Para él, los delirios eran reales, el problema éramos los demás y, por lo tanto, a menudo era duro y difícil ir a verlo. Yo empezaba a albergar la ligera sospecha de que padecía de esa misma enfermedad, y en internet leí lo siguiente: «Los síntomas de la demencia frontotemporal incluyen impulsividad, apatía, dificultades sociales y pérdida de la autoconciencia, y la enfermedad es una causa común de demencia en personas menores de sesenta y cinco años».

Las objeciones eran muchas: ¿por qué solo eran Sigurd y Silje quienes reaccionaban ante mi presencia y por qué Sigurd se refería a sucesos muy lejanos en el tiempo, mucho antes de que yo pudiera haber contraído la enfermedad?

—Pues claro que no tienes demencia —dijo Harald—. Te juro que si la tuvieras, te lo diría.

Al principio no conté lo de Sigurd ni a amigos ni a conocidos, porque estaba segura de que sería algo pasajero. A medida que me fue quedando claro que la cosa iba en serio, cada vez hablaba del tema con más personas y no tardé en hablarlo con todo el mundo. En primer lugar, porque buscaba una explicación. Y como Sigurd no quería decirme nada más allá de las vaguedades que no paraba de sacar a colación, tenía la esperanza de que otras personas pudieran señalarme algo que yo hubiera pasado por alto.

—¿Se puede hacer algo así? —les preguntaba a todas las personas con las que hablaba—. ¿Se puede cortar el contacto con toda la familia sin ningún motivo aparte de vaguedades sobre no sentirse visto ni escuchado, no sentirse cómodo, no sentirse en casa y, lo peor: que yo como madre no puedo darle lo que necesita?

—Tiene que sentirse muy muy muy herido por ti de alguna manera —me dijo una antigua compañera del centro de adicciones con la que me encontré por casualidad en aquella época—. Profunda, pero profundamente herido —repitió—. Verdadera y profundamente herido.

—Pero ¿cómo? ¿Y cuándo puede haber ocurrido?

—A eso solo puede responderte Sigurd.

—Es que es eso —dije yo—. No quiere darme ninguna respuesta.

—Puede resultar difícil poner en palabras los sentimientos —dijo ella—, pero si le dejas hablar, si lo escuchas sin interrumpir y sin juzgarlo ni ponerte a la defensiva, puede que se sienta visto y escuchado y comprendido de una manera que le lleve a volver a ti antes o después.

—Eso ya lo he hecho, claro —dije, decepcionada de que sacara a relucir algo que tenía que saber que yo sabía en el fondo. La de veces que nos sentamos con adictos y sus familias y les dijimos esas mismas palabras a los pobres padres que intentaban averiguar qué habían hecho mal—. Pero si lo que dice no es para nada razonable y no tiene relación con la realidad objetiva —añadí—, ¿no sería contraproducente aceptarlo?

—Tienes que aceptarlo de todas formas. Aceptar que las cosas son como él las ve, por muy absurdas que te parezcan. Puede que retome el contacto dentro de unos años. O puede que no.

Estábamos en una callecita peatonal atestada de gente junto al centro comercial de Ullevål Stadion una tarde navideña y supe que tenía razón. Probablemente yo misma habría dicho algo parecido si se hubieran invertido los papeles.

—Y tanto tú como yo sabemos que «la realidad objetiva» no existe —añadió con la cabeza inclinada y una sonrisita, como si quisiera señalar que tenía claro que no era mi intención utilizar un término tan desfasado y que era su deber corregirme, igual que habría hecho yo en su lugar.

Asentí, pero por dentro pensé: Si no existe la realidad objetiva, ¿entonces qué?

Poco a poco, la gente empezó a evitarme. Los miraba de reojo y

veía cómo cambiaban de rumbo y miraban para otro lado, cómo fijaban la vista en el móvil o inspeccionaban un cartel.

Yo habría hecho lo mismo si me hubiera topado conmigo en aquella época. Porque el único tema del que quería hablar era Sigurd. Mi vida social no tenía ningún valor para mí si no podía hacer al menos una de estas dos cosas y a poder ser las dos: emborracharme y hablar de Sigurd.

He conocido a mucha gente así en terapia: gente que no entiende por qué otras personas los evitan, mientras que la psicóloga lo ve a la primera. Lo único que me distinguía de ellos era que yo tenía claras las relaciones y reconocía las señales, pero ni quería ni podía hacer nada al respecto, porque el dolor era demasiado fuerte. El dolor se propagó hacia afuera y lo infectó todo, incluso mi relación con Harald, a quien usaba como saco de boxeo y como confesor veinticuatro horas al día.

Pero en aquella época yo solo tenía ojos para Sigurd y tal vez eso fuera lo que Sigurd quería en el fondo, que yo me centrara en él, y solo en él, hasta el punto de que me olvidara de todos los demás, en especial de Harald.

12

Un sábado justo antes de que Sofie cumpliera un año, me topé con los tres en el centro comercial de Storo. Me había acostumbrado a ir allí de vez en cuando, porque Martin me había dejado caer que Sigurd y su familia solían ir allí los sábados.

A Harald, como siempre, le dije que tenía que ir a comprar algo en una tienda de la cadena Clas Ohlson, porque en el centro comercial de Ullevål Stadion no había ninguna.

—Necesitamos bolsas de basura transparentes y pilas para la báscula de la cocina y bombillas pequeñas para los flexos de la consulta —le dije a Harald mientras me preparaba en el pasillo.

—Todo eso lo tienen en Jernia, en Ullevål Stadion.

—Pero en Clas Ohlson es más barato.

Harald se me quedó mirando. Sabía que odiaba los centros comerciales, en especial el de Storo, y sospechaba que estaba tramando algo.

—Vuelvo dentro de un par de horas. Mándame un mensaje si se te ocurre algo que necesitemos —le dije y salí por la puerta.

Esa misma mentira sobre Clas Ohlson es la que usaría con Sigurd si me encontrara con ellos.

«He venido a Clas Ohlson —le diría— porque en Ullevål no tienen tienda.» Lo había ensayado para que sonara natural. Pero tampoco tenía que mostrarme demasiado relajada, porque llevábamos más de medio año sin vernos.

Ahí estaba, sentada en el metro murmurando para mis adentros como una trastornada y todos esos pensamientos y consideraciones me agotaron mucho antes de que el metro parara en Storo. Aún no

había entendido que, dijera lo que dijera o hiciera lo que hiciera, no serviría de nada.

Ese era el tercer o el cuarto sábado que pasaba por allí, y esta vez estaban ellos también. Los vi antes de que me vieran a mí. Desde fuera eran solo una de las muchas familias que iban de compras un sábado. Silje estaba casi más delgada todavía que antes del embarazo y Sigurd se había dejado barba, pero por lo demás tenía el mismo aspecto que antes. Aun así, era como si tuvieran algo sobrenatural.

Me acerqué a ellos. Me pitaban los oídos.

—¡Anda! ¡Hola! —dije y me frené en seco—. ¡Pero si sois vosotros!

Se quedaron rígidos. Sigurd asintió brevemente y vi que Silje agarraba con más fuerza el carrito del bebé. Solo cuando me incliné para saludar a Sofie, recobró la vida.

—No la despiertes —susurró.

—Bueno —dijo Sigurd—. Nos tenemos que marchar.

Y, de repente, desaparecieron en el bullicio. Pensé en correr tras ellos.

En lugar de eso, le mandé un mensaje a Sigurd.

¿Crees que debería haber pasado por delante de vosotros sin saludaros?

No me respondió. Salí del centro comercial y me dirigí al metro. Se me había olvidado ir a Clas Ohlson. Mientras esperaba, de repente ya no fui capaz de contenerme. A toda velocidad, le mandé otro mensaje.

Al menos necesito saber por qué os comportáis así. Lo estoy pasando fatal. No duermo por las noches y no soy capaz de hacer mi trabajo ni de quedar con mis amigos. Esto afecta a otras personas también, no solo a mí. Me gustaría entender el motivo por el que habéis roto conmigo y con el resto de la familia. ¿Podemos hablar con alguien para que lo entienda y pueda seguir adelante? No puedo seguir así.

Era mentira que no fuera capaz de hacer mi trabajo, porque en la consulta, con los clientes, era el único lugar en el que aún era capaz de funcionar. Pero el resto era cierto.

Una semana más tarde, llegó la respuesta.

Siento que estés así. Me gustaría aclarar la situación y por eso te propongo que nos pongamos en manos de una terapeuta familiar. He pedido cita con una que me han recomendado. Dime si te viene bien.

La cita era por la tarde, un miércoles de dentro de dos semanas, una tarde que tenía llena de citas desde hacía mucho tiempo. Pero me sentí tan aliviada por que Sigurd hubiera tomado la iniciativa que no me importó llamar y aplazarlas todas.

Después, le escribí: *Qué bien, muchas gracias. Y pago yo, por supuesto. ¡Hasta pronto!*

Si hubiera esperado un poco para asimilarlo, en primer lugar habría podido reflexionar sobre las palabras que había escogido —«aclarar la situación»— y, en segundo lugar, habría tenido tiempo de comprobar quién era esa «terapeuta». Yo misma conocía a un montón de psicólogos y me habrían bastado un par de llamadas para encontrar a uno bueno y con experiencia, y además más barato, porque la terapeuta con la que Sigurd nos había concertado una cita manejaba unos precios bastante elevados.

En su página web había una foto grande suya corriendo por la playa con la melena larga y morena ondeando tras ella al atardecer. No era psicóloga de formación. Había estudiado Administración de Empresas. Pero la competencia feroz y la lucha constante por avanzar en su carrera profesional la habían dejado agotada, como ella misma decía, y por eso, ya bien entrada la edad adulta, se había formado como terapeuta familiar, entrenadora personal e instructora de yoga y meditación. Ofrecía tratamientos para un montón de dolencias, que estaban ahí listadas, todas juntas. Estrés, inquietud, problemas del sueño, problemas de convivencia, problemas sexuales, ansiedad, trastornos alimentarios, autolesiones, no había problema que no pudiera solucionar ni dolencia que no pudiera sanar y tenía planes de tratamiento para parejas, familias, hijos adultos y sus padres. Esto último me llamó la atención.

«El niño siempre tiene la razón —decía—. Da igual que el "niño" tenga noventa años: siempre tiene la razón. En una conversación entre padres e hijos, incluso si estos últimos son adultos, siempre se

debe dar más peso al punto de vista del niño. Escuchar la versión de los hijos sin defenderse puede ser un reto para los padres, pero los padres —consciente o inconscientemente— tienen el poder sobre los hijos y para mantener una buena relación, los padres tienen que estar dispuestos a escuchar y a hacerse cargo de sus errores. Puede resultar difícil, pero es necesario para construir una buena relación.»

La web enlazaba a una entrevista en *Dagens Næringsliv* en la que contaba que había roto con su familia hacía unos años y que eso era lo que le había hecho darse cuenta de lo mucho que podía aportar en ese tipo de contextos.

Evidentemente, asistí a la cita con la terapeuta. Si Sigurd me hubiera pedido que nos viéramos en casa de una vidente o incluso en un taller de fontanería, también habría asistido. Vale, Sigurd no quería tener contacto conmigo, con eso podía vivir, ya había vivido con ello durante mucho tiempo. Pero no saber por qué me estaba comiendo por dentro. Si pudiera quedar con él, en las circunstancias que fueran, al menos tendría la esperanza de que me diera una explicación.

La consulta de la terapeuta estaba en el primer piso de un antiguo edificio de viviendas en Ullevålsveien, con vistas al parque de St. Hanshaugen. Tenía una sala de espera en condiciones y ningún mueble de IKEA. Por el contrario, había plantas, butacas de teca y luz tenue. Había llegado con tiempo y Sigurd todavía no estaba allí, así que me senté y eché un vistazo a mi alrededor.

En la pared había poemas y sabias palabras ilustradas con acuarelas en tonos pastel, y en un rincón había una cesta con esterillas de yoga. En la mesita, también de teca, había una vela perfumada con un aroma exclusivo. Tanto la mesa como las butacas parecían clásicos del diseño de los años cincuenta o sesenta y de algún lugar salía una sutil música de jazz ambiental. Estaba claro que yo tenía mucho que aprender, al menos en lo que respecta al diseño de interiores. Pensé en los viejos muebles de IKEA de mi consulta, en el techo con esos cegadores focos de los años noventa y en la pintura desconchada de las paredes. Yo, que en su momento estaba tan interesada en ordenar la casa de mi madre, ni siquiera

era ya capaz de mantener el orden en mi propia consulta. Ni en casa tampoco.

A las tres en punto, Sigurd entró en la sala de espera, y en ese mismo momento se abrió la puerta de la consulta y la terapeuta, a quien reconocí por las fotos de su web, aunque estaba un poco mayor y le habían salido canas, nos sonrió y dijo:

—¡Bienvenidos!

La terapeuta estaba morena y fibrosa, llevaba ropa de yoga de color azul claro ajustada al cuerpo, y mientras entramos y tomamos asiento, pensé en que seguramente Sigurd se había quedado fuera esperando a que faltaran treinta segundos para las tres en punto, para no tener que estar a solas conmigo.

La consulta era aún más agradable y elegante que la sala de espera. Las ventanas que daban al parque de St. Hanshaugen estaban enmarcadas por enredaderas. En la pared había máscaras africanas, en el suelo había una gruesa alfombra blanca y entre los dos sofás de color mostaza, una mesa de cristal. Sobre la mesa de cristal había una caja de pañuelos, pero estaba escondida en una caja de metal, de manera que los pañuelos asomaban sin que se viera la fea caja de cartón. Tengo que comprarme una de estas, pensé, y a partir de ahí ir cambiando todo lo demás.

Todo esto me pasó por la cabeza mientras me temblaba el cuerpo.

Nos sentamos. Sigurd y yo en un sofá, la terapeuta en el otro. La terapeuta nos miró y siguió sonriendo. Tenía algo raro en la cara, las mejillas extrañamente redondas y brillantes. Las comisuras de los labios se elevaban hacia arriba y parecía que estuviera siempre sonriendo. Tenía que haberse hecho algo, un *lifting* o algo parecido.

—Me gustaría que me contarais por qué estáis aquí —nos dijo—. ¿Quieres empezar tú, Sigurd?

Y Sigurd se lo contó. No era nada nuevo, pero ahora al menos podía juntar todas sus quejas. Me imponía, no aceptaba un no por respuesta, me había burlado de Silje en la pizzería, le había regalado ropa rosa a Sofie a pesar de que sabía lo importante que era para Silje que la ropa de Sofie fuera neutra y, por último, pero no por ello menos importante, había puesto a toda la familia en su contra.

La terapeuta no paraba de asentir con energía y de rellenar el silencio con muletillas.

«Mmm… claro… mmm… ya veo, ya veo… sí, lo entiendo perfectamente…»

«Cállate», me habría gustado decirles a los dos, pero especialmente a la terapeuta, porque me di cuenta de que su respuesta activa y entusiasta animaba a Sigurd, que se iba encendiendo cada vez más. Puede que fuera una técnica suya, como cuando te metes los dedos en la garganta —sácalo, sácalo todo, ponlo sobre la mesa—, y puede que la hubiera infravalorado.

Pero dejé las manos cuidadosamente apoyadas en el regazo mientras Sigurd seguía diciéndome que no había respetado su deseo de estar solos y que había interrogado a Martin sobre ellos, porque eso era lo que le había dicho Martin.

Había sobrepasado sus límites una y otra vez.

En ese momento, no pude contenerme más.

—Pero ¿cuáles son esos límites?

—Por ejemplo, que no queríamos visitas en el hospital.

Me lo quedé mirando un buen rato. Me preguntaba qué tipo de trampa podía ser aquella.

—Pero ¡si nos invitasteis vosotros!

—Nos sentimos presionados.

—Pero ¿cómo os ibais a sentir presionados si ni siquiera os preguntamos si podíamos ir?

—Era muy consciente de la intensidad con la que queríais ver a Sofie, y eso me molestaba.

—Pero todos los demás os fueron a ver. Los padres de Silje iban y venían cuando querían. Hasta su hermana fue a veros al hospital.

—¿Cómo sabes…?

—La madre de Silje lo puso en Instagram.

—El asunto es que nunca lo vas a entender, y ese es el problema, que no me entiendes y nunca me has entendido.

En este momento, se echó a llorar. Lloraba tanto que le temblaba todo el cuerpo.

La terapeuta le acercó la caja metálica de pañuelos. ¿Compraría los paquetes de pañuelos donde yo compraba los míos, a granel en

Europris? ¿Y qué habrían dicho Sigurd y la terapeuta si supieran que estaba pensando en el precio de los pañuelos mientras él lloraba?

Cuando Sigurd se recompuso, dijo:

—Nunca me he sentido bien en mi propia familia. Siempre he estado triste, cansado, agotado. Nunca me ha resultado agradable estar con vosotros y, desde pequeño, siempre he querido marcharme. Solía fantasear con que era adoptado.

—Pero ¿por qué no has pensado en todo esto hasta ahora? Yo nunca había oído nada de esto hasta… —Estuve a punto de decir «hasta que conociste a Silje», pero en el último segundo conseguí corregirme—. Hasta hace muy poco.

Se hizo el silencio. Finalmente, la terapeuta dijo:

—Tal vez podrías contarnos algo más sobre esto, Sigurd.

—Suelo evitar el conflicto y yo…

—Pues no lo parece —le interrumpí—. Y esto no me cuadra de ninguna manera. Me gustaría que me lo explicaras en condiciones, Sigurd, para que pueda quedarme tranquila. Estoy hundida, no duermo por las noches y…

Aquí intervino la terapeuta:

—Por muchas cosas que los padres hayan hecho por los hijos a lo largo de los años, no les pueden pedir nada a cambio. Si a una hija o un hijo adulto les resulta difícil y agotador pasar tiempo con sus padres, están en su derecho de romper el contacto con ellos. Y recuerda, Sigurd: no eres responsable de los sentimientos de tu madre.

Oí lo que decía y mantuve la mirada fija en Sigurd.

—Pero si estuviera gravemente enferma, ¿cambiaría la situación?

Sigurd sonrió y negó con la cabeza, como si yo estuviera exagerando y fuera una histérica.

—El caso es que no estás enferma —respondió él.

—No, si ya tenemos agua.

—¿Qué?

—Déjalo.

Cuando Harald terminó la carrera, trabajó un tiempo instalando fuentes en la Tanzania rural. Cuando terminaba de instalarlas,

intentaba enseñar a los vecinos a ahorrar agua, porque si no les decía nada, ellos la dejaban correr. «Pero ¿qué problema hay? —decían, abriendo el grifo para que saliera el agua—. Si ya tenemos agua, ¿no?» Sigurd tenía los brazos cruzados y la mirada fija en cualquier otro sitio que no fuera yo. Me incorporé un poco en el sofá e intenté establecer contacto visual.

—Solo quiero saber qué piensas del futuro. La vida cambia y todo el mundo se hace mayor y se pone enfermo. Yo te he parido y te he criado, te he cuidado…

—Creo que tenemos que parar aquí —dijo la terapeuta—, porque esto me resulta muy interesante. Me encantaría saber qué más crees que Sigurd os debe a ti y a tu familia.

—¿Mi familia? También es la suya.

La terapeuta levantó la mano para frenarme.

—Creo que deberíamos evitar culpabilizar al otro.

—No pretendo culpabilizar a nadie. Lo que pasa es que no entiendo que las relaciones familiares puedan terminar así, sin una razón válida. Y que los cuidados solo vayan en una dirección.

La terapeuta inclinó su rostro operado.

—¿Y cuál te parecería una razón válida?

—Algo que pudiera entender. Si él, por ejemplo…

—Sigurd está aquí sentado con nosotras —me interrumpió la terapeuta—. Deberías dirigirte a él.

Miro fijamente a Sigurd.

—Me pregunto qué piensas del futuro. ¿Crees que te has liberado de mí por completo, ahora y para siempre? ¿Que si estuviera enferma…?

—Pero no lo estás —me interrumpió Sigurd—. Así que ya lo hablaremos cuando llegue el momento.

—¿Cuando llegue el momento de qué?

La terapeuta nos interrumpió de nuevo, como hacía siempre que Sigurd empezaba a quedarse sin respuestas.

—Creo que lo importante para Sigurd ahora mismo es que se le permita sentir lo que siente, sin pedirle explicaciones. ¿No es cierto, Sigurd?

—¿Por qué? Ha cortado el contacto conmigo, sus decisiones

tienen consecuencias para mucha gente y debería darme una explicación, ¿no? Al fin y al cabo soy su madre.

Ahora me tocaba a mí llorar. El llanto me subía por la garganta como si fuera vómito, imposible de parar. La terapeuta me acercó la caja de pañuelos y me di cuenta de que cuando Sigurd lloraba, arrugaba el rostro en un gesto empático, como si el dolor y el llanto de Sigurd también fueran suyos. Mi llanto, sin embargo, lo observaba con una media sonrisa indulgente, y tras esa sonrisa percibí algo más, tal vez alivio por encontrarse en el lado correcto de este conflicto, es decir, por estar en el mismo bando que el niño, que siempre tenía razón. Ella misma era una niña que había cortado el contacto con sus padres. Dicho con otras palabras, este era el último sitio al que Sigurd y yo tendríamos que haber acudido. Una vidente o un fontanero nos habrían ofrecido un tratamiento mejor y más justo.

—Siento que no te intereso demasiado como persona —dijo Sigurd. Se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y miró fijamente el suelo, como si no soportara mirarme mientras lloraba—. Que no te intereso de verdad. Ahora que he tenido una hija, muestras interés, pero lo que te interesa no soy yo.

—¿Y eso cómo lo sabes? —le dije.

—No tengo que darte explicaciones —prosiguió—. Soy el hijo en esta relación y, por lo tanto, no tengo ninguna responsabilidad. Tienes que hacerte cargo de tus actos.

La terapeuta asentía y yo miré a Sigurd, un hombre adulto con barba y una pareja e hijos y un trabajo en condiciones.

—Siento mucho oírlo —me limité a decir, porque estábamos dando vueltas a esas trivialidades insulsas y empezaba a darme cuenta de que no me iba a dar una explicación en ese momento y que probablemente no me la diera nunca. Tendría que aprender a vivir con eso.

Al final, le pregunté directamente si creía que había alguna esperanza para nosotros.

—Ya veremos cuando se solucionen las cosas.

—Pero ¿qué hay que hacer para que se solucionen? —dije sin dejar de llorar—. ¿Qué puedo hacer yo?

—Creo que Sigurd podrá responderte cuando todo lo que está sintiendo se coloque en su sitio.

Sentí que llegaba la migraña, como una cinta apretada alrededor de la cabeza.

—No puedes exigirme nada —dijo Sigurd—. Y para que quede dicho: yo tampoco pienso exigirte nada. No necesito nada de tu familia. Ni en un sentido práctico ni económico.

—Pero mi familia también es tu familia.

—Ya no.

Sigurd se puso recto y carraspeó, como si quisiera hacer un anuncio importante. Entonces, con tono formal, el que se usa para dar un discurso, dijo lo siguiente:

—Escúchame, y voy a decirlo alto y claro para que me entiendas. Ya no quiero tener contacto contigo ni con nadie de tu familia. Y quiero que lo respetéis y que me dejéis en paz a partir de ahora.

Me lo quedé mirando. Sus palabras no me alcanzaban, todo era demasiado surrealista. Además, en el fondo sabía, y lo había sabido siempre, que Sigurd quería que acudiera a la cita con el único propósito de «romper de manera civilizada», como había dicho un cliente mío una vez.

Hice un último intento.

—Pero si tengo que dejarte en paz, como dices, tendré que saber por qué, ¿no?

—Como ya te he dicho, no me corresponde explicarte nada. Si tú no sabes por qué es… eso ya es una señal de…

—¿Una señal de qué?

—Sigurd no tiene por qué explicarte nada —dijo la terapeuta, solícita—. Por desgracia, así es.

—Así que así es —dije—. Que yo no entienda por qué no quieres tener contacto conmigo es en sí mismo parte del motivo por el cual no quieres tener contacto conmigo.

Sigurd miró a la terapeuta y asintió sutilmente.

13

Tuvo que ser más o menos en este momento cuando sentí que empezaban a cambiar las cosas. Ya no estaba dispuesta a sacrificar lo que fuera para estar en contacto con Sigurd y su pequeña familia. Pronto sería padre de nuevo, porque Silje volvía a estar embarazada. Al parecer, esta vez iba a ser un niño, me dijo Martin, pero también podría haber estado hablando de un antiguo vecino que se había mudado a otro sitio hace mucho tiempo. Ahora sabía que no tenía sentido insistir. Sin embargo, seguí intentando establecer contacto con Sigurd, pero sobre todo para guardar las apariencias.

Cuando nació el bebé, les mandé un regalo, un trajecito de bebé, pero comprado, no hecho a mano esta vez, de un color verde neutro, nada parecido al azul, y con una tarjeta completamente neutra también: *¡Felicidades por el hermanito!*

Unas semanas más tarde, recibí una tarjeta de agradecimiento con una foto del bebé en la que Sigurd había escrito: *Hola, abuelita, muchas gracias por el conjunto. Saludos, Jonas*.

No contesté, en realidad tampoco había nada que contestar. Sigurd quería que de alguna manera existiera como abuela en el universo de esos niños, pero no tendríamos contacto, al menos no más allá de algún encuentro en una cafetería dentro de un par de años, tal vez, cuando Jonas tuviera la edad suficiente para preguntar por la familia de Sigurd, tras haberse dado cuenta de que los demás niños de la guardería tenían dos abuelos y dos abuelas y familia por parte de padre y de madre.

Medio año después de que naciera Jonas, recibí una invitación de

boda en el buzón. El resto de la familia también estaba invitada. Y entonces lo entendí. Nos llamarían cuando fuera necesario, y quedaría muy raro que no hubiera ningún representante de la familia de Sigurd en su propia boda.

«Solicitamos confirmación antes del 1 de abril», decía en la invitación de la boda, que se celebraría a mediados de junio.

Yo no sabía qué responder y las semanas iban pasando. ¿Tenía ganas de ir? Para nada.

Un día, recibí un mensaje de Sigurd: *¿Tienes pensado asistir a la boda? Nos vendría bien una respuesta.*

Después de escribir unas treinta versiones, le mandé lo siguiente: *Pero ¿tú quieres que vaya? No entiendo qué quieres. Has cortado el contacto conmigo y aun así me invitas a tu boda. Me resulta raro ver a Jonas por primera vez en la boda y a Sofie solo la he visto tres veces. ¿Hay alguna posibilidad de que nos veamos antes?*

La respuesta llegó enseguida: *No, lo siento. Ya tenemos demasiadas cosas que hacer.*

Unos días más tarde me escribió: *¿Vienes o no vienes?*

Yo le respondí: *¿Tú quieres que vaya?*

Entonces volvió a hacerse el silencio.

Los días fueron pasando. Una semana más tarde, le escribí: *Si no quieres que vaya, ¿por qué me invitas? ¿Es como aquella vez del hospital, que me invitaste para que te dijera que no gracias?*

La respuesta llegó acto seguido: *¿Cómo puedes pensar eso?*

Yo: *Me resulta un poco raro asistir a la boda cuando sé que nada va a cambiar después.*

Unos días más tarde llegó una respuesta.

He abandonado la esperanza de que podamos encontrar una solución y he decidido que no quiero más.

¿Que no quiere más qué? Ya había roto conmigo. ¿Significaba esto que había tenido una oportunidad, pero me la acababa de cargar?

Como de costumbre, inspeccioné el historial de mensajes para averiguar en qué momento había metido la pata.

Un año después de la boda recibí un mensaje de la nada: que si quería quedar con Sigurd y Sofie en una cafetería de Torshov el miércoles siguiente a las cuatro.

Sí, claro, respondí. Esa vez también tuve que cancelar las citas de un par de clientes y el miércoles siguiente me presenté a la hora convenida en el lugar acordado.

Para asegurarme de no llegar tarde, llegué diez minutos antes de la hora, pero cuando ya eran casi las cuatro y media y ellos aún no habían aparecido por allí, le mandé un mensaje a Sigurd: *¿Habíamos quedado hoy?* Y enseguida obtuve una respuesta: *Vamos un poco tarde. Llegamos enseguida*.

Me arrepentí de todo. Aun así, me quedé sentada, porque si me iba en ese momento, él podría hablarle a Sofie de aquella vez que íbamos a ver a la abuela, pero ella se había marchado. Y si hubiera rechazado su propuesta de quedar, podría interpretarse como que no estaba poniendo de mi parte para arreglar las cosas.

A las cinco menos diez, llegaron caminando. Yo estaba sentada junto a la ventana y los vi acercarse por la acera: Sigurd empujando una sillita con Sofie de la mano. Tenía el pelo aún más largo que antes, pero se había quitado la barba. A Sofie la reconocí por las fotos que Martin me mandaba de vez en cuando. Cuando le mandaban fotos a Martin, tenía que reenviármelas. Teníamos ese acuerdo.

De pronto, Sofie frenó en seco y se negó a seguir andando. Y cuando Sigurd intentó cogerla en brazos y sentarla en la sillita, ella se retorció hacia atrás y se puso a chillar. Oía sus gritos desde la cafetería. Sigurd se agachó y trató de tranquilizarla, lo cual parecía alterarla aún más, porque en ese momento ella le dio una bofetada. Él se quedó tan tranquilo y dejó que le golpeara.

Cuando por fin entraron por la puerta, eran las cinco.

No me levanté para acercarme a ellos. En lugar de eso, me quedé sentada y los saludé con la mano.

Qué impresión me daba verlos después de tanto tiempo. Tragué saliva una y otra vez, pero la saliva me seguía inundando la boca.

Bueno, ahora hay que comportarse con normalidad, dijo mamá.

Lo que no entiendo es por qué ha querido quedar conmigo justo

ahora, respondí.

Pero enseguida tendría una respuesta, porque en cuanto entraron, Sigurd se acuclilló y miró a Sofie mientras me señalaba con el dedo.

—¿Ves? Esa es mi mamá. Esa señora que está ahí sentada es tu abuelita. Porque tienes dos abuelitas, como yo te había dicho.

En ese momento pensé que podría levantarme.

—Hola, Sofie —dije.

—¡NOOO! —aulló Sofie y se dio la vuelta.

Una reacción completamente normal, pensé. No me conoce, no me ha visto nunca.

—Hola, mamá —dijo Sigurd, alto y claro, o bien para que Sofie entendiera que esa señora era realmente su madre o bien para dejar claro que se me había «olvidado» saludarle.

Después intentó —entre todas las opciones posibles— darme un abrazo. Cuando me retiré instintivamente, se me quedó mirando con una expresión de dolor en el rostro.

¿A qué me recuerda esto? Algo se revolvió en mi memoria, pero desapareció antes de que pudiera entender de qué se trataba.

Sigurd se sentó al otro lado de la mesa, con Sofie en el regazo. La niña se agarró fuerte a él mientras me miraba fijamente, consciente de lo enrarecido que estaba el ambiente.

—¿Qué queréis? Voy a pedir algo. ¿Igual Sofie quiere un bollo?

—No, no, no queremos nada, no nos quedaremos mucho —dijo Sigurd.

Y fue entonces cuando recordé que mamá solía quedarse quieta como un tronco cuando intentaba darle un abrazo. ¿Me había convertido en mi madre? ¿Era eso lo que había pasado?

Sí, dijo mamá desde ahí dentro. Y tú que pensabas que te ibas a librar.

No, no, esto es otra cosa, es una situación completamente distinta, no puedes comparar…, protesté con esa voz que siempre intenta explicar, echar balones fuera, suavizar las cosas. Pero sabía que tenía razón y que la historia, de alguna manera, había dado un giro y había conseguido repetirse. Y qué más da la manera en que alcanzamos un estado concreto. Puede que haya fuerzas en el

universo que quieran que avancemos en una dirección determinada, sea como sea. Una persona se aferra mientras la otra se aleja, y en algún lugar, alguien se ríe de la situación.

—Tenemos que volver a casa a cenar enseguida, porque hoy no había quien sacara a Sofie de la guardería. —Sigurd habla con voz infantil y baja la cabeza para estar al mismo nivel que Sofie—. He tardado muchíííísimo rato en convencerte.

—NOOO —rugió Sofie y le dio una bofetada.

—Pero ¿a que te ha gustado saludar a la abuela?

Como respuesta, la niña le golpeó de nuevo en la cara, con más fuerza esta vez.

—Uy, uy. ¿Estás muy cansadita, cariño?

Sigurd se volvió hacia mí.

—Solo quería que te saludara, pero parece que ha tenido un día difícil.

Sofie le volvió a sacudir en la cara, esta vez con el puño. Le golpeó la nariz con una fuerza sorprendente y como Sigurd siempre ha sangrado con facilidad por la nariz —de pequeño bastaba una ráfaga de aire para que la sangre le brotara a borbotones— me levanté automáticamente y volví con un montón de servilletas de papel. Sigurd se las puso en la nariz e inclinó la cabeza hacia atrás.

—¡Uy, uy, uy! Pero ¿qué te pasa, mi amor? ¿Está muy muy muy cansadita la princesa de papá?

—NOOO —aulló Sofie e intentó darle otro golpe, pero Sigurd le agarró las manos y ella se calmó al instante. En vez de pegar a su padre, se quedó mirando la sangre que iba tiñendo de rojo el montón de servilletas.

Pero enseguida perdió el interés y empezó a mirarme a mí. Me miraba de arriba abajo, como hacen los niños pequeños, y busqué dentro de mí una conexión con esa niña, que se parecía y al mismo tiempo no se parecía a Sigurd, pero no sentí nada. Me imaginé que Sigurd vivía en Australia, porque entonces habría sido completamente normal que no la hubiera visto hasta ese momento.

No, porque en ese caso les habrías ido a ver una, dos o hasta tres veces, dijo mamá. Y habríais hablado por teléfono varias veces a la semana y le habrías hecho regalos de cumpleaños y de Navidad a

Sofie y ella al menos sabría quién eres. No serías una anciana desconocida que no para de mirarla.

—¿Quiere decir esto que quieres que retomemos el contacto? —se me escapó.

Sigurd suspiró.

—¿Es necesario…? A ver, solo quería que te conociera. Eso es todo. Últimamente se interesa mucho por sus abuelos, la madre de su madre, el padre de su madre, todo eso, y el otro día a la madre de Silje se le ocurrió que Sofie debería conocerte para que entendiera que yo también tenía madre.

También tenías que dejarme claro que no ha sido idea tuya, pensé.

—¿Que tenías…?

—Sí, bueno, que tengo.

Me costaba respirar y de nuevo fingí que era una tarde normal y corriente y un encuentro normal y corriente con mi hijo y su hija. Puede que tuviéramos algo de lo que hablar, un cumpleaños, unas vacaciones, una cena o puede que solo quisiéramos vernos.

De nuevo, busqué en mi interior un poco de cariño o al menos algo de interés por la criatura violenta que estaba sentada al otro lado de la mesa, pero no encontré nada más que un profundo cansancio y unas ganas locas de que todo terminara para poder irme a casa y estar sola.

Y de pronto ya no podía más. Me di cuenta de que tenía que marcharme, porque si no pasaría algo horrible. Miré el reloj de la pared y fingí que acababa de acordarme de algo.

—¡Ay! —exclamé—. Se me había olvidado que tengo una consulta telefónica enseguida, dentro de diez minutos. Lo siento. Pero me ha gustado veros. ¡Recuerdos a Silje!

14

Cuando vuelvo a encender el móvil, me llegan dos nuevos mensajes.

¿Puedes coger el teléfono?

Tengo que hablar contigo.

Con el móvil en la mano, entro en casa para comer algo. Mientras unto mantequilla en una rebanada de pan, llega otro mensaje.

Necesito ayuda.

Dejo el pan en la encimera. Me sirvo un vaso de agua y me lo bebo de un trago.

Tienes que contestar, dice mamá.

Tengo clientes hasta las seis, escribo. *Pero podemos vernos en el Egon de Ullevål Stadion a las siete, ¿vale?*

La respuesta llega enseguida:

Ok.

A las siete menos cuarto consigo salir de la consulta y, como no pasa ningún autobús, acabo caminando hasta allí. *Llego un poco tarde,* le escribo a Sigurd mientras camino. *No problem,* responde. *Estoy sentado al fondo.*

A las siete y veinte cruzo la puerta del restaurante. Lo veo enseguida.

—Hola, mamá —dice y se levanta.

Me sonríe y me da un abrazo, como si nos hubiéramos visto la semana pasada. Tiene buen aspecto, igual de bien vestido que siempre y con su barba rubia muy cuidada. Además, huele bien.

—Hola —le digo.

Se queda de pie y me mira unos segundos más de lo necesario, «qué vieja está», lo oigo tan claramente como si lo hubiera gritado y en ese mismo instante es como si una ola de incomodidad le recorriera el cuerpo, una pequeña onda en el agua que luego desaparece. ¿Eran imaginaciones mías?

Bueno, dice mamá. Así es como me mirabas tú a mí. Ahora sabes lo que se siente.

—¿Qué quieres tomar? Voy a pedir. ¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo?

—Ya he cenado —le digo, aunque no he comido nada desde el desayuno—, pero una cerveza sí que me tomo.

Sigurd señala la mesa con la cabeza. Hay un vaso de cerveza vacío.

—¿Una pinta?

—Sí, genial.

—¿Nada de comer?

—No, gracias.

Se acerca a la barra a paso ligero. En este local no hay servicio de mesa. Antes veníamos a menudo, toda la familia. Y cuando mis hijos se independizaron, a veces veníamos a comer cuando volvían de visita. Han pasado siglos desde la última vez y, por otra parte, yo ya no salgo.

En las estanterías abiertas que dividen el oscuro local, hay instrumentos musicales, utensilios de cocina de madera, un globo terráqueo, un costurero. Del estante superior cuelga un juego de palos de golf. Al otro lado de la estantería hay dos mujeres de mi edad. Su mesa está llena de platos y vasos y, por la manera en que me miran, sin disimular ni un poco, me queda claro que están bastante borrachas. Puede que no vean a sus hijos adultos todo lo que les gustaría y me miran fijamente con una mezcla de envidia y admiración, porque aquí tenemos a una madre, una madre enfadada y de bastante mal humor, mal vestida, además, despeinada y con el pelo recogido en un moño, y esta tipa ha salido un viernes por la noche con su hijo, que es guapo y agradable y educado, ¿y por qué no está más contenta, más entusiasmada, más agradecida? Ellas lo estarían.

Sigurd vuelve con dos cervezas que apoya en la mesa. Después desaparece de nuevo y regresa con un plato con unas porciones de pizza y un bol con una salsa.

—No he comido nada desde el desayuno —dice y moja un trozo de pizza en el bol—. Coge lo que quieras.

—No, gracias. Acabo de cenar.

Sigurd sonríe y niega con la cabeza mientras mastica.

—No tengo nada de apetito últimamente. Ayer solo me comí una hamburguesa del McDonald's en todo el día.

Ni me río ni sonrío y enseguida es como si él se diera cuenta de lo fuera de lugar que está parlotear de esa manera y recompone el gesto y se muestra más serio.

—Tal vez te preguntes por qué he querido quedar contigo ahora, en medio de todo esto.

En medio de qué, me gustaría preguntarle, porque me siento como si estuviera sentada con un extraterrestre que habla un idioma completamente distinto al mío.

Arrastro la mirada al vaso de cerveza lleno, pero aún no me lo llevo a los labios. Sigurd da un buen trago al suyo y le tiemblan las manos. Me doy cuenta de que él también está más mayor que la última vez que nos vimos. Pero sigue igual de guapo, puede que esté más guapo incluso, como a menudo les sucede a los hombres que han tenido suerte con su físico: la edad les da un poso que antes les faltaba.

Hay algo más, dice mamá, porque tiene las mejillas sonrosadas y le brillan los ojos. Sí, le respondo, pero se ha tomado al menos una cerveza, así que seguro que es por eso.

Cuando Sigurd apoya el vaso en la mesa después de mediarlo de un sorbo, veo que tiene lágrimas en los ojos. ¿Ha llegado el momento de pedirme perdón? Ha tenido una revelación, por fin se ha dado cuenta de que…

—Bueno, pues… el asunto es que… Silje y yo hemos decidido… separarnos. —Se seca una lágrima con la servilleta—. Joder… espera un momento.

—Vaya —le digo—. ¿Y qué os ha pasado?

Aún no me entra en la cabeza que esté aquí sentada con Sigurd

en carne y hueso frente a mí. Hay que ver lo mucho que he pensado y cavilado, la de noches que me he pasado en vela y la de veces que he mareado a mi entorno y agotado a mis amistades hasta el punto de perder un marido por culpa de esta persona. Todas las preguntas sin responder, todas las noches que me desperté a las dos de la mañana y no conseguí volver a conciliar el sueño. «¿Y si lo dejan y él quiere retomar el contacto?», le decía a Harald en aquella época. ¿Qué hago entonces?

Es fácil deducir que Sigurd ha conocido a alguien. Por un lado está su aspecto cuidado, pero además tanto la estadística como la experiencia nos dicen que las mujeres sueltan a su pareja mientras que los hombres se agarran a la siguiente.

Sigurd da un buen trago a la cerveza.

—¿Te acuerdas de Inger Merete?

—Sí… La chica con la que estabas antes de estar con Silje, ¿no? ¿La de Bergen?

No le digo que sigo siendo amiga de Inger Merete en Facebook y que, además, la sigo en Instagram. Así, sé que Inger Merete viene de una buena familia de Bergen de toda la vida, que tiene dos hijas, que está casada con un economista que viene de una familia de al menos la misma alcurnia que la suya y que además se está especializando en pediatría en el Hospital Universitario Haukeland. También sé que en otoño celebraron el cuarenta cumpleaños del marido con toda la familia y su pandilla de amigos en un lugar que parecía un palacete en la Toscana. Sé hasta lo que comieron ese día —cochinillo asado— y lo que los ricos padres de Inger Merete le regalaron a su querido yerno: un fin de semana en Nueva York, con servicio de canguros incluido. Se sentaron todos juntos a la mesa bajo las parras, incluidos los cuatro abuelos, que tenían muy buena planta, y los niños, que habían ido pasando de regazo en regazo.

Sigurd se inclina sobre la mesa y se apoya la cara en las manos mientras que yo me inclino instintivamente hacia atrás. Pero Sigurd sonríe y me mira con los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas. Tiene que haberse bebido mucho más que una cerveza.

—Hace medio año me la encontré por casualidad cuando fui a Bergen a visitar a unos amigos y fue como si no hubiera pasado el

tiempo. Hablar con ella fue como… como volver a ser yo. Se me había olvidado lo bien que sienta eso. Lo sencillo y… agradable que es.

La sonrisa que se le dibuja cuando habla de ella es tan amplia que va de oreja a oreja, y deja a la vista los dientes tan blancos y regulares que ha tenido siempre.

Inger Merete, dice mamá. ¿Esa no era la que no lo entendía?

Pero entonces vuelve a ponerse serio. Se inclina hacia atrás y cruza los brazos.

—Y en cuanto a Silje… llevamos muchos años teniendo problemas. Y… bueno, no me había dado cuenta hasta ahora… no sé si debería decirlo… pero en fin… acabo de darme cuenta de esto: nunca he estado enamorado de Silje.

Mientras intento calcular cuántas veces he oído estas mismas palabras dichas sobre una persona con quien alguien decidió casarse y tener hijos hace muchos años, a duras penas consigo llevarme el vaso a la boca y dar unos tragos sin temblar demasiado, pero tengo que usar las dos manos.

Mientras habla, veo a ese ser que un día se escurrió de entre mis piernas. Me había imaginado tantas veces que retomaría el contacto conmigo. Tantas veces me había despertado de esos sueños.

Pues esto de que no tenía apetito no era porque te fuera a ver a ti, si eso es lo que te estabas imaginando, dice mamá.

Mientras Sigurd me cuenta lo controladora que es Silje, lo obsesionada que está con su propia familia y con ella misma y con sus cosas y lo mal que lo ha pasado él estos últimos años con ella, con su familia y cómo se acaba de dar cuenta de todo, pienso que en todos estos años en los que no hemos tenido contacto, en todo este tiempo Sigurd ha tenido una vida completamente normal, con los altibajos habituales. Una vida sin mí y, al parecer, una vida sin preocuparse ni inquietarse por lo que a mí me pasara.

Así que la vida ha seguido adelante, le digo a mamá. Y además parece que no tiene ningún remordimiento de conciencia ni siente ningún impulso de ayudarme ni ninguna de esas cosas que me pasaban a mí contigo.

Sí, responde mamá. Hay que ver lo pelma que te ponías con el ejercicio y la ropa y lo de que tenía que cambiar los muebles porque nada estaba…

—No entiendo qué tiene que ver todo esto conmigo —interrumpo a Sigurd, principalmente para no oír a mi madre—. A ver, me alegro de que te hayas puesto en contacto conmigo, claro. Y me da pena que os separéis. Pero ¿qué quieres de mí después de todos estos años?

Las dos mujeres del otro lado de la barra han dejado de hablar hace tiempo y ahora escuchan descaradamente.

—Bueno —dice Sigurd—. He estado pensando mucho en ello últimamente, en que tenía que volver a ponerme en contacto contigo, después de todo lo que ha pasado, y ese pensamiento, si te soy sincero, me ha sobrepasado bastante.

Asiento y le doy otro trago a mi cerveza. Ahora solo necesito una mano y ya casi no me tiembla el pulso.

—Pero llevo varios años yendo a terapia —prosigue— y siento que estoy en un lugar mejor, que tengo mucha más perspectiva y que puedo perdonar y olvidar de una manera totalmente distinta.

—¿Así que ahora me has perdonado? ¿Es eso lo que quieres decir?

Sigurd baja la vista a la mesa. Luego mira hacia arriba.

—Aún tengo trabajo por hacer. Pero estoy avanzando, de verdad.

—¿Avanzando en la tarea de perdonarme?

—Es importantísimo soltar. Eso es lo que estamos trabajando en terapia Vibeke y yo.

—¿Vibeke es la que nos atendió? La…

«La de las mallas de yoga», iba a decir, pero me contuve en el último segundo.

—Sí, llevo yendo a su consulta desde entonces.

—¿Y crees que te ha ayudado?

—Sí, totalmente.

—¿Te ha ayudado a soltar?

—Sí.

—¿Y a perdonarme?

—Sí.

—¿Perdonarme por qué?

Sigurd se cruza de brazos y niega con la cabeza.

—No. No empecemos con eso. Estoy en otro lugar. Me he esforzado mucho para superar todo lo que ocurrió aquella vez, cómo convenciste a la abuela para que se negara a recibirme en casa a menos que estuvieras presente, cómo pusiste a toda la familia en mi contra, cómo te comportabas, cómo te negaste incluso a asistir a mi boda…

—Llegados a este punto, deberíamos ponernos de acuerdo en qué sucedió primero —le interrumpo—. Porque no hay duda de que empezaste tú, ¿no? Que fuiste tú quien cortó el contacto.

Escúchame un momento, dice mamá. ¿Quieres respuestas y reparación y justicia y todas esas cosas con las que tanto das la tabarra o quieres un hijo?

Sigurd suspira.

Por no hablar de los nietos, dice mamá. ¿No eras tú la que estaba muy triste porque no te dejaban ser abuela?

Ahora son dos contra una y necesito más cerveza, así que apuro el vaso y se lo muestro a Sigurd. El suyo también está vacío.

—¿Pides otra ronda?

Sigurd se levanta sin decir nada.

—Pídeme una Brooklyn Lager, porfa —le pido a voces y sonrío a las dos mujeres, que retiran la vista de inmediato.

En ese momento me fijo por primera vez en la maleta que está junto al banco.

—¿No tienes dónde quedarte? —le pregunto a Sigurd cuando regresa.

—*Niet*. Silje me ha echado de casa. Se lo conté todo ayer, cuando se acostaron los niños. Inger Merete y yo habíamos acordado que hablaríamos con nuestras parejas a la vez, y que lo haríamos ayer.

—Así que era eso. Necesitas un sitio donde quedarte.

—Yo que tú lo vería como una muestra de confianza.

—Bueno, y ¿cuándo te va a dar Silje tu parte para que puedas

comprarte un piso nuevo?

Sigurd se bebe medio vaso de cerveza de un trago y se pone los brazos detrás de la cabeza.

—La casa es de Silje —dice, y la última palabra le sale con un estruendoso eructo, lo que hace que las señoras del otro lado de la estantería ahoguen un grito a coro, horrorizadas—. Ups, lo siento —añade Sigurd con una risita.

Me siento erguida en la silla.

—Quieres decir que la casa es en su mayor parte de Silje —le digo.

—No. Silje es la propietaria de la casa entera. Del cien por cien de la casa.

—¿De todo el adosado de Kjelsås? ¿Y cómo puede ser eso? Yo te ayudé a comprar el piso de Torshov. ¿Qué ha pasado con el dinero?

—Los padres de Silje le dieron un adelanto de la herencia y ella amortizó la hipoteca. Porque es lo que habíamos… bueno, es una larga historia. —Sigurd se rasca la barba—. Y no sé si me apetece…

—Adelante. Me interesa muchísimo que me lo cuentes.

—Bueno… pues… en primer lugar, el adosado. Silje estaba convencida de que teníamos que comprarlo, porque su hermana vive dos casas más allá. Por desgracia, había más gente interesada, así que acabamos con un préstamo altísimo. Pero hace un par de años, Silje recibió la herencia cuando sus padres vendieron una cabaña que tenían en Sørlandet que resultó valer mucho dinero. Ya solo la parte de Silje bastaba para amortizar la hipoteca y ahorrar un poco.

—Aun así no entiendo por qué no es tuya una parte de la casa. En su día te di medio millón de coronas, así que me gustaría saber qué ha pasado con ese dinero. ¿Te parece mucho pedir?

—No quiero discutir, ¿vale? No quiero discutir.

Me doy cuenta de que ha empezado a sorberse los mocos.

—¿Tenía Silje un piso que vendió también cuando os fuisteis a vivir juntos al piso de Sagene?

—No, no tenía ningún piso. Pero cuando compramos el piso de Sagene, Silje sentía que sería más justo que lo compartiéramos a partes iguales.

—Sí, ya me imagino que eso es lo que sentía.

Sigurd suspira.

—Vale, pero cuando nos dieron el dinero de la cabaña, que en realidad era una isla entera por la que les dieron una cantidad de dinero increíble, los padres de Silje querían que ella tuviera una casa propia, como es normal. Total, que cuando amortizó la hipoteca, tuvimos que ajustar el porcentaje de propiedad de la casa y así fue como terminé siendo propietario del diez por ciento. Fui yo quien propuso que me comprara mi parte, porque no tenía ningún sentido tener un diez por ciento a mi nombre, y así podría meter el dinero en un fondo de inversión para los niños. Y de repente tenía un millón en la cuenta.

—¿Y qué pasó con ese millón?

—Bueno… a ver… tuvimos que hacer reformas. Y fueron mucho más caras de lo que habíamos pensado, así que me lo acabé gastando todo. Se suponía que Silje me devolvería el diez por ciento, pero nunca llegamos a hacerlo. Luego pasó lo de Inger Merete y… bueno, pasó lo que pasó. Ahora pienso que ese millón de coronas es el precio que tengo que pagar para escapar de las garras de Silje. Y de las garras de su familia, es más. Y poco me parece. Casi diría que es una ganga.

—¿Y ahora no tienes nada?

—Los niños un día lo heredarán todo y eso es lo más importante, y no lo que uno tiene aquí y ahora.

Sigurd sonríe y levanta el vaso, que vuelve a estar vacío.

—No quiero ser el más rico del cementerio. Y además siempre me quedará la casa de mi infancia.

—¿Con la casa de tu infancia te refieres a mi casa?

—Sí. La que heredaremos Ragnhild y yo.

—La heredarán Ragnhild y tus hijos. Hace tiempo que te he quitado del testamento, así que cuando yo falte lo único que recibirás será la legítima. Pero como tú mismo has dicho, los hijos son lo más importante. Y si me muero antes de que sean mayores de edad, Ragnhild estará a cargo de todo.

—¿Qué?

Sigurd se me queda mirando boquiabierto.

—En su momento dijiste que no querías ninguna ayuda de nuestra parte, ni en un sentido práctico ni económico.

—Ya sabía que eras ruin, pero no sabía hasta qué punto. —Sigurd intenta levantarse, pero luego se rinde y se desploma en el asiento—. Bueno, a ver, en serio…

—Entonces, cuando dijiste que no querías ninguna ayuda de nuestra parte, ¿a qué te referías?

—Me refería a que no quería ningún apoyo económico en ese momento, dinero, préstamos, esas cosas. Pero desheredarme… Eso sí que no me lo habría imaginado. No pensé que llegarías a tanto.

Menea la cabeza despacio y se le caen las lágrimas. Se las seca con la manga del jersey.

—No entiendo el problema —le digo y doy un par de tragos a la cerveza. Sigo agarrando el vaso con una sola mano y ya no me tiembla el pulso—. Como la esperanza de vida de las mujeres noruegas es de ochenta y seis años, pensaba que para entonces serías solvente, mientras que los que necesitarían ayuda económica serían Sofie y Jonas.

Sigurd sigue negando con la cabeza al otro lado de la mesa.

—¿Y qué plan tienes con Inger Merete? —prosigo—. Vive lejos, en Bergen, concretamente. Y tiene dos hijos pequeños y mucha familia y una buena carrera profesional en Haukeland. ¿Habéis pensado en cómo vais a manejar la logística?

—¿Cómo sabes tantas cosas sobre Inger Merete?

—Me lo acabas de contar —le digo y levanto las cejas mientras oigo a mamá ahí tumbada, riéndose.

Sigurd se queda mirando la mesa.

—Yo puedo trabajar desde cualquier sitio —dice en voz baja—. Así que el plan es estar en Bergen y en Oslo en semanas alternas. Y ambos tendremos custodia compartida.

—¿Y los cónyuges rechazados están de acuerdo?

—Cuento con ello. Pero no he podido hablar con Inger Merete. El trato era que ella hablaría con su marido anoche, pero no me coge el teléfono y no responde a los mensajes. —Sigurd me mira y traga saliva—. Seguro que está muy ocupada, hace guardias y no es la primera vez que no consigo hablar con ella.

—¿Así que contabas con poder irte a vivir conmigo? ¿Después de todos estos años?

—Esto es exactamente lo que Silje predijo que pasaría. Que reaccionarías así. Y para que quede claro, fue idea de Silje que me pusiera en contacto contigo.

—¿Y dónde has dormido esta noche?

—En un hotel. Silje y yo estuvimos hablando hasta las dos. Después me echó de casa y solo pude llevarme esta maleta de aquí.

15

—¿Qué es eso? —pregunta Sigurd y señala con la cabeza un par de coronas de flores secas y polvorientas que aún están colgadas en el pasillo. Cinco años más tarde, aún no las he quitado de allí.

—Son las coronas del funeral de mi madre.

Sigurd asiente y se dirige hacia las escaleras.

—Si no te importa, voy a subir a acostarme. Ha sido un día muy largo, por decirlo de alguna manera.

Sube la maleta por las escaleras. Está muy cómodo en casa, como si hubiera estado aquí hace poco y acabara de volver y todo estuviera bien y todo fuera normal.

Qué cruel has sido, dice mamá. «Son las coronas del funeral de la abuela», podrías haberle dicho, así es como se habla a los hijos, te pones a su altura y usas la palabra que usarían ellos para hablar de cualquier miembro de su familia, para que entiendan a quién te refieres.

Estoy mareada, seguramente por las cuatro cervezas que me he tomado, pero también porque todo esto es irreal y tengo que sentarme en una silla para quitarme las botas.

Y que no hayas quitado las coronas, prosigue mamá, es solo por pereza y dejadez, y no por una profunda tristeza, como intentas fingir. Porque ya sé lo que estás haciendo. No tienes secretos para mí.

Pues qué bien, le digo, que sepas todo lo que pienso. Así ya no tienes que fantasear e intentar adivinar las cosas. Por fin puedes relajarte.

Llevo mucho tiempo relajada, me contesta. Estoy tan a gusto

aquí dentro. No te preocupes.

Me meto en la cama vestida y no me despierto hasta las nueve por los gritos que vienen del piso de abajo. Bajo corriendo las escaleras y me quedo parada en el marco de la puerta de la cocina. Sigurd está junto al fogón y Sofie y Jonas, sentados cada uno en una silla. Sale humo de la sartén y la cocina es un campo de batalla. En la encimera hay paquetes de harina, cartones de leche, cáscaras de huevo, boles, jarras medidoras y un paquete de mantequilla que parece haberse derretido. Parte de la masa de las tortitas se ha escurrido de la encimera al suelo.

—Hola —digo, y se giran todos.

—Silje los ha traído en coche —dice Sigurd—. Me ha dicho que me los tengo que quedar este fin de semana. Espero que no te moleste.

—¿Quién eres? —pregunta Jonas.

—Es nuestra abuela —dice Sofie—. La conocí cuando era pequeña.

Me siento a la mesa, que está llena de comida. Hay huevos y tostadas y boles de gachas de arroz. Sofie pincha un huevo pasado por agua. Jonas mete las manos en un bol de gachas y antes de que pueda detenerlo hace una pelotita con las manos, como si fuera una bola de nieve, y se la lanza a Sigurd. Le aterriza detrás, en el muslo y le resbala por la pernera del pantalón.

Sigurd retira la sartén del fuego y se limpia la mayor parte de la plasta de arroz. Después se pone en cuclillas al lado de Jonas.

—Estás en un sitio nuevo al que no estás acostumbrado, Jonas. Nunca habías estado en esta casa y te da un poco de miedo y es normal. Es fácil asustarse y desorientarse en lugares nuevos. Pero papá está haciendo tortitas, enseguida estarán listas. ¿Puedes esperar un poco?

—NOOO —exclama Jonas y golpea la mesa y lo derrama todo—. Quiero con mamá —chilla dando patadas a mi silla—. ¡Quiero con mamá!

—Echas de menos a mamá y estás triste porque te gusta mucho estar con ella y por eso te gustaría que estuviera aquí —dice Sigurd.

Pone el plato de tortitas en la mesa, unta dos de ellas con mermelada, las enrolla y le da una a cada uno. Los niños mastican con entusiasmo.

—Qué bien que comáis un poco —dice Sigurd—. Coge una tú también —me dice y señala el plato con la cabeza.

Cojo un plato y un cuchillo, pero cuando me dispongo a untar mermelada en las tortitas, Jonas deja de masticar. Tiene la mirada perdida, aprieta los labios hasta que solo son una línea, se pone coloradísimo y suelta un par de gruñidos.

Todo termina tan rápido como empezó. La cara del niño vuelve a su color habitual, Jonas sigue masticando y una peste inconfundible inunda la cocina.

Retiro el plato hacia un lado, me levanto y abro la ventana del jardín.

—¿Sigue con el pañal? ¿No va a cumplir cuatro años?

—Queremos que decidan por sí mismos cuándo dejar los pañales —dice Sigurd—. Sofie tenía casi la misma edad cuando empezó a querer usar el baño. ¿Verdad, Sofie?

Sofie tiene la boca llena de tortitas y no responde.

—¿Así que Sofie solo lleva un año haciendo caca en condiciones?

Sigurd se inclina hacia mí y susurra:

—No nos gusta decir cosas como «en condiciones».

—¿Por qué no?

—Porque eso implica que usar pañales no es hacer las cosas en condiciones.

Levanta la vista y en tono normal añade:

—Está bien usar pañales y está bien ir al baño.

De nuevo, baja la voz y dice:

—De vez en cuando, Sofie quiere volver a usar pañales, porque Jonas también los usa, y le damos permiso para hacerlo.

—Te estoy oyendo —dice Sofie—. Pero yo solo me pongo pañales de noche, porque así no tengo que hacer pis en el baño por las mañanas y puedo hacer pis en la cama. A veces también los uso de día, porque a veces me apetece usarlos.

La miro. Se parece a Sigurd y a Ragnhild, puede que más a

Ragnhild, qué curioso, porque tiene la misma barbilla que ella y el gesto de la boca también lo reconozco, pero no veo que tenga mucho de Silje.

—¿No vas a empezar el cole el año que viene?

—Sí.

—¿Y vas a llevar pañales cuando vayas al cole?

—Si me apetece, sí.

—¿Y qué crees que dirán tus compañeros?

—Como te he dicho, dejamos que lo decidan ellos —dice Sigurd.

Durante un momento, se hace el silencio en la mesa. Todos menos yo están ocupados comiéndose las tortitas. La peste ya es evidente y cada vez que Jonas se mueve, un olor a heces inunda la habitación.

Miro a Sigurd.

—¿Te importa cambiar al niño?

—¿Quieres que papá te cambie el pañal, Jonas?

—No.

Siguen comiendo.

—¿Seguro que no quieres que te cambie el pañal, Jonas? —repite Sigurd, porque ahora le ha llegado el olor a él también.

—Nooo —ruge Jonas—. ¡Quiero más tortitas!

Sigurd se encoge de hombros y unta una tortita con mermelada.

Había visto fotos de Jonas, pero solo ahora me doy cuenta de lo mucho que se parece a Sigurd. Las facciones, las expresiones faciales, es como si tuviera delante a Sigurd cuando tenía su edad.

—Si quieres más tortitas tienes que dejar que papá te cambie el pañal —le digo.

Sigurd suspira y se levanta, coge en brazos a Jonas, que grita y patalea, y se lo lleva al piso de arriba.

—Papá dice que eres mala —dice Sofie.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuándo te ha dicho eso?

—No me acuerdo. Hace mucho. Pero me lo dijo.

—Pero, si soy mala, ¿por qué estáis aquí?

—Porque papá ha dicho que, como no tiene casa, tenemos que vivir aquí. ¿Me das otra tortita?

Le doy una tortita, un cuchillo y el tarro de mermelada. Se oyen

gritos desde el baño del piso de arriba.

—No, me la tienes que preparar y enrollarla como hace papá.

Hago lo que me dice.

—Gracias —dice Sofie y empieza a comer—. Yo no creo que seas mala.

Un poco más tarde, Sigurd pone a los niños delante de la tele del salón y se hace la calma. Mientras yo limpio y recojo, Sigurd da vueltas por la casa e intenta ponerse en contacto con Inger Merete.

—No entiendo por qué no contesta —dice mientras sube y baja las escaleras y entra y sale de la cocina. Cuando voy a poner el lavavajillas, entra y me enseña el móvil.

—Me está llamando —me dice—. Subo a tu habitación, ¿vale?

Asiento y pongo el lavavajillas. Limpio la encimera y la mesa y me pongo a barrer. De vez en cuando, echo un ojo al salón, donde los niños están viendo una peli de dibujos, concentradísimos. De vuelta en la cocina, oigo la voz de Sigurd, que sube y baja de intensidad, pero no consigo entender las palabras.

Sigurd baja por las escaleras y entra en la cocina.

—No ha hablado con él. Teníamos un acuerdo, pero solo me da excusas. Hoy su suegro cumple setenta y cinco años y se le había olvidado, pero no me lo creo. Creo que se ha arrepentido. —Se sienta en una silla—. Además, ahora me dice que no tiene nada claro, que no sabe si está bien hacerles esto a sus hijos, a su marido, a toda la familia. Dice que es como si durante las últimas veinticuatro horas se hubiera despertado. —Se inclina hacia delante y se apoya la cabeza en las manos—. No lo va a hacer. Estoy convencido.

—Necesito un café. ¿Quieres uno?

—Estoy helado —dice Sigurd—. Hace muchísimo frío en esta casa.

—No, solo estás en *shock*. Voy a buscarte un jersey.

Vuelvo con un jersey que Harald se dejó aquí cuando se fue de casa. Sigurd levanta los brazos y se lo pongo, como cuando era pequeño.

16

Es un jueves por la tarde de mediados de septiembre, estoy en la cocina mirando al jardín cuando baja Sigurd. Normalmente sé cuál es su estado de ánimo solo con oír sus pasos mientras baja por las escaleras.

Está mirando el móvil y sonríe.

—¡Qué bien huele! ¿Qué hay de comer?

—*Coq au vin*. Lleva cocinándose a fuego lento en la olla desde primera hora de la mañana.

Señalo con la copa la caja de vino tinto que está en la encimera.

—Hay vino. Sírvete si quieres.

—¡Qué bien suena todo! ¿Te importa que coma en el despacho? Tengo mucho trabajo pendiente.

—Claro. De todas formas, yo tenía pensado comer viendo la tele.

La semana que no están aquí los niños, solemos quedarnos cada uno en un piso de la casa, él en el despacho donde trabaja y yo en el salón, a mi aire. Se me había olvidado lo a gusto que se está sin niños.

—Antes tengo que tomarme un café, porque va a ser una noche larga —dice y llena el hervidor—. Voy a tener que trabajar hasta medianoche, por lo menos.

—Uy —digo yo—, pero entonces, igual puedes levantarte tarde mañana, ¿no?

Enciende el hervidor, una especie de aparato muy avanzado que tuvo que comprar porque el mío no tiene regulador de temperatura ni función de calentamiento ni nada por el estilo.

—Ya me gustaría, pero mañana está cerrada la guardería y le prometí a Silje que recogería a los niños por la mañana, aunque le toquen a ella esta semana. Por eso tengo que trabajar esta noche, para poder tomarme el día libre.

Vuelvo a mirar al jardín.

—Hay que volver a cortar el césped antes de que llegue el invierno. ¿Crees que podrías hacerlo en algún momento de este fin de semana?

—Lo intentaré, pero no te prometo nada. Los niños llegan el sábado.

Saca la minibáscula de cocina y pesa dieciocho gramos de café que compra en bolsitas pequeñas y delicadas por un precio que equivale a más de mil doscientas coronas el kilo. Con todo el café que toma, no entiendo cómo puede permitirse ese tipo de producto. Yo aún compro el café en el súper con ofertas de tres por uno y pago la cuarta parte de lo que paga él.

Cuando el molinillo deja de hacer ruido, le digo:

—Si los niños vienen mañana, que es viernes, y van a volver el sábado de todas formas, ¿por qué no se quedan a dormir mañana mismo?

Sigurd vierte el café molido en el pequeño portafiltro de porcelana blanca que va colocado dentro de una especie de matraz de vidrio. Sus utensilios para preparar café me recuerdan a un laboratorio de química.

—No. Ya sabes cómo es Silje. Además, el sábado es el día oficial para intercambiarnos a los niños.

—Pero cuando la guardería cierra en las semanas que te tocan a ti los niños, se pasan el día corriendo y chillando por el jardín y saltando en la cama elástica mientras yo tengo clientes en el garaje.

Sigurd se encoge de hombros.

—Tengo que hacer lo que ella quiera. No me queda otra. Sigue siendo muy difícil tratar con ella, como ya sabes.

El agua hierve y Sigurd la sirve del hervidor a una jarra de metal con un pitorro largo y fino. No entiendo por qué no se puede echar directamente sobre el café, pero parece que cuando el agua cae de ese pitorro largo y fino, se distribuye sobre los granos de café

molidos de una manera especial, según nos ha explicado Sigurd.

Hay que ver, dice mamá. Qué jaleo y qué de cosas que lavar para hacerse un café. ¿Qué será lo próximo? ¿Granos de café recolectados bajo la luna llena en la cima del Kilimanjaro? ¿Qué tiene de malo el café soluble?

Sigurd vierte un chorrito de agua sobre el café mientras mira atentamente el móvil. Tiene la cara más redonda y ha echado un poco de barriga, porque desde que ha venido a casa con los niños he vuelto a cocinar.

Mientras el café se va haciendo, se sienta a la mesa y se centra en el móvil, que vibra de vez en cuando.

—Tengo que comprar ternera en la granja ecológica de Ytre Enebakk la semana que viene. ¿Me dejas el coche? —le pregunto.

No responde. Se queda mirando fijamente el teléfono.

—Solo lo necesitaré durante un par de horas. ¿Hola?

—Mmm —dice como única respuesta.

—Se te está enfriando el café —le digo mientras me sirvo más vino.

Por fin levanta la vista. Me sonríe y yo le devuelvo la sonrisa automáticamente.

—¿Te importa que Inger Merete se quede a dormir mañana? Tiene un curso en Oslo este fin de semana y le han puesto un hotel, pero cree que podrá escaparse una noche.

Me siento a la mesa. Así que por eso no quería que los niños vinieran mañana a dormir.

—¿Va a venir a casa? ¿Te parece sensato?

—Sí, bueno, seguimos siendo amigos. Y vamos a dormir cada uno en una habitación, ya lo hemos hablado. Pero después de todo lo que ha pasado, tenemos que hablar.

—Te das cuenta de que no va a dejar a su marido, ¿no?

—No quiero que deje a su marido. No tiene nada que ver con eso.

—Reconozco una obsesión cuando la veo. Y tú estás obsesionado. La única manera de acabar con esa obsesión es cortar el contacto con el objeto de deseo y pasar el duelo, como cuando fallece un ser querido.

—Bueno, creo que estás…

—¿Que estoy qué? ¿Sobrepasando tus límites?

—Oye —empieza a decir Sigurd, pero le interrumpe la vibración del móvil.

Lo he pillado mirando precios de pisos de alquiler en Bergen, horarios de avión, tren y autobús a Bergen y, a veces, cuando está en el baño, me he colado en su despacho, que es el antiguo despacho de Harald, y en su enorme monitor he visto que toda la colección de pestañas abiertas en el navegador tiene que ver con Inger Merete y con todo lo que se puede averiguar en internet sobre ella y sobre su finísima familia. Su casa en Google Maps, fotos antiguas de cuando jugaba al balonmano de adolescente, rutas que se pueden hacer en la zona de Bergen o cualquier cosa sobre el Hospital Universitario Haukeland.

Cuando saco el tema de Inger Merete como el hecho desencadenante por el que se vino a vivir a casa, él lo niega todo, afirma que solo son amigos, y yo no quiero confesarle que he estado husmeando en su despacho. Porque, a pesar de que en general nuestra relación vuelve a ser como era antes, sigo mostrándome prudente con él. Pero ahora me he tomado dos copas de vino después de un exigente día de trabajo y por eso le digo lo siguiente:

—Vale. Digamos que estáis juntos. Que Inger Merete deja a su marido en Bergen. Y entonces, ¿qué? Tienes dos hijos pequeños y una ex furiosa en Oslo y además ella tendría dos hijos pequeños y un ex furioso en Bergen. Por no hablar de las dos grandes familias de alta alcurnia que os odiarían, sobre todo a ti.

Sigurd se me queda mirando boquiabierto, pero sus caras ya no me afectan.

—No te hagas el sorprendido —le digo y me sirvo más vino—. Lo de las familias de alta alcurnia me lo has contado tú.

Sigurd se levanta y está a punto de marcharse, pero después se vuelve a sentar. Ambos sabemos que esta vez no tiene ningún otro sitio donde ir, ninguna otra familia con la que huir. La familia de Silje lo ha excluido por completo. De un día para el otro, lo borraron de todas las redes sociales y de todos los chats familiares.

Se queda sentado con la mirada perdida.

—No te puedo prohibir que recibas visitas en casa —le digo por fin—. Eres una persona adulta. Y ella también. Pues claro que se puede quedar a dormir. Si tú crees que tiene sentido, por decirlo finamente. ¿Quieres una copa de vino?

Sigurd niega con la cabeza y después vuelve a levantarse.

—No, gracias. Tengo que trabajar.

Le paso la taza de café y enseguida le oigo subir despacio y a paso firme las escaleras.

Pero en cuanto me sirvo el *coq au vin* en un plato y me dispongo a sentarme en el sofá le oigo reírse bajito en el piso de arriba. Así que vendrá mañana por la noche. A menos que se arrepienta. No sería la primera vez. Varias veces había dicho que estaba de camino a Oslo y cambiaba de parecer en el último momento.

De vez en cuando, Sigurd y yo nos tomamos un vino juntos, cuando están aquí los niños y cuando no están, y una de esas noches aprovecho para intentar preguntarle por qué hizo lo que hizo. Al principio solo me daba las mismas explicaciones manidas y sin sentido, que estaba sobrepasando sus límites, que lo único que me interesaba eran mis nietos y no él y que yo no podía darle lo que necesitaba, fuera lo que fuera eso.

Pero entonces, una noche me dijo algo que elijo ver como una especie de explicación. Por lo menos es lo más cercano a eso que he podido conseguir. Recuerdo la conversación palabra por palabra, aunque en ese momento ya íbamos por la segunda botella. El caso es que se me pasó la borrachera de inmediato.

—En un momento dado se volvió difícil retroceder.

—¿Quieres decir que te resultó difícil echarte atrás? —Miré la copa y fingí estar más borracha de lo que estaba. Levanté la copa y la miré pensativa—. Como habías dicho todo lo que habías dicho… pensabas que igual no querría recibirte si de repente volvías, ¿no? —le pregunté.

—Tampoco es eso —me respondió Sigurd y se desperezó, como si estuviéramos comentando algo de lo que ya habíamos hablado innumerables veces—. Siempre supe que te alegrarías si volvía. Y lo

que dije es verdad, que no soy demasiado feliz en esta familia. La familia no se elige. Pero a la familia de Silje había que dedicarle mucho tiempo. Silje habla con su madre y con su hermana todos los días, fines de semana incluidos. Pasa todas las vacaciones con ellas. Al principio me parecía maravilloso sentir esa unión. A veces lo echo de menos, echo de menos ese ambiente. En nuestra familia cada uno hace sus cosas, por separado. Pero en contraprestación, no quedaba tiempo para hacer nada más. El fin de semana que estuve en Bergen y me encontré con Inger Merete fue la primera vez que veía a mis amigos desde que nacieron los niños.

Me como el *coq au vin*, pero aún no he encendido la tele. Del piso de arriba me llega la vocecita enamorada de Sigurd interrumpida de vez en cuando por una breve carcajada.

Cuando se vino a vivir a casa, al principio me daba miedo que yo misma fuera a reaccionar como algunos de mis clientes que han vivido una infidelidad: el cónyuge infiel ha puesto fin a la relación extramatrimonial hace mucho tiempo y la persona engañada sabe que lo mejor para todos, sobre todo para los hijos, es que todo siga igual que siempre. Ambas partes anhelan que todo vuelva a ser como antes. Y, sin embargo, no es posible. No porque la persona engañada no quiera, sino porque no puede.

Tenía miedo de haber desarrollado el mismo tipo de infección y, por lo tanto, de no ser capaz de convivir con él. Sobre todo tras esa primera noche en el restaurante, cuando dijo que se estaba esforzando por perdonarme, tuve miedo de que no se me pasara nunca. De que nuestra relación estuviera estropeada para siempre.

No lo escuches, dijo mamá en marzo de hace seis meses. ¿Cómo puedes tomarte en serio nada de lo que dice? Te ha dicho que traspasas sus límites y al mismo tiempo opina que no te preocupas lo suficiente.

Cuando voy por la mitad de la cena, le oigo bajar por las escaleras. Enseguida está asomado a la puerta.

—¿Puedes llevar a los niños a casa de Silje mañana a las cuatro?

Sigurd sabe que no suelo tener clientes los viernes después de comer, porque desde que se vino a casa he decidido bajar el ritmo

de trabajo, tanto porque él necesita ayuda con los niños como porque ahora somos dos personas que pueden compartir los gastos. Y aun así dudo antes de decirle que sí. En primer lugar, porque la idea de ver a Silje no me resulta especialmente tentadora, y en segundo lugar y más importante, porque no quiero facilitar la visita de Inger Merete.

—¿Viene mañana por la tarde? Pensaba que llegaría por la noche.

—Llega a cenar a las cinco. Dice que podrá escaparse para entonces. ¿Igual puedes hacer algo rico? ¿Osobuco? Le he hablado mucho de tu osobuco.

—Ha sobrado *coq au vin*.

—Vale, pero cambiando de tema. Había pensado ir a IKEA a comprar una cama un poco más grande para mi habitación. La vieja es demasiado estrecha y demasiado dura. Y abren hasta las diez.

—Creía que tenías que trabajar.

—Me da tiempo a todo.

—¿Y cómo vas a traer la cama? El coche no tiene portaequipajes.

—Te lo pueden traer a casa.

—Pero ¿por qué quieres cambiar la cama? Está hecha a medida para el cuarto de invitados. La hizo Harald a mano.

Bueno, dice mamá. Ahora tienes que plantarte. No puedes dejarle que haga estas cosas, que se ponga a cambiar los muebles en casa ajena.

—Ya lo hemos hablado —dice Sigurd—. Es una cama individual muy estrecha, y en el cuarto de los niños las camas también son estrechas, para que quepan bien en el cuarto. Había pensado…

—Habías pensado que necesitas una cama de matrimonio —le interrumpo—, porque tu buena amiga Inger Merete, con quien tienes una relación platónica, viene mañana.

Suerte con intentar evitarlo, dice mamá. Si no la dejas dormir aquí, se irán a otro sitio. ¿No tiene esa chica una habitación de hotel? Y si no, dormirán en una zanja.

Mi hijo suspira. Se agarra la cara con las manos y se tumba en el suelo y apoya las piernas en el reposapiés que va a juego con la

vieja butaca de Harald.

De adolescente hacía lo mismo: se tumbaba en el suelo y miraba hacia el techo. Y cuando era pequeño y había hecho una trastada y yo me enfadaba con él, se desesperaba y estiraba los brazos hacia mí y gritaba «¡MAMÁÁÁ!» hasta que lo cogía en brazos y él me apoyaba la cabecita en el pecho.

—No hay nada que hacer —me dice—. No va a dejar su vida en Bergen. Yo también lo sé. Lo tengo clarísimo.

Dejo a un lado el cuchillo y el tenedor y me levanto del sofá.

—Sigurd —digo y me acuesto a su lado—. Voy al cobertizo a buscar un martillo y una palanca, y cuando vuelvas de IKEA con la cama grande, la pequeña habrá desaparecido. ¿Te parece?

Sigurd se gira y me mira. Apenas treinta centímetros separan su rostro del mío.

—Gracias, mamá.

Se acurruca a mi lado. Le doy un abrazo y le beso la cabeza.

Bueno, bueno, dice mamá. Tampoco hace falta exagerar.

—Eres muy buena. Y siempre lo has sido —dice Sigurd en voz baja.

—Es verdad. Y mañana os hago osobuco.



Nina Lykke
(Trondheim, 1965) es una de las escritoras noruegas más destacadas de la actualidad. Su debut literario tuvo lugar en 2010, con el libro de relatos *Orgien, og andre fortellinger* (Orgía y otras historias). Gatopardo ha publicado sus novelas *Estado del malestar* (2020), que le valió el Premio Brage, el galardón más importante de su país; *No y mil veces no* (2021); y *No hemos venido a divertirnos* (2024). Sus libros se han traducido a diecinueve idiomas.

Sinopsis

Ida, terapeuta de parejas que va por su segundo divorcio, a menudo desearía haber nacido en otra época. Todo le saca de quicio. Se ha convertido en la típica señora que riñe a las personas que usan el manos libres o que apoyan los zapatos en el asiento del autobús. Pero ¿qué culpa tiene ella, si la gente es cada vez más inmadura e irresponsable? Desde su consulta, observa cómo el espíritu de los tiempos ha trastocado las relaciones: hijos que mandan y padres que obedecen; adultos que se comportan como adolescentes, eluden el compromiso o abrazan la última moda afectiva. ¡Ya no se tiene novio o novia, marido o mujer, sino «pareja»!

El problema es que a Ida no le va mejor que a sus pacientes. Su madre, con la que nunca acabó de entenderse, ha muerto; su marido la ha dejado por otra y su hijo la rehúye. Y entonces, justo cuando empieza a recomponerse, recibe un mensaje inesperado: «¿Tienes tiempo para charlar un rato?». Tal vez sea hora de aceptar que, a su edad, toca decidir entre tener razón o ser feliz.

Con su inconfundible ironía y un ojo clínico para detectar las imposturas de nuestra época, Nina Lykke explora los dilemas de la maternidad y las rencillas intergeneracionales. Una historia sobre la necesidad de seguir adelante, incluso cuando el mundo se ha vuelto irreconocible.

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Alejandro Magno
Pietro Citati

2. En peligro
Richard Hughes

3. La primavera de los bárbaros
Jonas Lüscher

4. El temperamento español
V. S. Pritchett

5. Mi Londres
Simonetta Agnello Hornby

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

7. Tumbas etruscas
D. H. Lawrence

8. Mis amores y otros animales

Paolo Maurensig

9. Los mejores relatos de
Frank Norris

10. La gente del Abismo
Jack London

11. Mujeres excelentes
Barbara Pym

12. La vida breve de Katherine Mansfield
Pietro Citati

13. Paseano con hombres
Ann Beattie

14. El legado
Sybille Bedford

15. Alejandría
E. M. Forster

16. Unas gotas de aceite
Simonetta Agnello Hornby

17. Dame tu corazón
Joyce Carol Oates

18. Teoría de las sombras
Paolo Maurensig

19. Amor libre
Ali Smith

20. El turista desnudo

Lawrence Osborne

21. El cielo robado
Andrea Camilleri

22. Amor no correspondido
Barbara Pym

23. Sexo y muerte
VV. AA.

24. La muerte de la mariposa
Pietro Citati

25. Vida de Samuel Johnson
Giorgio Manganelli

26. Viginia Woolf. Vida de una escritora
Lyndall Gordon

27. La mecanógrafa de Henry James
Michiel Heyns

28. Invierno
Christopher Nicholson

29. Desmembrado
Joyce Carol Oates

30. Río revuelto
Joan Didion

31. Quédate conmigo
Ayòbámi Adébáyò

32. Bangkok

Lawrence Osborne

33. La moneda de Akragas
Andrea Camilleri

34. Un alma cándida
Elizabeth Taylor

36. Palermo es mi ciudad
Simonetta Agnello Hornby

37. Lo que Maisie sabía
Henry James

38. El cuidador de elefantes
Christopher Nicholson

39. El río del tiempo
Jon Swain

40. A la mesa con los reyes
Francesca Sgorbati Bosi

41. Nada que ver conmigo
Janice Galloway

42. María Estuardo
Alexander Dumas

43. Conversaciones con Ian McEwan
Edición de Ryan Roberts

44. Los perezosos
Charles Dickens y Wilkie Collins

45. La vanidad de la caballería

Stefano Malatesta

46. Un asunto del diablo
Paolo Maurensig

47. Fresas silvestres
Angela Thirkell

48. Cazadores en la noche
Lawrence Osborne

49. Extranjeros, bienvenidos
Barbara Pym

50. La escritora vive aquí
Sandra Petrignani

51. Nadie puede volar
Simonetta Agnello Hornby

52. La casa intacta
Willem Frederik Hermans

53. Morir
Cory Taylor

54. Un montón de migajas
Elena Gorokhova

55. En un lugar solitario
Dorothy B. Hughes

56. Cásate conmigo
John Updike

57. Persecución

Joyce Carol Oates

58. Tú también puedes tener un cuerpo como el mío
Alexandra Kleeman

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

63. El corazón verdadero
Sylvia Townsend Warner

64. Hielo
Marco Tedesco y Alberto Flores d'Arcais

65. Beber o no beber

Lawrence Osborne

66. Estado del malestar
Nina Lykke

67. Temas de conversación
Miranda Popkey

68. Bienvenidos a América
Linda Boström Knausgår

69. Cuánto oro esconden estas colinas
C Pam Zhang

70. Perversas criaturas
Lawrence Osborne

71. Kalmann
Joachim B. Schmidt

72. Cuarteto de otoño
Barbara Pym

73. Caer es como volar
Manon Uphoff

74. Mía es la venganza
Marie Ndiaye

75. Los inquietos
Linn Ullmann

76. No y mil veces no
Nina Lykke

77. Niña de octubre

Linda Boström Knausgår

78. Trío
Johanna Hedman

79. La aldea perdida
Max Gross

80. Saturno
Sarah Chiche

81. Cantos de sirena
Charmian Clift

82. Jane y Prudence
Barbara Pym

83. Hombres en prisión
Victor Serge

84. La Chef
Marie NDiaye

85. Maldita suerte
Lawrence Osborne

86. Bienvenidos a High Rising
Angela Thirkell

87. Los detalles
Angela Thirkell

88. Chica, 1983
Linn Ullmann

89. Ayer

Juan Emar

90. El pacto
Thorkild Bjørnvig

91. Mis estúpidas ideas
Bernardo Zannoni

92. Los buscadores de loto
Charmian Clift

93. Una estela salvaje
Kathryn Schulz

94. Hotel Splendide
Ludwig Bemelmans

95. Te quiere, Boy
Roald Dahl

96. Pasiones públicas, emociones privadas
Charles Dickens

97. Ven a este tribunal y llora
Linda Kinstler

98. La divorciada
Ursula Parrott

99. Engaño
Yuri Felsen

100. No hemos venido a divertirnos
Nina Lykke

101. Murió la dulce paloma

Barbara Pym

102. Las horas antiguas
Michael Bible

103. Un hombre cualquiera
Giovanni Arpino

104. La vida que nos queda
Matteo B. Bianchi

105. Diarios de un fumador
Simon Gray

106. Quien tiene miedo muere a diario
Giuseppe Ayala

107. Ojalá cayera una bomba
Gerrit Kouwenaar

108. Golpe magistral
Jessica Anthony

109. Muerde a tus amigos
Fernanda Eberstadt

110. La ficción del ahorro
Carmen M. Cáceres

111. Historias fantásticas de islas verdaderas
Ernesto Franco

112. El curioso caso de Mary Mallon
Anthony Bourdain

113. Vegas

John Gregory Dunne

114. Salto mortal
MacDonald Harris

115. ¡MÁS!
Molly Roden Winter

116. ¿Qué buscas, lobo?
Eva Viežnaviec

117. Aquí cazaron indios
James Galvin

118. El experimento prohibido
Roger Shattuck

Table of Contents

¿Dónde están los adultos
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16

Nina Lykke
Sinopsis
Otros títulos publicados en Gatopardo